
HARLEQUIN
Bianca
SEDUCCIÓN A LA ITALIANA
SARA WOOD

Seducción a la italiana

¿La querría como madre de su hijo o como amante?

Cuando Vittore Mantezzini encontró por fin a su querido hijo viviendo en Londres con su tía, no dudó un momento en exigir llevarse al pequeño con él de vuelta a Italia…

Verity notaba con total claridad la atracción que había surgido entre ellos. Pero al mismo tiempo estaba furiosa con el empresario italiano por comportarse de tal modo, sin darse cuenta de que llevarse a Leo sería un trauma para el niño, puesto que en realidad para su hijo él no era más que un desconocido. Así fue como Vittore acabó por hacer una última oferta: Verity debía irse con ellos. Pero ella no podía dejar de preguntarse si sería en calidad de madre adoptiva del pequeño… o también como amante de Vittore.

Capítulo 1

COLGÓ el teléfono y, con expresión de perplejidad, se miró las temblorosas manos, sobrecogido por una intensa emoción mientras asimilaba lo que acababa de oír.

Las lágrimas le nublaron la vista y, con gesto impaciente, se las secó al tiempo que se ponía en pie bruscamente.

«¡Leo!», pensó con incredulidad mientras se encaminaba hacia la puerta. «¡Mi hijo!»

Empezó a llamar al servicio con voz quebrada y ronca. Los criados, alarmados, acudieron corriendo. Entonces, empezó a dar órdenes. Pidió un Mercedes en vez del Maserati, ordenó que le compraran billetes de avión, que hicieran reservas de hotel y que le hicieran el equipaje inmediatamente.

Vittore bajó las escaleras del palazzo, abrió la puerta del coche y se metió en él como si le llevaran los demonios. Pero, por fin, estaba dejando atrás sus demonios.

Con impaciencia, se quitó la chaqueta de cachemir y esperó a oír el maletero del coche cerrarse para poner en marcha el coche; a tiempo, recordó hacer un gesto con la mano de agradecimiento a sus criados.

Por fin estaba en camino. Primero, en el coche, a Napóles; de allí, a Londres.

¡A buscar a su hijo!

Respiró profundamente para calmarse. Leo, su hijo, podía estar vivo. ¡Vivo!

Una inmensa felicidad se apoderó de él. ¿Qué iba a hacer para poder controlarse hasta llegar a Londres? ¿Cómo iba a evitar estallar, o gritar, o reír, o llorar...?

-Bambino mio -susurró para sí-. Mi hijo. Mi niño.

Se pasó una mano por el bien cortado cabello y un mechón le quedó caído sobre la frente, pero no le importó; lo único que le importaba era que la persona a la que más quería en el mundo estaba esperándole en Inglaterra.

Llevaba más de un año, noche tras noche, soñando con encontrar a Leo. Con el fin de llenar el vacío que había sentido, durante el día, se había volcado en el trabajo.

La tragedia le había transformado en un recluso, una fría máquina en vez de un hombre que adoraba la vida y valoraba la amistad y la familia.

La vida había dejado de tener sentido para él, había perdido todo significado.

¡Pero ahora...! Una intensa emoción le sobrecogió de nuevo y, en la garganta, se le hizo un doloroso nudo. Su hijo tenía ahora

diecisiete meses y, quizá pronto, volvería a estar en sus brazos. Sería el milagro por el que había rezado en la intimidad de su habitación noche tras noche.

Después de la llamada telefónica, había abierto la puerta del dormitorio de su hijo, que llevaba cerrado catorce meses, desde que su esposa Linda, inglesa, se llevara a escondidas a Leo y desapareciera con él.

Pensó en su hijo allí otra vez, llenando su vida de alegría y felicidad. Y también pensó, con amargura, en el motivo por el que Leo iba a regresar. La empresa de préstamos que le había telefoneado le había comunicado que su esposa había fallecido hacía dos meses.

Y él, al parecer, tenía que hacerse cargo del préstamo que le habían hecho a su esposa para comprar su casa en Londres porque ella le había puesto en el contrato como aval.

Vittore se estremeció. Si ella no hubiera falsificado su firma, él habría perdido a su hijo para siempre. Ironías del destino.

-Pobre Linda -murmuró él con compasión.

No, no era un santo por perdonarla. La había odiado por haberle robado a su hijo; sin embargo, ahora no podía evitar que la tristeza lo embargara. Linda había muerto muy joven, a los treinta años de edad. Una tragedia.

Súbitamente, el miedo se apoderó de él. Quizá Leo no estuviera en la casa de Linda en Londres, podía haberle ocurrido cualquier cosa tras el fallecimiento de ella, a pesar de que había contado con dinero suficiente para vivir bien y tener servicio. Al marcharse, Linda se había llevado las joyas de su madre, que valían una fortuna, igual que las suyas propias, además de todo el dinero que había en la cuenta común.

Sabiendo lo poco que le gustaba cuidar de su hijo, suponía que habría empleado a una niñera. Con un poco de suerte, Leo aún estaría en la casa y bien cuidado. A menos, por supuesto, que algún amante de Linda, o algún familiar, se lo hubiera llevado. O... ¿y si lo hubieran metido en un orfelinato?

La frustración le hizo golpear el volante del coche.

Pero esta vez, nada iba a impedirle recuperar a su hijo. Ni su riqueza ni su poder podían compararse al amor que sentía por Leo.

Verity se agachó y besó la frente del pequeño, que por fin se había quedado dormido. El amor y la compasión le hicieron olvidar al momento el agotamiento que sentía.

Sonrió. Era un niño maravilloso. ¡Y qué día le había dado! Nunca había estado tan cansada... ni tan feliz.

-¡Qué travieso eres, Leo! -exclamó en un susurro. Con las yemas de los dedos acarició la suave boca del pequeño.

-Buenas noches, cariño -murmuró con adoración.

Cuando salió del dormitorio, se detuvo un momento para recuperar las fuerzas. Se había quedado sin energía. No habría podido moverse aunque su vida hubiera dependido de ello.

Pero no la sorprendía. El pequeño se pasaba el día entero pegado a ella, no la dejaba ni un segundo. Sin embargo, ella lo comprendía perfectamente ya que su madre había muerto hacía dos meses. Pobre Leo. Pobre Linda.

El expresivo rostro de Verity mostró pesar. Pensó con tristeza en sus padres adoptivos, John y Sue Fox, que años atrás les sacaron a ella y a Linda del orfelinato. Suspiró. Ni aunque las hubieran elegido a propósito habrían logrado adoptar a dos niñas tan distintas.

Su vida, a la sombra de la belleza de Linda, había sido dura. No tenía nada de extraño que no hubiera visto a su hermana adoptiva durante diez años, su único contacto con ella habían sido una cartas esporádicas y las tarjetas de Navidad.

A pesar de ello, la muerte de Linda había sido una tragedia y el pobre Leo estaba sufriendo las consecuencias.

Igual que su propio trabajo, su vida social y su salud mental ya que Linda le había dejado una nota pidiéndole que se hiciera cargo del niño. Sin embargo, no le pesaba en absoluto tener a Leo consigo. Y sonrió.

Leo tendría todo su cariño. Y, como una zombi, bajó las escaleras hasta la terraza con piscina. Allí, subiéndose la falda del vestido blanco de verano, se echó en una tumbona.

¿Cómo podía un niño tan pequeño agotar de esa manera a una persona adulta?

Al cabo de un rato, cuando los músculos dejaran de dolerle, iba a darse un baño. Por el momento, se contentó con observar la puesta de sol y recuperar las fuerzas, cosa que iba a necesitar al día siguiente.

A pesar de los numerosos amigos que tenía, su vida había estado vacía y carente de sentido. Ahora, aquel niño se la había llenado. Suspiró satisfecha.

Ya que el horrible padre de Leo estaba muerto y no había ningún otro familiar que pudiera reclamar la tutela del niño, ella iba a adoptarlo. La idea le hizo temblar de placer.

-Mi hijo -dijo en voz alta.

¿Había palabras más maravillosas que esas? ¿Había algo mejor que la dulce sonrisa de un niño que la adoraba?

Quizá pudiera igualarse la sonrisa de un hombre bueno y tierno con el corazón lleno de amor, concedió ella. Sin embargo, ya tenía veintinueve años y no había encontrado a un hombre así. A pesar

de sus amigas, que no cejaban en el empeño de empujar a hombres en su dirección.

Verity volvió la cabeza y miró a la pantalla conectada al vídeo que había en la habitación de Leo. Al verlo, volvió a sonreír.

-Hasta las seis de la mañana, cariño -murmuró con cariño.

Pronto, debido a la difícil situación económica en la que se encontraban, no podrían disponer de lujos comolas conexiones de vídeo, la piscina o las palmeras que la rodeaban. Y si no lograba resucitar su negocio de jardinería y paisajismo y ganar un poco de dinero, acabarían comiendo margaritas.

-¿Cómo voy a trabajar si Leo no se despega de mí en todo el día? -murmuró con voz débil.

La preocupación se le agarró al estómago. Se levantó y miró a la piscina, pero no tenía fuerzas ni para flotar ni para nadar.

El teléfono del interfono sonó.

¿Quién podía ser a esas horas?

-¿Sí? ¿Quién es? -contestó ella no de muy buen humor.

-Soy Vittore Mantezzini -declaró una voz con ligero acento extranjero.

-¡Vittore! -exclamó ella con horror-. ¡Pero si estás muerto!

Del susto y debido a que las baldosas que rodeaban la piscina estaban mojadas, se escurrió, perdió el equilibrio y cayó al agua.

Las aguas se cerraron sobre ella y se vio inmersa en un mundo silencioso donde sus débiles intentos por volver a salir a la superficie no lograron aliviar su pánico. Sacó la cabeza brevemente, pidió auxilio a gritos y volvió a sumergirse.

El control remoto del interfono también cayó al agua y le golpeó en la cabeza.

«¡Leo!», pensó presa del pánico. «¡No puedo ahogarme, Leo me necesita!»

Con renovada energía, pedaleó con los pies y salió a flote; inmediatamente, se agarró al borde de la piscina.

Oyó los gritos de un hombre en la distancia. Al parecer, el marido de Linda.

-¡Cielos, el marido de Linda!

Por supuesto, podía tratarse de un impostor. Pero... si era realmente él, debía estar enterado del fallecimiento de Linda. Y eso significaba...

¡Estaba allí para llevarse a Leo!

No podía permitir que se llevara a su niño, a la persona a la que más quería en el mundo. Un niño que la necesitaba desesperadamente.

Tomó aire y salió del agua. A Leo le daban miedo los desconocidos. Era un niño asustadizo e inseguro que había sufrido

terriblemente y que solo ahora estaba empezando a aprender a jugar.

No estaba preparado para que un desconocido se lo llevara. ¿Qué podía hacer ella? ¿De parte de quién estaba la ley?

Verity sintió náuseas. Vittore podía ser un sinvergüenza, pero era el padre de Leo y la ley estaría de su parte.

-¡Dios mío! -exclamó casi aterrorizada. Podía ser que ella no tuviera ningún derecho sobre el niño.

Capítulo 2

MEDIO sollozando y atemorizada, Verity rezó por que se tratara de un impostor. El sonido del interfono la hizo dar un salto.

-Ya voy -gritó ella, echando a andar hacia la puerta de la verja.

Con el vestido mojado pegándosele al cuerpo, avanzó a tropezones por el jardín delantero, sosteniéndose en unas piernas que no querían llevarla allí.

Si era Vittore, tenía que encontrar la forma de proteger a su sobrino, costara lo que costara, a pesar del padre del niño, dijera lo que dijera la ley.

Se escaparía con Leo, desaparecería, se iría a una isla perdida con el fin de no poner en peligro la salud mental del pequeño.

Era su deber proteger al niño, no estaba dispuesta a dejarlo en manos de un mujeriego que no solo había ignorado la existencia de su hijo, sino que había hecho cosas mucho peores.

Apretó los dientes. La infidelidad de Vittore era la causa de la muerte de Linda y del fin de su matrimonio. Las consecuencias las había sufrido Leo, un niño inestable emocionalmente, un niño que no podía irse con un hombre desconocido.

Por fin, cuando acabó de rodear la casa, lo vio. Alto e impecablemente vestido, paseándose como un poseso, ordenando a gritos que le abrieran la puerta.

Vittore retiró el dedo del timbre. De repente, a través de la puerta de la verja, vio acercarse a una mujer alta y voluptuosa de cabello rizado negro azabache.

Aquella despampanante belleza parecía estar de un humor de perros. Llevaba un vestido blanco, completamente mojado, que se le pegaba al cuerpo. Un tirante del vestido le caía por el moreno hombro; el escote le bajaba hasta el principio de unos gloriosos senos.

Asombrado, respiró profundamente. Aquella mujer parecía una Venus salida del agua.

Durante unos momentos, su cuerpo le controló... hasta que el cerebro le recordó el propósito de la visita.

-Ábrame -ordenó él bruscamente, imponiendo su autoridad inmediatamente porque, por lo que veía, ella estaba a punto de gritarle sin motivo alguno. Él había ido por Leo y no había nada más que hablar-. Soy Vittore Mantezzini y exijo que me abra ahora mismo.

-Así que es Vittore Mantezzini, ¿eh? ¡Pues será mejor que lo demuestre!

Vittore apretó los labios y frunció el ceño, no estaba acostumbrado a que se le desobedeciera o se le retara. Se metió una

mano en-el bolsillo de la chaqueta de cachemir y le entregó a la mujer el documento de identidad sin mediar palabra.

Gruñendo, ella miró la foto y luego lo miró a él.

El rostro de aquella mujer mostró horror. Después, pesadumbre.

-¡Pero si usted está muerto! -protestó ella mirándolo con perplejidad.

«Tóqueme si quiere y verá lo vivo que estoy», Vittore estuvo a punto de decir, pero se controló a tiempo mientras una oleada de calor le recorrió el cuerpo.

No estaba acostumbrado a aquello, a sentirse vivo otra vez, a respirar a pleno pulmón, a responder físicamente a la presencia de una bella mujer...

-¿Es eso lo que le dijo Linda, que estaba muerto? -preguntó Vittore, enfadado consigo mismo porque un bonito rostro consiguiera distraerlo. ¿Bonito? No, hermoso. Único, se corrigió a sí mismo.

Evidentemente disgustada de que él no estuviera bajo tierra, la mujer asintió.

-El verano pasado -respondió ella en un ronco susurro-, cuando Linda volvió a Inglaterra con Leo.

-Linda mintió -dijo él con sequedad-. Como puede ver, estoy vivo.

Ella lo miró con dureza, como si quisiera asegurarse de que no se trataba de un espejismo. Vittore le sostuvo la mirada y, al cabo de unos momentos, la vio estremecerse; al parecer, la había convencido. La vio bajar los hombros.

-De haber sabido que no estaba muerto, me habría puesto en contacto con usted cuando... -la voz le tembló-. ¡Oh, Dios mío! Quizá no sepa que Linda...

-Está muerta. Sí, lo sé. Y ahora, quiero ver a mi hijo. Inmediatamente.

-¡Lo siento!

Vittore se quedó atónito. Algo ocurría.

-¿Qué ha dicho? -preguntó él en tono amenazante.

-Que es imposible.

La extraordinaria mirada violeta de aquella mujer le retó; luego, ella echó la cabeza hacia atrás y unas gotas de agua cayeron de sus cabellos. Intrigado, Vittore vio unas diminutas flores blancas atrapadas en los rizos negros de ella. Margaritas. Muy bohemia.

Ella bajó las manos por las caderas, atrayendo la atención de Vittore. Incomparables, pensó él con sorpresa de que sus ojos y su cerebro estuvieran llenos de curvas. En otras circunstancias, habría sido el cuerpo de sus sueños. Sin embargo, en aquel momento, tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

-¿Se puede saber por qué? -gruñó él con ojos furiosos.

Ella lo miró con hostilidad, como si fuera la encarnación del demonio.

-¡Porque no puede! ¡Porque no voy a permitírselo! Vittore se quedó inmóvil, temió que la mujer fuera a decirle que su hijo había desaparecido.

-¿Por qué no?

-Porque está durmiendo -declaró ella, desafiante y dispuesta a luchar.

Pero aquellas palabras le parecieron maravillosas a Vittore. Era la mejor noticia que podían haberle dado. Cerró los ojos y el corazón empezó a latirle con fuerza.

¡Leo estaba allí!

Durante unos momentos, la emoción le impidió hablar; sin embargo, sabía que tenía que convencer a aquella malhumorada mujer de que le abriera.

-Da igual que esté dormido o despierto -respondió Vittore con voz quebrada, rebosante de felicidad-. Quiero verlo. ¡Es mi hijo! No puede impedírmelo, así que será mejor que abra la puerta de la verja inmediatamente.

Ella se mordió los labios con pequeños y blancos dientes. Su rostro mostraba profundo dolor, su cuerpo entero temblaba.

-No. Tengo que ir a secarme -murmuró ella con mirada trágica-. Estoy completamente empapada y...

-Ya lo he notado -no estaba ciego, sus respuestassexuales eran buena prueba de ello-. ¿Le ocurre algo? Antes de que viniera, he oído un grito...

-Era yo. Me he asustado cuando me ha dicho su nombre porque creía que estaba muerto. Y del susto me he caído al agua -explicó ella-. Nadar vestida cuando también se está agotada no es muy fácil.

Se hizo un tenso silencio mientras él le miraba el vestido, que parecía haberse convertido en una segunda piel. Cada curva parecía tentadoramente al alcance.

Vittore se llevó una mano a la frente. La cabeza le daba vueltas de cansancio, de nerviosismo y de... deseo sexual.

Con brusquedad, hizo lo que pudo por recuperar el control.

-¿Está diciéndome que es culpa mía que esté mojada? -preguntó él en tono burlón.

Ella le lanzó una mirada violeta penetrante, de sus negras pestañas caían gotas de agua. Vittore no pudo evitar que un intenso calor le recorriera las venas. ¡Maldición! Esa mujer le estaba afectando de manera incontrolable.

-¡Por supuesto que lo es! -le espetó ella-. Así que tendrá que esperar aquí hasta que me seque y me cambie...

-¡Dios mío! ¡Esto es ridículo! ¡Déjeme entrar ahora mismo!

-¡No! Se va a quedar esperando aquí.

-¡Que se cree usted eso! -exclamó Vittore-. No es posible que pretenda tenerme aquí, paseándome de arriba abajo como un león enjaulado mientras usted...

-¡Es necesario! -gritó ella, agitada-. No puedo correr el riesgo de que busque a Leo y se escape con él mientras yo me cambio.

Vittore parpadeó con horror al oír semejante idea.

-¿Escaparme con él? ¿Por qué iba a escaparme con lo que es mío? -preguntó Vittore escandalizado.

-¿Suyo? ¡Dios mío, ayúdame! -murmuró ella-. ¿Por dónde empiezo? Lo único que estoy haciendo es proteger a Leo...

-¿De su propio padre? -preguntó Vittore con incredulidad.

-¡Sí! -ella se llevó una mano a la frente-. Escuche, tiene que esperar aquí. Le prometo que le dejaré entrar cuando me cambie. No puedo arriesgarme a... Hay algo que tengo que explicarle...

-¿Qué? ¿Por qué? -preguntó él furioso-. ¿Y qué derecho tiene usted a negarme que vea a mi hijo? ¿Quién demonios es usted?

-Soy Verity -respondió ella con voz débil-. Verity Fox. El matrimonio Fox me adoptó, igual que a Linda. Soy la persona que custodia a Leo. Espere aquí, no tardaré.

Tras esas palabras, ella se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad de la noche.

-¡Vuelva! -gritó él enfadado-. ¡Verity, vuelva ahora mismo!

Pero habló a oídos sordos. Se ahogó en su frustración. Habría sido mucho más fácil enfrentarse a una niñera que a esa despampanante mujer con un cuerpo de ensueño y una obstinación única.

Sintiéndose como si hubiera sobrevivido a un huracán, se llevó la mano a la frente.

Paciencia, se dijo a sí mismo. Cinco minutos, diez, una hora... ¿Qué importancia tenían esos minutos a largo plazo? Leo estaba en aquella casa. Pronto lo tendría en sus brazos y jamás permitiría que se lo quitaran. Pronto. Muy pronto.

Pero la lógica y el sentido común no podían competir con meses de angustia. Llevaba demasiado tiempo sin su hijo y lo quería con él.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó frustrado.

¿Cuánto tiempo tardaba una mujer en desnudarse, ducharse, elegir la ropa que se iba a poner...? Normalmente, horas.

De repente incapaz de permanecer quieto, empezó a pasearse arriba y abajo de la calle. Sorprendentemente, dejó de pensar en Leo e imaginó a aquella mujer arriba en su habitación, quitándose el vestido...

¡Eso era una barbaridad! ¿Acaso se había convertido en un maníaco sexual para distraerse de esa manera en semejantes circunstancias? Cierto que Verity era una mujer hermosa: piel perfecta, ojos increíbles y una boca hecha para besar. También era apasionada y, al parecer, muy cariñosa.

Sonrió para sí mismo. Estaba hecho un manojo de nervios, por eso se había dejado impresionar tanto por aquella mujer. Recuperaría el control una vez que viera a Leo.

Tenía un hijo a quien amar y cuidar. Tenía que tomar un avión. Tenía que llevar a su hijo a casa.

Desde la ventana de la habitación en el piso superior, Verity observó a Vittore furtivamente. Nunca había visto a nadie tan enfadado, parecía un volcán a punto de estallar.

El corazón le latía con fuerza. Vittore no se daría por vencido y se iría cuando ella le explicara que Leo no debía separarse de ella. Él nunca lo comprendería. Ese hombre no tenía sensibilidad.

Volvió a sentir náuseas. Parecía muy probable que perdiera a Leo. Se encontraba en una situación completamente inesperada.

Nunca se habría permitido a sí misma encariñarse tanto con el niño de haber sabido que Vittore podía aparecer, ni tampoco le habría dejado a Leo considerarla el centro del universo. Sería un golpe terrible perderlo; pero, para el niño, también sería una tragedia que lo separasen de ella.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Verity en un susurro.

Leo era el hijo de Vittore, pero no estaba en condiciones de irse con su padre.

La cabeza le dio vueltas. Linda le había mentido al decir que Vittore estaba muerto. ¿Por qué? ¿Se había escapado? Y de ser así, ¿por qué? ¿Qué clase de monstruo era Vittore? ¿O se había debido todo a su constante infidelidad? Linda había sufrido mucho a causa de esto último.

Verity miró con frialdad a aquel hombre y tuvo que reconocer que era el típico que atraía a las mujeres como la miel a las moscas.

Vittore tenía un cuerpo atlético y musculoso que irradiaba sensualidad. Su aspecto de hombre de mundo con confianza en sí mismo era muy atractivo. Cabellos negros y ojos color chocolate muy expresivos.

Verity lanzó un gruñido de desesperación. Ese hombre era rico e influyente, lo que significaba que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Ella sabía que Vittore dirigía la empresa textil de la familia y que sus productos se vendían en todo el mundo.

Aunque no hubiera visto el nombre Mantezzini en anuncios de extraordinarias y caras ropas, se habría dado cuenta de su riqueza por la sencilla elegancia del traje que llevaba. Sí, aquel playboy

italiano iba inmaculadamente vestido.

Vittore le daría a Leo una vida fabulosa en términos materiales y, sin duda, Leo dirigiría la empresa con los años. En el futuro.

¿Pero tendría su sobrino lo que era realmente importante, tendría amor incondicional? Verity sintió un intenso frío que le penetró los huesos al imaginar la vida del pequeño en un hogar sin cariño.

¿Y quién le daría a Leo el amor de una madre? ¿Le criarían las niñeras y vería a su padre solo a la hora del té?

¡No, eso no sería suficiente! Leo necesitaba cariño sobre todo.

Pero... ¿qué podía hacer ella?

Había llegado el momento de meterse en la ducha y hacer acopio del valor necesario para decirle a Vittore que no podía llevarse a Leo en esos momentos.

Capítulo 3

ENTRE -susurró ella con voz quebrada. Vittore, frunciendo el ceño, debió pensar que estaba mareada.

-Leo -dijo él simplemente, sin andarse con rodeos.

-¡No puede despertarle! -declaró ella con voz trémula.

Los ojos color chocolate se endurecieron.

-¡Dios mío! -pero logró controlarse y apretó los labios-. Dígame dónde está. Arriba, ¿verdad?

Enfurecido, Vittore empezó a andar hacia la gran escalinata. Ella trató de intercederle el paso y la toalla con la que se había cubierto el cabello se le cayó.

Con gotas de agua cayéndole sobre los hombros, Verity le agarró el brazo. Vittore se detuvo y la miró con expresión inescrutable.

Era como tocar acero. Alarmada por la ilógica intimidad de lo que estaba haciendo, Verity apartó la mano. Un cosquilleo le recorrió el brazo. Aquel hombre era eléctrico, pensó ella confusa.

-¿Qué? -inquirió él con una voz ronca que hizo que a Verity le flaquearan las piernas. Verity tragó saliva.

-Tiene que prometérmelo -dijo ella, aún sin poder controlar su respiración... ni ninguna otra cosa.

El miedo estaba provocando extrañas reacciones en su cuerpo.

-¿Prometerle qué?

Verity se pasó la lengua por los labios para poder hablar otra vez.

-¡Que no le va a despertar!

-Ya veo que se preocupa por mi hijo -observó Vittore mientras contemplaba la expresión angustiada de ella.

-¡Sí! Lo adoro, lo adoro con todo mi corazón -gritó ella con apasionada intensidad.

Los ojos de él se suavizaron durante unos instantes. Los de ella también.Vittore era hipnotizante, Verity no podía apartar la mirada de él.

-No le despertaré -prometió Vittore con solemnidad, mirándola a los ojos-. Es solo que... En fin, supongo que comprende las ganas que tengo de verlo después de tanto tiempo.

-¡Pero no se lo lleve!

-A eso es a lo que he venido -observó Vittore secamente.

Verity se sintió mareada.

-¿Quiere decir que va a sacarlo de la cama para meterlo en su coche y llevárselo? -gritó ella horrorizada. Vittore parpadeó.

-¿Le parezco un bárbaro? -preguntó él fríamente.

-No sé, no conozco a muchos bárbaros. Lo que sí sé es que tengo que proteger a Leo -contestó ella angustiada-. Tengo su custodia.

Las cejas de Vittore se juntaron de forma alarmante, y ella se dio cuenta de que le había insultado profundamente al sugerir la posibilidad de que fuera un salvaje.

-¿Tiene legalmente su custodia? ¿Con papeles, firmas y por mediación de abogados? Verity quiso mentir, pero no pudo.

-No.

-En ese caso, legalmente, no tiene ningún derecho -declaró Vittore,,destruyendo las esperanzas de ella.

-¡La ley! ¿Qué tiene que ver la ley con...?

-¡Todo! -la interrumpió Vittore-. Y ahora, escúcheme, Verity. No voy a seguir aguantando su hostilidad ni sus sospechas. Supongo que Linda debió darle su versión de los hechos. Bien, pues según mi versión...

-¡Sé todo lo que hay que saber sobre usted! -gritó Verity.

-No, no sabe nada sobre mí. Lo único que ha oído son mentiras. ¡Va a escucharme, aunque tenga que atarla para ello!

Verity dio un paso atrás, asustada por la ira que vio en él. Si se ponía violento, quizá no le quedara más remedio que llamar a la policía. Sin embargo, lo mejor que podía hacer en ese momento era obedecerlo, dejarle ver a Leo y explicarle la situación.

-Lo escucho -dijo ella fríamente-. Vamos, adelante.

Vittore se cruzó de brazos y sus ojos oscurecieron. Verity se dio cuenta de que la sombría expresión de él no tenía nada que ver con ella, sino con el profundo dolor que había albergado en lo más profundo de su ser durante mucho tiempo.

Algo en la expresión comprensiva de ella debió tranquilizarlo porque Vittore, mirándola, asintió y dijo:

-Gracias.

Después, clavó en ella esa mirada penetrante y comenzó:

-Hace catorce meses Linda se llevó a Leo de mi casa. Sin aviso ninguno. Cuando fui a trabajar, mi hijo estaba en casa, cuando regresé ya no estaba. El vestidor de Linda estaba vacío y tampoco estaban las ropas de Leo. No recibí ninguna noticia, nada. Mi hijo había desaparecido de la faz de la tierra. En realidad, ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto... hasta esta mañana...

Verity sintió el sufrimiento de él y se le contrajo el estómago.

-¡No puedo creer lo que está diciendo! -exclamó ella jadeante-. ¿Pensaba que podía estar muerto? ¡Eso es terrible! ¿Cómo ha podido soportarlo? Si lo que dice es verdad...

-¿Verdad? ¡Claro que es verdad! -estalló Vittore-. ¿Por qué iba a mentir? ¿Acaso cree que me gusta atormentarme a mí mismo? Usted no sabe lo que he sufrido por culpa de su hermana adoptiva.

Verity se sonrojó.

-No, no lo sé. No sé qué pensar. He oído dos versiones distintas y

me siento confusa. Me parece increíblemente cruel que alguien pueda hacer algo así y...

-Pues ha sido así de cruel. Lo que Linda hizo fue como clavarme un puñal en el corazón.

-Oh -Verity respiró profundamente mientras se preguntaba qué habría pasado entre Vittore y Linda-. Debía odiarla mucho.

Los ojos de él mostraron dolor.

-No quiero seguir hablando de ella.

Verity se dio cuenta de que no debía presionarlo. Sin embargo, Vittore debía haber provocado a Linda hasta límites insospechados para que esta hubiera recurrido a algo tan drástico.

El temor hizo que los ojos de Verity se agrandaran. Agarró la barandilla de la escalera en busca de apoyo, cada vez más decidida a no dejar a Leo en manos de un hombre de tan dudoso carácter.

-Evidentemente, no estaba enterada de todos los detalles -Verity alzó la barbilla con gesto obstinado, sus ojos violeta lanzaron chispas de advertencia. Se prometió a sí misma llegar al fondo de aquel asunto antes de que Vittore pudiera tocar un solo pelo de la cabeza de Leo-. Pero sigo sin saberlo todo y...

-Verity, estoy haciendo un verdadero esfuerzo para no olvidar mis modales, pero se me está agotando la paciencia. No me cuesta mantener el control... siempre y cuando no se trate de algo que me afecta íntimamente, como en este caso. Por última vez, dígame dónde esta mi hijo, o me pondré a buscarlo por toda la casa.

-¡Tengo miedo de que se lo lleve!

-Naturalmente que voy a llevármelo -le espetó él-, es mi hijo. Desde que me lo arrebataron, no ha pasado ni un solo segundo que no pensara en él.

Sus palabras eran sinceras y la afectaron. Vittore quería a su hijo y tenía derecho a estar con él. Ella, vencida, bajó la cabeza y de sus cabellos cayeron gotas de agua que hicieron marcas en el vestido. Sintió un profundo dolor al pensar en perder a Leo, un dolor que aumentó al imaginar la angustia del pequeño.

-¡Oh, no! -gimió ella-. No...

Desesperada, le pareció que iba a desmayarse; pero unas fuertes manos la sujetaron, enderezándola como si no pesara nada. Se sentía mareada, pero sabía que debía estar más despierta que nunca y centrada.

-¡Verity! -murmuró él con preocupación-. ¿Qué le ocurre?

-¡Es el miedo! -contestó ella con lágrimas en los ojos.

-¿Qué? -el perplejo rostro de Vittore estaba muy cerca del de ella-. ¡Explíquese!

Alzando el rostro, Verity hizo un esfuerzo por no ahogarse en el líquido oscuro de aquellos ojos.

-Tengo miedo de que se lo lleve ahora. Es prácticamente un bebé, Vittore, y se asustará si se lo lleva -declaró ella con voz trémula-. ¡No haga nada antes de oír lo que tengo que decirle! -le rogó ella con desesperación-. ¡Por favor, Vittore! Créame, es por el bien de Leo.

Vittore, de repente, parecía agotado.

-¿Qué quiere decir? ¿Está enfermo? ¿Le ocurre algo a mi hijo? -preguntó él con fiereza.

-No, no. Físicamente, está muy bien -Verity parpadeó al sentir la fuerte presión de las manos de Vittore-. ¡ Por favor, me está haciendo daño!

-Perdóneme -el cuerpo de él se relajó-. Le ruego me disculpe. Estoy disgustado y preocupado. Estaba tan angustiado que no sabía lo que hacía.

Con suavidad, Vittore le frotó la parte del brazo en la que había clavado sus dedos.

-Me ha puesto muy nervioso -confesó Vittore-. Durante un momento, me ha hecho temer lo peor.

-Por favor, no se preocupe. El niño está perfectamente -le aseguró ella-. Quizá lo mejor sea que vaya a verlo. Después, déjeme que hable con usted.

Vittore frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

-Está bien. De acuerdo, hablaremos. Pero tendrá que ser breve, tengo que tomar un avión.

Verity contuvo un gemido. ¡Un avión! No con Leo, se juró a sí misma. Eso estaba fuera de toda cuestión. Al menos, él había accedido a escucharla. Tenía la oportunidad de persuadirlo, de convencerle de que llevarse a su hijo a Italia sería un grave error.

-Gracias -susurró ella.

Desgraciadamente, Verity sintió que las piernas volvían a fallarle y Vittore volvió a sujetarla. Durante un momento, ella apoyó la cabeza en el sólido pecho de él, alegrándose de la protección que le ofrecía. Había habido hombres que la habían abrazado, pero solo porque querían besarla. Nadie la había estrechado en sus brazos para consolarla, Vittore era la primera persona que lo hacía.

Ni siquiera su madre adoptiva lo había hecho.

Que una persona cuidara de ella, aunque brevemente, le produjo una sensación maravillosa. Podía acostumbrarse a ello con gran facilidad. Pero sabía que tenía que apartarse de 61.

-Soy una tonta. Perdone mi debilidad -murmuró Verity sin atreverse a mirarlo a los ojos-. Oh, mire cómo le he puesto la camisa, se la he mojado.

-Ya se secará.

-Normalmente, soy una persona fuerte y positiva -se apresuró

ella a explicar mientras, sin pensar, le sacó el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y empezó a secarle con él la camisa... hasta que sintió el calor del pecho de ese hombre en las yemas de los dedos; entonces, se detuvo bruscamente.

Al momento, Verity dejó el pañuelo en su sitio y añadió sin pensar:

-Yo... estoy muy preocupada por Leo. Vittore empequeñeció los ojos.

-¿Por qué?

¡Qué había hecho! Quería explicarle la situación de forma racional y con tranquilidad con el fin de no dar la impresión de estar haciendo una montaña de un grano de arena.

-No sé por dónde empezar. Es una historia muy larga...

-¡Cielos! Todas estas insinuaciones, estas advertencias... ¿Dónde está mi hijo? ¡Quiero verlo en estemismo instante! -ordenó Vittore a punto de estallar una vez más.

Verity logró recuperar la compostura lo suficiente para pedirle que le siguiera y subir las escaleras hasta el cuarto de Leo.

-Ahí está -dijo ella con voz temblorosa.

-Gracias -respondió Vittore.

Tras enderezar los hombros, Vittore entró en la habitación en penumbra.

Temblando, Verity lo observó desde el umbral de la puerta. Su cuerpo entero se debilitó al verlo avanzar hacia el niño.

-Leo... -susurró él con una expresión mezcla de angustia y felicidad-. Pequeño mío... Mi niño... ¡Qué precioso eres!

Con movimientos vacilantes, Vittore tocó el lateral de la cuna. Ella podía ver cómo Vittore examinaba a su hijo, con todo el cariño del que era capaz.

Oyó los latidos de su propio corazón. Sabía lo que Vittore estaba haciendo. Ella también había hecho lo mismo muchas noches; sin embargo, para Vittore, era la primera vez desde la desaparición de su hijo... Frunció el ceño. Aquel hombre no había visto a su hijo desde que este tenía tres meses. ¡Qué horrible! Debía haber sido una pesadilla.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Vittore amaba a su hijo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estaba presenciando un momento maravilloso, se dijo a sí misma; el momento de unión entre un padre y un hijo.

Pero una voz procedente de lo más profundo de su ser deseó que a Vittore no le hubiera importado nada su hijo, que nunca hubiera ido allí, que no se hubiera rendido a los encantos del niño más precioso del mundo entero.

Porque no debían separarla de Leo; al menos, todavía no. El

pequeño era muy frágil emocionalmente, necesitaba estabilidad y seguridad, no encontrarse entre desconocidos en un lugar extraño.

¿Qué podía hacer ella?

Sigilosamente, Vittore se arrodilló en el suelo y, con sumo cuidado, acarició la mano de su hijo.

El gesto le destrozó a Verity el corazón. Ver a Vittore adorando a su hijo era una de las cosas más enternecedoras y, al mismo tiempo, más dolorosas que había presenciado en la vida. No podía soportar seguir presenciando aquello.

En el descansillo, se secó las lágrimas y trató de contener los sollozos.

-Es... más hermoso de lo que recordaba. Ha crecido tanto...

Vittore también parecía haber perdido el don de la palabra. Consciente de que se vendría abajo si lo miraba, Verity asintió y, con un gesto con la cabeza, le indicó que la siguiera al piso inferior.

Bajaron despacio y en completo silencio. Pero ella pudo sentir la sobrecogedora tensión que espesaba el aire, sofocándola con su carga eléctrica, destruyendo la poca energía que le quedaba.

-¿Una copa? -preguntó ella en el cuarto de estar.

-Whisky -respondió él con voz ronca-. Gracias.

Verity sirvió dos copas y pensó que podía beberse las dos ella sola. Sin mediar palabra, sin mirarlo, le ofreció un vaso con mano temblorosa. Entonces, sorprendida, vio que la de Vittore también temblaba.

Perpleja, alzó la mirada y sintió como si su cuerpo se derritiera en aquel instante. Nunca había visto a un hombre con una expresión de semejante felicidad. Era... irresistible. La sonrisa de él la dejó sin respiración.

Vittore amaba a Leo desesperadamente. Lo quería más que nunca. Y ella se sintió muy mal al pensar en lo dolorosa que iba a ser la conversación.

-Por favor, siéntese -murmuró ella.

Y bebió un buen trago de whisky. En ese momento, Vittore debía sentirse en el Paraíso, y ella iba a destruir su ilusión.

Las piernas le temblaron. Ese hombre tenía poder, era dominante. No iba a gustarle nada lo que tenía que decirle.

Vittore se sentó en el sofá con elegancia y cruzó una pierna sobre la otra.

-Supongo que ha sido usted quien ha estado cuidando a Leo -murmuró él.

Ella asintió y él le dedicó una deslumbrante sonrisa.

-Le estoy eternamente agradecido -añadió Vittore con voz suave-. Le aseguro que le demostraré mi gratitud con una generosidad...

-¡No! ¡No quiero dinero! ¡No quiero su gratitud! -gritó ella con nerviosismo.

Enfadada, Verity alzó la cabeza y lo miró con desesperación. «Deje a Leo conmigo», rogó en silencio, pero sabía que era imposible.

Vittore encogió los hombros.

-Tiene mi gratitud, tanto si la quiere como si no.

-Eso es porque aún no ha oído lo que tengo que decirle.

Con expresión interrogante, Vittore ladeó la cabeza.

-Está disgustada.

Ignorando la sonrisa de él y sus labios curvos, ella endureció su corazón.

-Asustada -le corrigió Verity.

-¿Le doy miedo? -preguntó él arqueando las cejas.

-No usted, sino lo que puede hacer.

Verity tragó saliva y los ojos se le llenaron de lágrimas. Miró a su vaso para que él no viera que estaba llorando como una tonta.

-Sabe perfectamente lo que voy a hacer -murmuró él.

Verity alzó la mirada y lo vio sonriendo para sí mismo, como si estuviera imaginando su viaje de vuelta a Italia con Leo.

Pero Leo necesitaba una persona con sensibilidad a su lado, requería a una persona que le dedicara todo su tiempo y paciencia... no a alguien entrando y saliendo en su vida solo para presumir de la evidencia de su virilidad delante de los amigos.

-No puede llevárselo -declaró ella bruscamente. Los ojos de Vittore empequeñecieron.

-¿Por qué no? -preguntó él con voz queda.

-¡Porque no tiene derecho! -le respondió ella vehementemente, mirándolo a los ojos. Se hizo un profundo y tenso silencio.

-Ya, comprendo. ¿Qué le contó Linda de mí? -preguntó él astutamente.

-Que le era infiel -dijo ella en tono acusatorio-. ¡Que le fue infiel constantemente! Se despreocupó de Linda y de Leo, estaba demasiado ocupado con las otras mujeres que había en su vida; sobre todo con una, con Bianca. ¡Me contó que era un mal padre y peor marido!

-Entiendo -dijo él en voz baja y sin acalorarse.

Vittore no negó las acusaciones, como ella había supuesto que haría. Esperó a que le diera una explicación, una excusa, cualquier cosa. Pero no fue así.

-Y es por eso por lo que no me considera apto para cuidar de mi hijo, ¿verdad? -continuó él.

-¡Sí! Pero no es solo por eso...

-Mmmm. Creo que será mejor que dejemos claras las cosas. Para

empezar, me gustaría que me dijera qué le pasó a Linda. ¿Cómo murió?

¿Acaso le importaba eso a aquel hombre?, se preguntó Verity con amargura. Aún no había expresado ninguna muestra de dolor ni pesar por la muerte de ella.

Con desprecio, ella le sostuvo la penetrante mirada, segura de que había sido la infidelidad de Vittore lo que había forzado a Linda y cometer la locura que había cometido. Se podía decir que, prácticamente, había sido él la causa de su muerte y la desgracia de su hijo.

-Su muerte fue muy desagradable -declaró ella.

-Cuénteme cómo pasó. Verity respiró profundamente.

-Ocurrió en mi piso, al otro extremo de Londres -dijo ella con voz fría-. La policía me llamó al encontrar mi nombre en el diario de Linda, que estaba en su bolso aquel día. Su nombre no aparecía.

-Eso no me sorprende -dijo él-. Continúe.

-Me dijeron que mi hermana había muerto de una sobredosis -susurró ella.

Vittore fue a decir algo, su rostro mostraba horror. Después, bajó la cabeza. Verity se preguntó si le avergonzaba sentirse responsable por el estado mental de Linda. Lo vio cubrirse el rostro con las manos y le oyó lanzar un gruñido.

-¡Linda! -gimió él con voz ronca.

Verity sintió una súbita compasión por él y estuvo a punto de extender el brazo para tocarlo. Pero se contuvo.

Vittore tenía que darse cuenta del daño que había causado su infidelidad. Tenía que reconocer que su egoísmo había hecho mucho mal. Debía aprender a no jugar con los sentimientos de las personas y a no considerar el matrimonio con semejante ligereza.

-Linda dejó una nota -dijo ella, la voz le tembló ligeramente.

Vittore alzó el rostro y ella parpadeó al ver dolor en sus ojos.

-¿Qué decía la nota? -preguntó Vittore.

-No mucho. Solo que yo debía cuidar de Leo... y que ella ya no podía continuar. Vittore murmuró algo en italiano.

-¡No puedo creerlo! -exclamó con voz cortante-. ¿Cómo se atrevió a abandonar a su hijo?

-No lo sé -respondió Verity con honestidad-. Debía estar pasando por una crisis nerviosa. No solo estaba muy deprimida por el horrible comportamiento de usted, sino...

-¡Por mi comportamiento! -exclamó él con enfado-. Dejemos esto claro: ella me abandonó hace algo más de un año y después se suicidó. Yo no soy responsable de su muerte. En cuyo caso, ¿qué motivos podía tener para querer acabar con su vida? Tengo la impresión de que usted ha sugerido que había algo que la tenía

preocupada.

A Verity no le gustó la forma como ese hombre se estaba lavando las manos respecto a aquel asunto. Lo decente habría sido que le hubiera pasado a Linda dinero para vivir.

-Sé que Linda tenía muchas deudas -dijo ella-. Supongo que le resultaba difícil vivir sin ninguna ayuda económica. En su escritorio encontré montones de recibos sin pagar; he tenido que examinarlos y he visto que faltan meses de pago de la hipoteca de esta casa, además de recibos no pagados a masajistas, al salón de belleza, al profesor de gimnasia... y también están las tarjetas de crédito.

Verity se mordió los labios y añadió:

-Era todo un desastre... una vida basada en dinero prestado. Pobre Linda, debía estar pasando por verdaderas dificultades económicas.

-Podía haber recurrido a mí -Vittore frunció el ceño-. Sin embargo, de haberlo hecho, tendría que haberme permitido ver a mi hijo a cambio de la ayuda económica, ¿no?

Ese hombre era imposible. ¡Él era la causa de que Linda se hubiera escapado con Leo! ¡Él era el responsable de que su esposa y su hijo hubieran pasado calamidades!

-Es usted un sinvergüenza. No es posible que no se sienta culpable...

-¡No! -gritó Vittore con furia reflejada en sus ojos-. ¡Yo no tengo culpa de nada!

-Al menos, ahora están las cosas claras -le espetó Verity-. Es evidente que no piensa cambiar su comportamiento.

-No veo por qué iba a tener que hacerlo.

-Bien -Verity cruzó los brazos con actitud beligerante-. Lo que nos lleva a Leo...

-¡Exacto! ¿Dónde estaba mi hijo cuando Linda tomó la sobredosis? -preguntó Vittore en tono exigente-. ¿Estaba solo? ¿Estaba abandonado?

-No, había alguien con él -se apresuró a responder ella-. Linda había salido. La encontraron inconsciente en el servicio de un club de la zona donde vivía. Pero había una niñera con Leo, una chica del vecindario. No ha pensado que a Linda se le ocurriría dejar a Leo solo, ¿verdad? -preguntó Verity indignada.

-Ya lo había hecho en el pasado. Viniendo de ella, no me sorprendería -murmuró Vittore.

-Está empeñado en adjudicarle a Linda el papel de la mala de la película, ¿verdad? -le espetó ella.

-Limítese a informarme sobre la situación.

Los ojos de Vefity echaron chispas. Después, alzó la barbilla con gesto retador y le sostuvo la cínica mirada sin parpadear.

-Cuando la policía me llamó para informarme de lo ocurrido, estaba aquí, en la casa. Por el teléfono, podía oír el llanto de un niño; me di cuenta de que era Leo y vine inmediatamente. Me llevó horas tranquilizarlo; desde entonces, no se ha separado de mí ni un momento.

-Tiene que volver conmigo a Italia ya -dijo Vittore con el ceño fruncido-. Tengo que alejarlo de este lugar que le recuerda a su madre. Mi hijo necesita empezar una nueva vida.

-¡No! -gritó ella. La idea la aterraba-. ¡No puede llevárselo así, sin más! ¡No se lo permitiré!

Vittore se quedó inmóvil. Después, la clavó en el sitio con la mirada, desafiándole a negarle lo que quería. Y ella pensó que había estado en lo cierto: bajo un aparente encanto, ese hombre era de piedra.

Vittore se puso en pie.

-¿Que no puedo? ¡Va a ver como sí puedo!

El miedo impidió a Verity moverse. Con horror, le vio avanzar hacia la puerta mientras ella se sentía incapaz de hacer nada para detenerlo.

De repente, una subida de adrenalina la puso en acción y logró llegar a la puerta antes que él.

-¡Tiene que escucharme! -le rogó ella desesperadamente-. ¡Tiene que enterarse de por qué Leo debe permanecer aquí!

Los ojos de Vittore se convirtieron en hielo negro.

-No quiero hacerle daño, Verity -dijo él en tono amenazante-. Apártese de la puerta y aténgase a las consecuencias. Llevo demasiado tiempo esperandoeste momento. He sufrido demasiado, hasta el punto en el que creía que iba a volverme loco. Mi madre y mis amigos me ayudaron a salir de un estado de desesperación absoluto y me hicieron darme cuenta de que tenía que estar preparado para el día que encontrara a Leo... si es que se daba el caso.

Verity no pudo evitar que aquellas palabras y el tono de voz ronco con que Vittore las estaba pronunciando le llegaran al corazón.

-No puede imaginarse el infierno que ha sido todo este tiempo -continuó él con voz quebrada-. Desde el momento en que Leo nació, se convirtió en lo más importante del mundo para mí. Así que ni usted ni nadie va a separarme de él.

Vittore le agarró los brazos para apartarla de la puerta; pero ella, inmediatamente, le sujetó las solapas de la chaqueta para unirse a él físicamente. Vittore le lanzó una mirada de advertencia y el calor del pecho de él le quemó la piel. Sin embargo, estaba dispuesta a pegarse a él hasta hacerle que la escuchara.

-¡Si tanto lo quiere, escuchará lo que tengo que decirle! ¡Se lo he dicho en varias ocasiones, Leo no está bien! -gritó Verity.

Esas palabras consiguieron atraer la atención de Vittore.

-Me había dicho que no estaba enfermo -observó él con voz gélida.

-No... físicamente. El problema es emocional. Sufre algo que se puede describir como... angustia producida por la separación. Y se trata de algo serio.

Vittore se la quedó mirando fijamente y, poco a poco, asimiló la verdad de sus palabras porque, de repente, un profundo dolor se reflejó en su rostro.

-Expliqúese -ordenó él. con voz áspera.

«Gracias a Dios», pensó Verity. Y cerró los ojos brevemente mientras deslizaba las manos por las solapas de la chaqueta de Vittore. Iba as escucharla, pensó ella con alivio al tiempo que Vittore daba un paso atrás. Y porque quería a su hijo, haría lo que fuera necesario para evitarle sufrimiento.

-¿Le parece que nos sentemos? -sugirió ella con voz débil-. Estoy tan cansada que casi no me tengo en pie. Lo comprenderá cuando le explique la situación.

-De acuerdo -respondió Vittore.

Él bajó la mano hasta el codo de Verity. Con gentileza, él la condujo hasta el sofá y la ayudó a sentarse; después, se sentó a su lado.

Verity alargó el brazo para agarrar su vaso, bebió un sorbo de whisky y empezó:

-No sé qué pasaba aquí antes de que Linda muriese. Es posible que Leo fuera un niño normal mientras ella vivía, aunque quizá no. No he encontrado a nadie que pueda decirme cómo era...

-¿Y la niñera? -sugirió él con expresión preocupada.

Verity sacudió la cabeza.

-La noche en que Linda murió, la niñera que había era la primera vez que venía a esta casa... y me dijo que, cuando llegó, Leo ya estaba dormido. Al margen de cómo era antes, Leo tiene problemas ahora. Vittore, lo que es importante es que entienda que Leo se ha unido a mí emocionalmente y no se aparta de mi lado en ningún momento. La mayor parte del tiempo, no soporta despegarse de mí. Si se siente seguro, se atreve a jugar a una corta distancia de donde yo estoy, pero siempre necesita tenerme a la vista. Los desconocidos le ponen nervioso y yo no puedo alejarme sin que él eche a correr detrás de mí.

-¿Qué pasa cuando no la ve?

-Se pone a gritar -respondió ella.

-¿Eso es todo? -inquirió Vittore. Luego, sacudió la cabeza como

si cuestionara los métodos educativos de ella-. Cuando un niño tiene una rabieta, lo mejor es ignorarlo, no reafirmar su comportamiento cediendo.

-¡No se trata de rabietas! -gritó ella exasperada-. Cuando lo oiga, se dará cuenta de que lo que siente es puro terror. Le llega a uno al corazón. Sé que no debe gustarle oír esto y siento mucho destrozarle sus ilusiones, pero estoy convencida de que Leo se volvería loco si yo desapareciese... igual que su madre. Piénselo. Un día, su madre estaba aquí y, cuando se despertó, se encontró rodeado de desconocidos y sin su madre.

-Y hace poco más de un año, un día, su padre estaba con él; pero, de repente, Leo se encontró en otra casa y en otro país -observó Vittore amargamente.

-Lo sé -dijo ella-. Es un niño que no ha tenido una vida fácil. Pero cuando Linda murió, debió sentirse abandonado por la única persona a la que realmente conocía.

Vittore se mordió el labio inferior.

-Pobre hijo mío -murmuró Vittore-. Qué desastre. Verity suspiró pesadamente.

-Sí, lo es. Pero, de momento, soy la única persona con la que Leo se siente seguro -insistió ella-. No puede privarle de esa seguridad, ¿verdad? Lo importante es Leo, no nosotros. Lo que nosotros queramos carece de importancia, él es lo primero. No sé qué podemos hacer, pero esta es la situación. Le ruego que respete las necesidades del niño. ¡No puede llevárselo mientras esté así, sería una crueldad!

Con perplejidad e irritación, vio sonreír a Vittore.

-Verity, me parece que no sabe que los niños... se encuentran muy a gusto conmigo -dijo él con voz queda.

-¡No en este caso! -declaró ella, disgustada de que él no se diera cuenta de la seriedad de la situación en lo referente a Leo.

-Verity, me gustan mucho los niños -dijo él sonriente-. Y, como puede imaginarse, adoro a mi hijo. Estoy seguro de que, después de un par de horas conmigo, mi hijo se encontrará perfectamente. No se preocupe por él, estoy seguro de que podré arreglármelas.

Verity lanzó un gruñido de exasperación y se puso en pie.

-No lo comprende, ¿verdad? Lo que le ocurre a Leo no es algo sin importancia. Su hijo está traumatizado. ¡Usted está equivocado! -protestó ella desesperadamente.

-¡No, quien está equivocada es usted! -exclamó él con enfado-. Ahora, será mejor que me escuche usted a mí. Leo es mi hijo y lo adoro. No hay más que hablar. Y debido a lo que me ha dicho, voy a ceder y no me lo voy a llevar ahora mismo; esperaré a mañana por la mañana, hasta que él y yo nos hayamos hecho amigos...

-¡Pero...!

-Sin embargo, pasaré aquí la noche. No voy a correr el riesgo de que se vuelvan a escapar con mi hijo...

-¡Yo jamás haría eso! -exclamó ella indignada.

-¿No? Pues parece decidida a evitar que recupere a mi hijo -dijo él mirándola con aprensión.

-¡Recupérelo si puede! -le espetó Verity, consciente de que no podría-. Está bien, si quiere, puede quedarse a dormir aquí.

-¿Que puedo? Por si no lo sabe, esta es mi casa -observó Vittore-; al menos, la deuda lo es. Es ustedquien puede quedarse si quiere, usted es la invitada. Y por la mañana, va a hacer el equipaje de Leo, y me va a dar los recibos pendientes-y los papeles de Linda; después, cuando mi hijo y yo hayamos jugado juntos un rato, tomaremos el avión y nos iremos a Italia.

-¿Y si se niega a jugar con usted?

-Nos iremos de todos modos. Ella lo miró horrorizada.

-¡No... no puede hacer eso! ¡Y a Italia! ¡Jamás... volvería a verlo! -exclamó Verity, sin poder creer que Vittore hubiera ignorado todo lo que le había dicho.

Estaría lejos de Leo y el niño se sentiría completamente perdido.

-Italia no está tan lejos de aquí, podrá venir a visitarlo -dijo Vittore en voz queda, reconociendo el afecto que ella le había tomado al pequeño-. Usted es su tía y, por lo tanto, será siempre bien recibida. A mi madre le gustará conocerla. Y, diga lo que diga, recibirá el agradecimiento debido. Mañana podrá volver a su vida normal, que supongo que ha suspendido desde hace dos meses.

Verity no podía hablar. De repente, las lágrimas empezaron a aflorar a sus ojos y no logró seguir defendiendo su postura.

-Por favor, no llore -dijo él con ternura.

-¡No estoy llorando! -gritó ella furiosa.

-Comprendo que esto es muy difícil para usted -murmuró Vittore en un intento por tranquilizarla-. Ha estado cuidando a mi hijo durante dos meses y le ha tomado cariño...

-Cariño no es la palabra adecuada -murmuró ella-. Hemos pasado dos meses como si nos hubieran pegado con goma.

-Los dos sabemos que Leo tiene que regresar a Italia conmigo -continuó Vittore-. Mañana.

-¡No...!

-Perdone, pero quiero ir por el equipaje, que está en el coche -le interrumpió Vittore secamente-. Estoy cansado y necesito acostarme ya.

Vittore salió del cuarto de estar y, poco a poco, Verity dejó de oír sus pasos.

Sintiendo una increíble angustia, Verity se echó a llorar

amargamente. Lloraba por Leo y por sí misma.

Al cabo de unas horas, Leo desaparecería de su vida...

-¡No! -exclamó ella para sí.

Tenía que impedir que Vittore se llevara al niño. No sabía cómo, pero sí sabía que debía hacerlo... por el bien de Leo, por el bien de su salud mental y su bienestar emocional.

Capítulo 4

EN ESTADO eufórico, Vittore se quitó la ropa, se dio una ducha y luego se acostó, desnudo, en la cama que había en el cuarto de Leo, al lado de la cuna. Pasó un rato tumbado, apoyado en un codo, mirando a su hijo.

-Duerme bien, pequeño mío. De ahora en adelante, estaremos juntos -dijo Vittore en voz baja.

No habría problemas. Lo que Leo necesitaba era cariño y seguridad, y él podía proporcionarle a su hijo ambas cosas. A pesar de sus buenas intenciones y su sinceridad, estaba claro que Verity no sabía manejar a los niños.

Satisfecho, se acopló para dormir. Le demostraría a esa mujer cómo se trataba a los niños y ella acabaría reconociendo que sabía tratar a Leo.

-Hasta mañana, hijo -susurró él feliz.

Y, con gran satisfacción, Vittore cerró los ojos.

Había empezado a vivir otra vez. La alegría que sentía le llenaba de vibrante energía y de ganas de enfrentarse al futuro. Las mujeres que hubiera en su vida adorarían a Leo.

Pero Vittore, quizá por el calor de aquella noche estival o por los acontecimientos del día, encontró imposible conciliar el sueño. Llevaba ya dos horas dando vueltas en la cama.

Estaba imaginando la cara de sorpresa de su madre cuando viera a Leo, ya que no le había dicho que iba a Londres por el niño en caso de que el viaje se hubiera convertido en una decepción, cuando, de repente, el rostro de la intensa y apasionada Verity le vino a la mente. Y desde ese momento, ella y Leo ocuparon sus pensamientos sin dejar cabida para ninguna otra cosa. Entonces, en un momento de la noche, oyó un suave ruido, abrió los ojos... ¡y la vio!

Intrigado, se incorporó hasta sentarse en la cama, pero algo extraño en los movimientos de ella le impidió hablarle.

Cubierta con un camisón semitransparente que le dejaba al descubierto los hombros y parte del pecho, Verity se acercó sigilosamente a la cuna. En ningún momento miró en dirección a él, aunque debía haberse dado cuenta de que estaba allí porque la lámpara de noche proyectaba una suave luz en toda la habitación.

El rastro plateado de unas lágrimas le recorría las mejillas. También sus pestañas estaban mojadas alrededor de aquellos ojos violeta; y, de vez en cuando, un sollozo escapaba de sus temblorosos labios.

Vittore estaba hipnotizado.

Recordó lo que sintió al entrar en contacto con el cuerpo de ella,

la claridad de sus increíbles ojos, la tentadora suavidad de su boca...

Y ahora, estaba en su habitación. Tragó saliva. ¿Había ido allí a rogarle? En ese caso, estaba jugando con fuego... a menos que fuera intencionado.

-Verity...

Se calló. Ella no dio muestras de haberle oído. Evidentemente disgustada, Verity se tumbó en el suelo al lado de la cuna.

Vittore se la quedó mirando, no podía comprendersu comportamiento. ¿Lo estaba desafiando? ¿Acaso no creía en su palabra?

La curva del brazo de Verity bajo su cabeza de cabellos revueltos era sumamente atractiva. La curva de sus caderas despertó en él un primitivo deseo. ¿Qué demonios estaba haciendo esa mujer?

-Verity -dijo él con seriedad. Pero ella no se movió.

-¡Verity!

Pronto, Vittore notó que la respiración de ella era profunda y regular.

No era posible que se hubiera dormido. La tensión sexual entre ambos era demasiado evidente, demasiado potente, para que ella supusiera que aquella situación no tendría repercusiones. Sin duda, estaba fingiendo, quizá esperando que él la tocara...

Y eso era lo que iba a hacer. Nada podía impedirle acercarse a esa mujer, pensó Vittore mientras se levantaba de la cama. El corazón le galopaba, el deseo le ahogaba.

-Verity -murmuró Vittore acariciándole el rostro.

Ella siguió sin moverse. De saber que estaba fingiendo, juraría que se había dormido. Y sonreía...

Vittore le tocó la boca con el dedo índice; después, se la acarició con los labios. Sabía a sal.

Pero el pulso de ella no se había acelerado. Y cuando, con cuidado, le alzó un brazo, lo sintió completamente relajado.

¡Estaba dormida!

De repente, se le ocurrió que podía haber ido allí en estado de sonambulismo. Una intensa ternura se apoderó de él. Perplejo, regresó a su cama, y agarró la almohada y la colcha; entonces, volvió hasta ella para ponerle la almohada debajo de la cama y taparla con la colcha.

Por fin, combatiendo su deseo, Vittore se acostó y logró dormirse.

Cuando Vittore se despertó, tardó un momento en recordar dónde estaba. Miró el reloj. Las seis y media de la mañana. Buena hora para empezar el día.

Esperando ver a Verity profundamente dormida en el suelo, se dio la vuelta. Pero ella no estaba, solo la almohada y la colcha.

-¡Dios mío! -exclamó él alarmado.

Una rápida mirada aumentó sus temores.

¡Leo no estaba tampoco!

Con la velocidad del rayo, Vittore saltó de la cama, se puso los calzoncillos y salió de la habitación para buscar a su hijo.

Uno de los dormitorios en los que entró era el de Verity ya que vio el camisón encima de la cama. El resto del cuarto estaba revuelto, parecía como si...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Parecía como si hubiera hecho las maletas apresuradamente y...

-¡Verity! -gritó Vittore corriendo hacia las escaleras-. ¡Verity!

No podía ocurrirle otra vez. No era posible que Verity se hubiera llevado a Leo... Lanzó un profundo gruñido mientras bajaba las escaleras de tres en tres peldaños.

-¡Verity! -gritó él desesperadamente.

-¿Qué demonios...?

Vittore se detuvo en seco y se tragó la angustia que había estado a punto de ahogarle mientras un inmenso alivio le invadía. Verity estaba en el umbral de la puerta de lo que debía ser la cocina, parpadeando al verlo casi desnudo. Parecía sorprendida y estaba increíblemente hermosa.

El deseo volvió a apoderarse de él.

Pero entonces, alguien gimió. Con los ojos humedecidos, Vittore bajó la mirada y vio a Leo, abrazado a las piernas de Verity, mirándolo con temor.

Sobrecogido de ternura y alegría, Vittore vio que los ojos de su hijo eran muy azules y estaban llenos de lágrimas, en tanto que su boca temblaba.

-No pasa nada, cariño -dijo Verity al niño en tono alegre y ligero mientras acariciaba la rubia cabeza del pequeño-. ¡Vaya un alboroto por todas las escaleras! Creíamos que era un enorme oso de peluche que tenía mucha hambre y quería desayunar, ¿verdad? Qué divertido, ¿no?

Los temblorosos labios de Leo dejaron claro que a él no le había parecido nada divertido, pero Vittore agradeció en silencio a Verity el intento de aliviar la situación.

-Creía que... que se había escapado con él -explicó Vittore.

Los ojos de Verity se agrandaron de indignación.

-¡He dicho que no iba a hacerlo!

-Su habitación... He entrado y... parecía como si hubiera hecho las maletas a toda prisa.

-No soy una persona muy ordenada -dijo ella con voz tensa-, no tengo tiempo para serlo. ¿Cómo ha podido pensar eso, Vittore? Y mire lo que ha hecho, ha disgustado al niño. Lo ha asustado. ¡Ya

veo lo sensible que es!

Verity tomó a Leo en sus brazos y le murmuró unas palabras para tranquilizarlo, alzándole arriba y abajo. Después, entró con el niño en la cocina y él la oyó cantar. Unos segundos después, oyó la risa de su hijo y él lanzó un desesperado suspiro.

Era el padre del niño. Había tenido la intención de sonreír a su hijo y de saludarlo, de decirle que era su padre. Pero ahora... Solo Dios sabía lo mucho que quería a Leo, lo mucho que deseaba tenerlo en sus brazos.

Con un puño, se golpeó la palma de la otra mano. Tendría que hacer un gran esfuerzo para ganarse la confianza de su hijo.

Vittore logró recuperar la compostura y entró en la cocina. Verity estaba bailando, en un intento por disipar los temores de Leo con su jovialidad. Él la miró con envidia, anhelante del abrazo de su hijo.

Leo llevaba una camiseta a rayas blancas y azules que realzaba el azul de sus ojos, y estaba precioso con sus rubios cabellos. Los pantalones cortos azul marino le quedaban muy grandes. Vittore sintió un nudo en la garganta.

¿Estaba Leo malnutrido? No, los niños de esa edad solían ser delgados. Abrió la boca para preguntar si su hijo comía bien, pero volvió a cerrarla al ver la mirada furiosa de Verity.

Ella, por su parte, no podía creer lo desacertado que Vittore había estado. Sus temores estaban confirmados, Vittore no tenía idea del cuidado con que tenía que tratar a Leo.

-¿Ha... dormido bien? -preguntó Vittore por decir algo.

Verity parpadeó al oír aquella extraña pregunta. Había pasado una noche llena de sueños y se sentía agotada, pero eso no era asunto de él.

-Tranquilícese, Vittore -dijo ella en tono neutral, por Leo.

Vittore, con aquella incipiente barba, parecía un pirata. Su aspecto podría asustar a cualquier niño. Sin embargo, a ella le provocó una extraña reacción.

-Bueno, cariño, ¿te parece que comamos el beiconahora? ¡Mmmmm, qué bueno! -Verity se relamió y Leo la imitó, haciéndola reír-. Y ahora, a tu silla, muy bien. No, no te preocupes, estoy aquí contigo, sujetándote. Dame un beso... ¡Mmmmmm! Qué niño más bueno. Y ahora, a comer... Un trocito de beicon por ti... otro por mí...

Verity volvió la cabeza y miró a Vittore.

-Siéntese, no se quede ahí de pie como un gigante a punto de atacar.

Pero, al momento, decidió que no podía seguir soportando aquel torso musculoso ni esas piernas, eran un peligro para su presión

arterial.

-No, mejor será que vaya a vestirse -le ordenó ella.

Verity le oyó respirar profundamente. Pero Vittore abandonó la estancia, seguido de la aprensiva mirada de Leo.

A Verity le pareció como si, de repente, la tensión en la atmósfera se hubiera disipado. Solo entonces se dio cuenta de lo nerviosa que se ponía en presencia de Vittore.

-Idiota -se dijo a sí misma.

Y continuó entreteniendo al niño y dándole comida antes de que Vittore regresara. Cuando volvió a aparecer, Leo lloriqueó y se abrazó a ella. Resignada, Verity le sentó encima de sus piernas y le dio un vaso de plástico.

Miró a Vittore e, instantáneamente, se sintió como una batería recién cargada de electricidad. Pero lo único que él hizo fue sentarse y contemplar a su hijo en silencio. Sin embargo, estaba guapísimo con su piel brillante color oliva, recién afeitado; llevaba una camisa blanca y un elegante traje.

No obstante, era algo intangible lo que realmente la afectaba: una química que alteraba su madura personalidad y la convertía en una charlatana tonta en el instante en que él se le acercaba.

De repente, se vio sometida a una interrogante mirada color chocolate de Vittore, y le dio la impresión de que a él también le extrañaba la tangible energía que corría entre los dos.

A pesar de ello, Verity dudó de que el cerebro de Vittore se estuviera deshaciendo, como le ocurría al suyo.

Vittore frunció el ceño y se pasó la lengua por el labio inferior. Un temblor recorrió el cuerpo de ella. Los párpados de Vittore descendieron.

El respiró profundamente y ella cambió al niño de postura. La expresión de Vittore cambió al esbozar una sonrisa tierna.

-Hola, pequeño -dijo él con voz muy suave.

La sonrisa era tan dulce que a Verity le dio un vuelco el corazón. No sabía si estar triste o sentir alivio cuando Leo gimió y ocultó el rostro en su pecho. Triste, decidió. Triste por Leo y por su padre. Automáticamente, acarició el cabello del niño.

-Es papá. Dile hola a papá, Leo -dijo ella. Verity trató de incorporarlo, pero el niño empezó a patalear y a seguir buscando la seguridad de su pecho.

-Póngalo en el suelo -dijo Vittore con el ceño fruncido.

Ella le lanzó una furiosa mirada, aseguró a Leo en sus brazos y se puso en pie para acunar al niño y calmarlo.

-Si lo dejara en el suelo, se habría puesto a gritar. Tiene que metérsele en la cabeza que Leo no se comporta así por capricho, sino porque se siente muy inseguro y necesita mucho cariño, no

lógica.

Vittore apretó los labios y ella, momentáneamente, lo comprendió. Era horrible ser un desconocido para el propio hijo.

-Esto no está yendo como había esperado -protestó Vittore.

-Se lo advertí -dijo ella-. No va a insistir en llevárselo en este estado, ¿verdad? Vittore lanzó un pesado suspiro.

-No. ¿Le importa que me prepare un café? -preguntó él.

-Claro que no. Pero tenga cuidado, no haga ningún movimiento brusco -Verity titubeó, lo comprendía-. Dele tiempo al tiempo, Vittore.

-¿Cuánto tiempo? ¿Una hora, un día, una semana? Verity bajó la cabeza y miró a Leo, que estaba aferrado a ella. ¿Qué podía contestar?

-No lo sé, Vittore -contestó Verity en voz baja-. La verdad es que no tengo la más remota idea.

Una semana más tarde, sumamente frustrado, Vittore andaba por la cocina con movimientos mecánicos mientras agrupaba los ingredientes para la cena. Cocinar era algo en lo que podía ayudar a Verity.

Aderezó unos muslos de pollo con miel y hierbas aromáticas; de repente, temeroso de que Leo jamás se apartara de las faldas de Verity. Le rompía el corazón ver lo mucho que asustaba a su propio hijo.

¡Dios mío! No podía aguantar mucho más, pensó desesperadamente. Su hijo debería ser un niño normal y feliz que alborotase toda la casa. Sin embargo, Leo no se despegaba de Verity, no la dejaba ni un segundo del día.

Disgustado, Vittore empezó a cortar verdura tratando de no pensar en los problemas de Leo. Le resultaba muy doloroso. Y en todo momento bendecía a Verity por haberse hecho cargo de su hijo y por mostrar tanta paciencia con él.

Al oírla bajando las escaleras, alzó el rostro.

Verity se detuvo en el umbral de la puerta de la cocina; tenía el cabello revuelto, la expresión dulce y vulnerable, y el cuerpo extraordinariamente femenino con aquel vestido ceñido que hacía juego con sus incomparables ojos.

-Tómate una copa de vino -ofreció él.

-Gracias. Es justo lo que necesito -ella suspiró y se sentó en la silla que Vittore le ofreció.

Cansada, con el cabello revuelto e increíblemente irresistible, Verity se acomodó en la silla y, sin pronunciar palabra, se lo quedó mirando mientras él le servía el vino.

-Le ha costado mucho dormirse esta noche -comentó Vittore con gesto comprensivo mientras encendía unas velas.

¿Cuánto tiempo había pasado Verity ahí arriba? Más de una hora y media.

Quería abrazarla y darle todo lo que estaba en sus manos... y tomar a cambio. Necesitaba el consuelo del contacto humano. Pero sabía que podía traicionarse a sí mismo emocionalmente si se permitía semejante lujo.

Los enormes y tristes ojos de Verity lo miraron por encima del borde de la copa. Bebió vino y, cuando dejó la copa encima de la mesa, los labios le brillaban. El corazón de Vittore empezó a latir con fuerza y, por ocuparse con algo, se puso a asar pimientos.

-Estaba muy cansado, pero no quería cerrar los ojos -Verity suspiró-. Le he leído cuatro cuentos y le he cantado todas las canciones que sé -bostezó y se estiró antes de volver a acomodarse en el asiento-. Creo que podría irme a la cama ya.

Vittore le dedicó una sonrisa.

-No sería la primera vez que te quedas dormida durante la cena.

-Sí, ya lo sé. Ha tenido un día horrible, ¿verdad? Pobrecillo.

Vittore bajó el rostro para ocultar su disgusto. Lo había intentado todo. Le había comprado a Leo una excavadora, con la que él mismo había jugado mientras fingía ignorar a su hijo con la esperanza de que el pequeño se rindiera a la tentación. Había tocado música con las tapaderas de unas cacerolas y también con botellas. Había jugado al escondite-Nada, ninguna respuesta por parte de su hijo. Solo lágrimas y, cada vez que Verity se alejaba un poco, Leo se había puesto a llorar y a gritar.

-Creo que necesita ayuda profesional -dijo él con voz ronca.

-Cariño -le corrigió ella-. Lo que Leo necesita es cariño, rutina y seguridad.

-Todos necesitamos esas cosas.

Vittore no podía comprender por que la voz le había salido tan quebrada. Cada vez se sentía más emocional, a riesgo de perder el control de la situación. No solo tenía que enfrentarse a los problemas psicológicos de su hijo sino también al efecto que la proximidad de Verity estaba teniendo en él.

Con los labios apretados, desesperado por controlar su caótico estado emocional, redujo su vida a quehaceres banales: examinar lo que estaba en el horno, darles vuelta a los pimientos y servir más vino.

-Fui a ver a un médico -murmuró ella-. El médico recomendó cariño y seguridad; luego, me dijo que volviera a los tres meses si el problema persistía.

-Hablaremos de ello en otro momento. La cena está casi lista -dijo él-. Y no te duermas.

Ella sonrió débilmente.

-Lo intentaré. Huele muy bien. Huele a verano mediterráneo -sus ojos se encontraron y Vittore sintió cómo le temblaba la mano mientras trataba de agarrar los muslos de pollo con unas pinzas-. Gracias. Te lo agradezco de verdad.

-De nada -respondió él automáticamente-. Bueno, ya está.

Con cuidado, Vittore sirvió el plato de Verity y respiró profundamente antes de ponerlo en la mesa. Por la forma como se sentía, un paso más cerca de ella y se encontraría en una situación sumamente peligrosa.

Verity probó el pollo.

-¡Mrnmmm! -suspiró-. El pollo está divino, tierno y suculento. ¿Cómo lo has hecho? No eres precisamente un animal doméstico, ¿verdad?

Vittore se echó a reír. Los otros intentos por ayudarla habían dado unos resultados desastrosos; por consiguiente, cuando Leo dormía la siesta, era Verity quien se encargaba del lavado, el planchado y de ordenar un poco la casa.

-Nunca he tenido que realizar ninguna tarea doméstica -admitió él.

-Has llenado la nevera y el congelador -le recordó Verity antes de morder un trozo de pan-. Es maravilloso tener tal variedad de comida.

-Ojalá pudiera hacer más cosas.

Mucho más. Imaginó los dientes de Verity mordisqueándole el pecho mientras sus dedos le acariciaban el cuerpo...

-A mí también me gustaría -Verity rio-. Pero me parece que no es una buena solución ir con la ropa encogida y desteñida.

Vittore, con expresión de disculpa, también se echó a reír. Ahora tenía prohibido acercarse a la lavadora.

-Quería darte una sorpresa...

-¡Y lo conseguiste! -ella sonrió traviesamente-. Sé que lo hiciste por ayudar, no es culpa tuya que siempre te lo hayan hecho todo. ¿Cómo es que aprendiste a cocinar?

-Se lo debo a María, el ama de llaves. Desde la infancia, pasaba horas en la cocina; me gustaba estar allí por el ruido y la animación, siempre había visitas y niños. Me encantaba. María me daba tareas pequeñas para hacer, y poco a poco fue enseñándome a cocinar.

Verity alzó su copa.

-¡Gracias, María! -exclamó con fervor-. Si no te hubiera enseñado a cocinar y si no hubieras venido, no me habría quedado más remedio que alimentarme a base de bolsas de patatas fritas y chocolatinas, lo que me habría producido un acné galopante.

Vittore sintió unas ganas irresistibles de abrazarla, de besarla y

de prometerle que tendría una vida mucho más fácil si se convertía en su amante. Pero aún no había cautivado a Verity, y la quería loca por él. Eso era lo que quería de ella, entrega absoluta.

-Día a día se te ve más cansada -comentó Vittore en voz baja.

-Lo estoy. Últimamente no consigo dormir bien.

-No -Vittore tomó aire y se aclaró la garganta.

Todas las noches, Verity iba al cuarto de Leo, donde él dormía. Iba, en estado de sonambulismo, a ver si el niño estaba bien; luego, se daba la vuelta y salía inmediatamente. En algunas ocasiones, se sentaba en la cama de él durante unos momentos.

En una ocasión, Verity se acostó a los pies de su cama y se quedó allí durante media hora, dejándole casi sin respiración.

Vittore sabía que tenía que hacer algo si no quería volverse loco. Deseaba estar cerca de su hijo con desesperación. Verlo a diario y ni siquiera poder tocarlo' le estaba destrozando el corazón. Y el deseo que sentía por Verity no le estaba ayudando mucho.

Todo sería diferente si estuvieran en Italia, pensó apesadumbrado al tiempo que apartaba su plato. Sí, ¿por qué no?

Miró a Verity, que estaba al otro lado de la mesa comiendo pimientos con expresión ausente.

En su mente, un plan empezó a cobrar vida. La excitación le levantó el ánimo. Lo vio todo claro y sus ojos brillaron.

-Lo que has hecho con Leo es maravilloso, te admiro mucho por ello -dijo él con voz ronca.

Los enormes ojos violeta de Verity se clavaron en él.

-No he podido evitarlo -dijo ella sin darle importancia-. Haría cualquier cosa por él.

A pesar de sí mismo, Vittore le miró los pechos bajo el escote del vestido. El pulso se le aceleró. La atmósfera se cargó de tensión sexual y ambos, de repente, se sostuvieron la mirada.

Era evidente que Verity estaba excitada, y también confusa. No debía gustarle lo que sentía. Pero eso pronto cambiaría.

El plan que acababa de idear la complacería, a pesar de que iba a verse obligada a poner objeciones. Tenían dos razones para permanecer juntos: Leo y el deseo que sentían el uno por el otro. Sus preocupaciones podían acabar y tendría todo lo que quería: su hijo y la cautivadora Verity,

Vittore le sonrió, vanagloriándose en la silenciosa promesa de la temblorosa sonrisa de ella y la consecuente confusión que demostró mientras golpeaba elplato repetidamente con el tenedor como si no supiera lo que estaba haciendo.

Deleitándose en su secreto triunfo, Vittore se obligó a sí mismo a terminarse el plato mientras un silencio sensual los envolvía.

Verity debía tener la boca seca porque se humedeció los labios

con la lengua. Y él también lo hizo, aunque deseó tener los labios sobre los de ella.

Incómodo, Vittore cambió de postura en la silla y notó que ella no hacía más que cambiar de posición.

Nunca se había sentido tan excitado ni tan tenso. Le parecía que estaba a punto de estallar.

-¿No te gusta el postre? -preguntó él con voz ronca mientras Verity miraba el flan que tenía en el plato sin tocarlo.

-Está... delicioso -susurró ella. Vittore se aclaró la garganta.

-En ese caso, ¿por qué...?

Verity no levantó el rostro. Como si estuviera avergonzada, dejó el tenedor en el plato y apretó los labios.

-Por nada en particular.

-No finjas. No hay nada de qué avergonzarse. Los dos somos personas adultas y libres.

-No sé de qué estás hablando -dijo ella pronunciando despacio las palabras.

-Tú también lo sientes -dijo Vittore en voz baja-. Te consume. Te quita el hambre. Te ocupa la mente. ¿Verdad?

El ritmo de la respiración de Verity fue la respuesta. A la luz de las velas, ella se veía muy vulnerable. Una incontrolable pasión le corrió por las venas y le impidió contenerse. Vittore alargó el brazo y tomó la mano de ella en la suya mientras se miraban a los ojos como si no se hubieran visto nunca antes.

Él se llevó los dedos de Verity a los labios y los besó. Después, con más descaro, empezó a lamerle el dedo pulgar.

Ella lanzó un gemido de satisfacción que inflamó el cuerpo de Vittore.

-Verity -murmuró él.

Los ojos de Verity se agrandaron y él sintió una punzada en el estómago, algo parecido a una explosión.

Verity no sabía qué le estaba pasando, solo que no podía moverse, ni hablar ni casi respirar.

En el fondo, sabía cuáles eran las intenciones de Vittore. Solo necesitaba hacer un esfuerzo para apartar la mano de él, ponerse de pie y marcharse a la cama; pero quería desesperadamente que Vittore la besara y permitió que aquel estado de embriaguez le enturbiara "el cerebro.

De repente, Vittore estaba a su lado, poniéndola en pie. Ella echó la cabeza hacia atrás y un ahogado gemido se le escapó de la garganta.

Sintió un suave calor en la garganta, el recorrido de la boca de él hizo que su cuerpo entero temblara de placer. Ella susurro algún sinsentido, incapaz de comprender por qué los labios de Vittore

eran capaces de producirle tan incontenible deseo.

Sintió el dedo de Vittore en la barbilla. Después, la boca de él se apoderó de la suya... con firmeza, dulcemente.

Pero ella quería más. Ya. ¿Por qué no?

-¡Vittore! -gimió Verity, abrazándolo con brazos y piernas.

Él la condujo hasta la pared y se apretó contra ella mientras, con sus fervientes besos, la hacía sentir cosas que nunca había experimentado.

Verity creyó estarse volviendo loca mientras se aferraba a él y gemía en busca de la satisfacción de su increíble deseo.

Vittore bajó la boca a sus pechos; y Verity, tímida y virginal, echó la cabeza hacia atrás y gritó, orgullosa de la firmeza de sus senos y pensando que iba a morir de placer mientras él le mordisqueaba los pezones.

Sintió una increíble dureza presionándole la entrepierna y algo desconocido tuvo lugar en lo más profundo de su ser, terminaciones nerviosas suspirando su deleite. El cuerpo entero le pulsaba, instándola a abandonarse a él.

-Tócame -gimió Verity, sorprendiéndose a sí misma por su atrevimiento. Pero era incapaz de permanecer pasiva-. ¡Vittore... tócame!

Capítulo 5

DE LAS profundidades del pecho de Vittore salió un gruñido gutural. El temblor de su cuerpo y el brillo de sus oscuros ojos le mostró a Verity la fiebre que lo consumía.

Frenéticamente, la empujó hacia arriba, contra la pared, antes de volver a dedicar su boca a aquellos senos. Sorprendentemente, ella se subió un pecho y luego el otro hacia los labios de él, gimiendo de deleite, sacudiéndose espasmódicamente.

Después, el calor de la mano de Vittore en sus muslos, subiéndole el vestido. Agonizante de excitación, Verity le agarró la cabeza y se la besó; después, jadeó cuando la lengua de él se enredó con la suya y un nuevo asalto comenzó.

Verity se frotó contra él, quería más. No podía esperar. No podía soportar más.

-¡Por favor, Vittore! -gimió ella con voz ronca.

Los dedos de Vittore encontraron el elástico de sus diminutas bragas y empezó a bajárselas.

Vittore comenzó a murmurarle palabras en italiano, incomprensibles... Y, de repente, Verity recuperó el sentido. Italiano, pensó con súbita claridad. Era Vittore, mujeriego y adúltero. No era el hombre al que podía regalar su virginidad, por desesperadamente que lo deseara.

Sintiendo que algo le ocurría, Vittore se detuvo y, con el cuerpo repentinamente rígido, se incorporó.

-Verity, ¿qué ocurre?

Ella cerró los ojos, horrorizada de lo que había estado a punto de hacer... y de lo que le había permitido hacerle. Con frenesí, se apartó de Vittore.

-Yo... -ruborizada, se miró con vergüenza los pechos desnudos y, con movimientos torpes, se subió los tirantes por los brazos en un intento por recuperar su decencia. No pudo terminar la frase, necesitó varios segundos para recuperar el habla-. Creo que he bebido demasiado vino.

-Casi no lo has probado -murmuró Vittore con ojos oscurecidos.

-Más que suficiente.

Verity logró dar unos pasos hasta la silla más próxima, donde se dejó caer. Temblaba y se sentía desesperadamente frustrada. El cuerpo entero le ardía, le exigía satisfacción. Y también sintió deseos de gritar por lo estúpida que había sido.

-No sé qué me ha pasado -susurró ella.

-Yo sí lo sé.

Verity le lanzó una furibunda mirada.

-¡No me estás ayudando!

-¡No me siento inclinado a hacerlo! -le espetó él.

-Lo siento. Me he dejado llevar -observó Verity con voz tensa.

-No lo suficiente -interpuso Vittore que, tras llenarse los pulmones de aire, se acercó a ella y se agachó al lado de la silla-. Verity, ¿por qué te has echado atrás?

Verity apretó la mandíbula mientras trataba de recuperar la compostura.

-La razón ha prevalecido. No tengo por costumbre acostarme con un hombre distinto cada noche -respondió ella.

Vittore le apartó un mechón de pelo del rostro. Cuando le colocó el cabello detrás de la oreja, el roce electrificó a Verity.

Y Vittore debió notarlo porque esbozó una perezosa sonrisa y el deseo volvió a enturbiar sus ojos.

-No tiene por qué ser así —dijo él en voz baja. ¿Qué estaba sugiriendo? ¿Dos noches? ¿Tres? Verity volvió el rostro e intentó levantarse de la silla, pero él se lo impidió.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó ella furiosa, empezando a asustarse.

-Impedir que salgas corriendo. Escucha, he encontrado la solución al problema con Leo -dijo Vittore de repente.

Verity frunció el ceño, confusa.

-¿Qué?

-Se me ha ocurrido hace un rato.

Vittore tenía la mano en la rodilla de ella y se la estaba acariciando rítmicamente con el dedo pulgar. Parecía algo tenso, pero con perfecto control de sí mismo. Lo que la enfadó.

Pero trató de mostrar indiferencia, como él.

-¿Que se te ha ocurrido qué?

-La solución. Pero antes de nada, dejemos claras un par de cosas. En primer lugar, estás de acuerdo conmigo en que Leo necesita familiarizarse con su padre, ¿no?

-Sí -Verity respiró profundamente-. Sí, claro. Eso nunca lo he negado.

Lo miró con aprensión. ¿Qué se traía Vittore entre manos? ¿Por qué había abandonado la idea de seducirla, a pesar de saber que ella estaba a punto de rendirse? ¿Por qué no la estaba besando...? ¡Qué iba a hacer! Se sentía vacía y odiaba a Vittore, y a sí misma, por dejarse llevar por los instintos más básicos.

-Bien -el dedo de Vittore le ascendió por el muslo, pero ella se lo apartó de un manotazo-. Verás, la cuestión es que tengo que volver a Italia por cuestiones de trabajo, hay límites a lo que se puede hacer por teléfono y por correo electrónico.

-Oh.

Vittore sonrió, y ella esperó que Vittore no hubiera notado la

nota de desilusión en su respuesta. Además, en realidad, quería que él se marchara. Excepto...

Enfadada consigo misma por su estupidez, trató de aclararse las ideas.

-En ese caso, será mejor que te vayas -dijo Verity.

-Hay un problema, no puedo dejar a Leo aquí contigo -declaró Vittore-. Y Leo no va a querer ir a ningún sitio sin ti.

-Eso es verdad. Así que estamos en un callejón sin salida -declaró Verity-. Alguien tiene que ceder, y creo que tienes que ser tú.

-Yo no lo creo.

Vittore parecía completamente satisfecho consigo mismo y, de repente, Verity, aprensiva, enderezó la espalda en el asiento. ¡Sus peores temores se confirmaban!

-¡No voy a dejarlo! -declaró ella apasionadamente-. ¡No puedes separarnos!

-No es necesario -contestó Vittore.

-Pero... ¿cómo...?

-Es muy sencillo, los dos vendréis conmigo. Nos iremos esta misma noche. De esta manera, Leo estará durmiendo y le afectará menos el viaje.

-¿Qué? -gritó Verity-. Pero...

-Está todo pensado. Lo único que tenemos que hacer es meter la ropa de Leo y sus juguetes preferidos en unas cajas. Un coche vendrá a recogemos dentro de una hora, iremos a mi avión privado y estaremos en Napóles antes de que te des cuenta -los ojos de Vittore brillaban de satisfacción-. Verity, es la solución perfecta para todos.

Verity se quedó boquiabierta. Después, furiosa, la cerró.

-¡Ya veo! ¡Así que eso era lo que estabas haciendo, ablandarme! -exclamó ella temblando de ira-. Cena a la luz de las velas, vino, seducción... ¡Y todo para que aceptase tus planes!

-Verity, yo...

-Y, de esa manera, no solo sería la niñera de Leo, sino también tu juguetito por las noches. ¡Sí, todos tus problemas solucionados! ¡Madre sustituía de día y prostituta de noche! ¡Cómo te has atrevido!

-Verity, lo que quiero no son juguetitos. Y no era mi intención medio seducirte -Vittore sonrió maliciosamente-. No es mi estilo hacer las cosas a medias.

-¡Peor aún! -gritó ella acaloradamente-. Me habrías hecho el amor...

-Sí, desde luego que sí -murmuró él con alarmante entusiasmo.

-Y luego... -Verity tembló, víctima del deseo, a pesar de sí

misma-. Supongo que creías que te estaría eternamente agradecida, que caería a tus pies y me sometería a ti por entero.

Él sonrió, parecía divertido.

-Admito que la idea me gusta.

-¡Eres imposible! -gritó ella poniéndose en pie.

-Honesto -le corrigió Vittore-. Verity, ¿crees que podrías considerar mi propuesta racionalmente? El coche va a venir dentro de una hora y, como ya he dicho...

-¡Una hora! ¿Cuánto tiempo te habías dado para seducirme? -gritó ella indignada-. ¿Diez minutos para el sexo y otros diez para darme la sorpresa? ¿Pensabas estar mirando el reloj mientras me hacías el amor? Vittore lanzó una carcajada.

-La verdad es que lo que ha ocurrido me ha tomado por sorpresa. En un principio, solo tenía intención de hablar contigo, pero... te he empezado a acariciar y...

-Sí, claro, no has podido evitarlo -concluyó ella-. ¡Mentira! Eres un hombre maduro con control sobre sí

mismo...

-No del todo. Desde que te conozco, no sé lo que me hago -confesó Vittore con una encantadora sonrisa.

Verity sabía lo que estaba diciendo. Quizá Vittore se dejara llevar por sus deseos con demasiada facilidad; sin embargo, ella tampoco había podido controlarse.

Durante aquella última semana y en varias ocasiones, ambos se habían rozado accidentalmente o se habían mirado; y, en esas ocasiones, Verity había perdido la capacidad de razonar.

Ella... y quién sabía cuántas otras mujeres, se recordó a sí misma.

-Ojalá no hubiera ocurrido nada de lo, que ha ocurrido -comentó Verity.

-Pues no es así. Yo me he insinuado a ti y tú has respondido con más entusiasmo del que esperaba -respondió Vittore con brutal honestidad.

Verity se sintió completamente avergonzada.

-Siento que mi entusiasmo haya estado a punto de crear un problema en tu apretada agenda -le espetó Verity con acidez.

-En el momento, no estaba pensando en ello. No he podido evitar lo que ha pasado, y a ti te ha ocurrido lo mismo -murmuró Vittore.

Otro insulto.

-Ahí es donde te equivocas. ¡Yo he parado! -gritó ella.

-Mmmm -Vittore se la quedó mirando pensativo-. Todavía no sé por qué.

-Ya te lo he dicho, he recuperado el sentido común. Me he dado

cuenta a tiempo de que me repugnas.

-¿En serio?

-¡Sí, en serio! Puede que te resulte muy difícil de creer, pero no me gusta coquetear con italianos completamente faltos de moral.

La sonrisa de Vittore la irritó aún más.

-En ese caso, he cometido una equivocación al interpretar las señales que me estabas lanzando -dijo él con voz grave.

Verity gruñó, perfectamente consciente de que las había interpretado correctamente.

-Me has pillado en un momento de debilidad -se defendió ella-. Estaba cansada, y con la comida y el vino... La verdad es que no me gustas, Vittore. Odio a los hombres superficiales como tú que utilizan a las mujeres, que las usan para procurarse su propio placer y luego las abandonan como si fueran.,, como si fueran... ¡bombillas!

-¿Bombillas? -Vittore se echó a reír abiertamente. Verity se sonrojó mientras seguía buscando excusas para defenderse a sí misma.

-¡Sí! A las bombillas se las enciende y se las apaga cuando se quiere; y luego, cuando se gastan, se las tira a la basura.

-Ah. Así es que estabas encendida, ¿eh? -dijo Vittore burlonamente, pero con ardor en los ojos.

Verity tuvo que apartar la mirada para poder controlar el deseo que, a pesar de todo, seguía consumiéndola. ¿Cómo podía negar lo que sentía?

-¡Eres ridiculamente arrogante! Y será mejor que te olvides de tu plan...

-Porque no te fías de mí -dijo Vittore con voz seria.

-Es mucho más que eso -le corrigió Verity.

-Sin embargo, lo único que sabes de mí es por Linda, no por experiencia personal.

-Sé que has intentado seducirme...

-Sí. ¿Por qué no? Eres hermosa, fascinante y me gusta estar contigo. Llevamos aquí juntos una semana y yo no soy de piedra. Pero eso no significa que me dedique a seducir a todas las mujeres que conozco y que no le dé importancia al sexo, y tampoco significa que fuera infiel durante mi matrimonio.

-Pero fuiste infiel. Me lo dijo Linda -gritó ella.

-Mmmm. ¿No te parece que podría haber mentido respecto a mi infidelidad? -insistió Vittore-. Reflexiona sobre Linda durante un momento, piensa en cómo era, y luego dime... ¿solía mentir cuando erais pequeñas?

Verity frunció el ceño. Constantemente, esa era la respuesta.

-Es posible -murmuró Verity disgustada. Eso no pareció

sorprender a Vittore.

-¿Cómo te parecía Linda, buena persona o una persona dañina, equilibrada o temperamental? Vittore la estaba arrinconando.

-Me niego a hablar mal de ella. Linda está muerta -declaró Verity fríamente.

-Admiro tu sentido del honor. Sin embargo, si fueras honesta contigo misma, admitirías que tienes dudas. No olvides que me arrebató a mi hijo y me mantuvo alejado de él. Y no olvides que mintió cuando dijo que yo había muerto. Si mintió sobre eso, es posible que mintiera sobre otras cosas, ¿no? Quizá yo sea un mujeriego, y quizá no. La única prueba que tienes son las palabras de una mujer mentirosa.Y otra cosa, ¿en serio crees que yo era un mal padre?

-Tienes un negocio que exige mucho de ti. Debe requerir que pases mucho tiempo fuera de casa -murmuró Verity, cada vez más dubitativa.

-Pero no estás segura. Podría ser inocente de las acusaciones de Linda. Podría ser la víctima. Cabe la posibilidad de que, en contra de lo que dijo ella, yo pasara todo el tiempo libre del que disponía con mi hijo. ¿Por qué no me das la oportunidad de demostrarte que lo que Linda te dijo no era verdad y que puedo cuidar de mi hijo?

-¡Porque no puedo poner en riesgo su salud mental! -gritó ella acaloradamente-. ¿Cómo sé qué comportamiento vas a tener en Italia si me fuera contigo? Podrías prohibirme ver a Leo, podrías echarme de tu casa...

-Si hiciera eso, jamás conseguiría tener el cariño de mi hijo, ¿no te parece? -le interrumpió él-. No soy tan estúpido, Verity. Sé que tú eres la clave de la felicidad de mi hijo en este momento. Ven con nosotros y descubre la clase de hombre que soy...

-¡No! -Verity dio un paso atrás, temerosa del hombre que él podía ser. Su presencia era sobrecogedora, su poder sexual hipnotizante-. ¡No puedo marcharme de Inglaterra! Aquí tengo mi casa, a mis amigos, mi trabajo...

-Si quieres, hablaré con tu jefe...

-¡No tengo jefe! ¡Tengo mi propio negocio!

-En ese caso, no veo el problema -razonó Vittore.

-Hay un gravísimo problema: perdería a mis clientes. Me quedo aquí.

-Pero Leo irá a Italia -declaró Vittore con voz queda.

-¡Por encima de mi cadáver! -gritó ella.

-No creo que haya que llegar tan lejos, solo lo suficiente para que yo consiga lo que quiero.

Verity volvió a retroceder un paso. Vittore hablaba en serio, no permitiría que ella se interpusiera en su camino. Y comenzó a

temblar.

Vittore se enderezó.

-¡No lo hagas! -exclamó Verity en un susurro.

-Me niego a continuar así, en esta casa. Si no quieres hacer el equipaje de Leo, lo haré yo -anunció Vittore con voz sobria.

-¡No sabes qué es lo que Leo necesita!

-En ese caso, ayúdame.

Verity, indefensa, se lo quedó mirando.

-¡Yo tengo su custodia! ¡Soy yo quien decide respecto a lo que a Leo concierne! ¡Si intentas llevártelo, llamaré a la policía! -exclamó ella con voz temblorosa.

Vittore se encogió de hombros.

-Haz lo que quieras. Soy yo quien tiene el certificado de nacimiento de Leo, el certificado de fallecimiento de Linda, que me diste tú, y mi carné de identidad. También tengo el pasaporte de Leo. No creo que la policía vaya a impedirme que me lleve a mi hijo porque yo soy su padre, ¿no te parece? Moralmente, es mío. Y si armas un escándalo, no me quedará más remedio que involucrar a la prensa en el asunto. ¿Qué te parece esto: «tía soltera niega hijo a su padre»? Tu vida se convertiría en un infierno, Verity. Igual que el infierno que ha sido la mía hasta ahora.

-¡No lo harías!

-Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperar a mi hijo.

-¡Eres un bárbaro!

-No -los negros ojos de él brillaron-. Te he invitado a que vengas conmigo a Italia, eres tú quien va a romperle el corazón a Leo al negarte a acompañarlo. La elección es tuya, Verity. Puedes quedarte o puedes venir con nosotros; si vienes, podrías considerarlo como unas vacaciones pagadas en una casa de lujo. Para tener una relación con mi hijo es necesario que tú estés con nosotros. Te necesito y te pagaría por ello. Y no olvides que Leo me necesita también, necesita la figura paterna en su vida tanto como la materna.

De repente, Vittore sonrió y añadió:

-¿Qué tal se te da el fútbol?.

-¡Ponme a prueba! -murmuró ella, con la esperanza de que no le hiciera preguntas sobre el «fuera de juego».

Vittore esbozó una perezosa sonrisa.

-Lo haré... cuando estemos en Italia -se hizo un silencio significativo-. Y una vez que Leo y yo nos hayamos hecho amigos, podrás volver a tu país y a tus amigos.

A Verity se le secó la garganta. Estaba claro que Vittore tenía intención de divertirse con ella durante su estancia en Italia; después, cuando ya no la necesitara, la metería en un avión y la

mandaría de vuelta a casa. ¡Qué poca vergüenza!

-¿Y yo qué gano con todo esto? -preguntó ella con mirada hostil.

-Tiempo con Leo, una vida de capricho y, quizás... a mí.

-Sabía que había una trampa -murmuró Verity. Vittore sonrió traviesamente.

-En cualquier caso, volverás con el suficiente dinero para hacer una buena inversión en tu negocio -Vittore comenzó a alejarse-. Tú decides. No voy a presionarte.

-¿Que no vas a presionarme? ¡No me has dado alternativa y lo sabes perfectamente! ¡Me estás obligando a abandonar todo lo que me es querido...!

-A parte de Leo -observó Vittore-. Y solo se trata de un arreglo temporal. Dentro de un par de meses podrás volver a tu querida Inglaterra.

Verity apretó los labios. Vittore estaba equivocado, Leo nunca se acostumbraría a vivir en Italia con su padre. El estado emocional del pequeño empeoraría.

Sumamente frustrada, Verity se llevó las manos a las caderas.

-¡Llevarse a Leo de aquí es muy arriesgado! ¡Me va a necesitar durante bastante tiempo! Necesita mi cariño...

-Y el mío. Eso no me lo puedes negar, Verity. ¿Y se lo puedes negar a Leo?

Verity se mordió los labios.

-No -murmuró ella-. Pero... ¿lo tendrá? Tú tienes que dedicarle mucho tiempo a tu negocio. Vittore, se trata de un niño con problemas de tipo emocional. Si fueras a estar ausente mucho tiempo por motivos de trabajo, sería mejor que lo dejaras aquí conmigo. Contigo no tendría la estabilidad que necesita. Supongo que tienes que viajar por todo el mundo.

-Sí -respondió Vittore.

-En ese caso, pasaría mucho tiempo sin ti al cuidado de una niñera...

-¡Lo llevaré conmigo a todas partes!

-¿Por todo el mundo? ¿A reuniones de ejecutivos? No me parece lo más apropiado para Leo. Y, aunque lo hicieras, no te quedaría más remedio que emplear a una niñera para que se quedara con el niño en el hotel. O, por supuesto, cabe la posibilidad de que hicieras que la amante de turno te acompañara. En cualquier caso, sería una situación muy inestable para Leo. ¡El necesita seguridad! ¡Tu solución no es buena! -declaró ella con vehemencia.

-En ese caso, no me moveré de casa. Organizaré el trabajo de tal manera que...

-Te aburrirías enseguida. ¡No voy a permitir que le hagas esto a Leo! Puede que te haga ilusión ser padre, pero no lo suficiente para

vender tu empresa con el fin de quedarte en casa con tu hijo, ¿verdad? ¡No creo que seas capaz de abandonar tu trabajo por él!

Vittore frunció el ceño.

-Lo único que sé es que Leo necesita salir de aquí. Estoy convencido de que, en parte, esta casa es el problema. Cada vez que oye un ruido extraño se sobresalta y...

-En ese caso, me marcharé...

-Sí, a Italia. Necesita alejarse de todo lo que le recuerde esta casa. Verity, estoy convencido de que aquí ha pasado algo; quizá lo dejaron solo o alguien lo asustó —dijo Vittore con firmeza—. Es posible que nunca lleguemos a saberlo, pero lo que es seguro es que Leo se viene a Italia conmigo esta noche. En fin, se está haciendo tarde, no tengo tiempo de seguir discutiendo contigo.

-¿Cómo puedes ser tan obstinado? -gritó ella sintiéndose indefensa.

-Porque sé que tengo razón -respondió Vittore con determinación-. Mi hijo no está muy crecido, está demasiado delgado y, para su edad, debería hablar algo, cosa que no hace. No puedo quedarme cruzado de brazos sin hacer nada al respecto. Voy a llevármelo a casa, donde se sentirá seguro y querido y podrá criarse con normalidad.

-Entonces, ¿te lo vas a llevar? -susurró ella apesadumbrada.

-Sí.

Verity sintió una náusea. No le quedaba más remedio que irse con Vittore, por Leo.

-No te importa lo que Leo necesita -dijo ella en tono amargo y acusatorio-. Lo único que quieres es satisfacer tus deseos...

-¿Vas a venir o no? -le interrumpió él gritando.

-¡Sabes que no me queda más remedio que ir! –le espetó ella-. No quiero hacerlo y tampoco quiero que Leo se vaya de aquí, pero sabes que no puedo impedirte que te lo lleves. ¡Así que adelante, oblígame a vivir en tu maldita casa! Supongo que tendré que cerrar la puerta de mi habitación con cerrojo por las noches

para evitar que entres y...

-Derecho de pernada -respondió él burlonamente.

Furiosa, Verity levantó la mano para abofetearlo, pero él se la agarró a tiempo. Forcejaron y, de repente, ella se vio presa en los brazos de Vittore. Durante un glorioso momento, la boca de él se apoderó de la suya con fiereza.

Verity empezó a perder el control de nuevo.

-Eres irresistible -murmuró Vittore pronunciando aquellas dos palabras con lánguida sensualidad-. Verity, piensa en el placer que podremos darnos mutuamente.

-¡Vete al infierno! -gimió ella. Al instante, Verity se apartó de él,

salió de la cocina y echó a correr escaleras arriba... pero se tropezó y cayó.

Vittore le dio alcance y la ayudó a incorporarse.

-¡Te odio! -exclamó Verity.

-Me gusta la forma como me odias -respondió él-. Antes o después, Verity, voy a hacerte el amor. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti.

Vittore bajó el rostro para besarla y ella apretó los labios para negarle el placer que buscaba. Pero cuando Vittore, con suavidad, le abrió los labios, ella sucumbió.

Era un amante consumado, pensó Verity con desesperación. Y si no continuaba recordándose a sí misma que Vittore era un Casanova, acabaría en su cama antes de darse cuenta de lo que hacía.

Y perdería el respecto que se debía a sí misma.

De repente, se soltó de los brazos de Vittore y subió los últimos peldaños de la escalera. Después, volvió la cabeza.

-Me sorprende que recuerdes a todas las mujeres que has tenido para poder compararme con ellas -dijo Verity amargamente.

Vittore acabó de subir las escaleras y se detuvo al lado de ella.

-A todas sin excepción -le aseguró Vittore.

A pesar de sí misma, Verity se vio presa de unos celos desconocidos para ella hasta entonces. Para Vittore, el sexo era un juego, el derecho de un hombre, y ella era su siguiente víctima.

Lo único que tenía que hacer era asegurarse de no bajar la guardia nunca. ¡Lo único! Gimió para sí misma, consciente de lo difícil que eso le resultaría.

Endureciendo las facciones, le clavó la mirada violeta y dijo con desdén:

-Voy a ir a Italia contigo porque no me dejas otra alternativa. Pero no esperes que anime a Leo a que se encariñe contigo porque no creo que eso lo beneficie.

Los oscuros ojos brillaron.

-¿Serías capaz de ponerle en contra mía?

-No, eso no sería bueno para Leo. Pero tampoco voy a ser tu relaciones públicas.

-Me alegra oírlo. Verity, sé lo que siento por mi hijo... y también sé lo que siento por ti -murmuró Vit-tore.

Mientras caminaba hacia su dormitorio, seguida de Vittore, sintió una traicionera excitación que negaba su rechazo hacia él; y deseó poder encontrar la forma de protegerse a sí misma. Si Vittore lograba llevarla a la cama...

De repente, Verity contuvo la respiración cuando una terrible idea le vino a la mente. ¿Era eso una estratagema de Vittore? ¿Creía

que Leo se abriría a él con más facilidad si veía que se trataba de una persona cercana a ella?

El estómago le dio un vuelco. Sí, debía ser eso. ¿Por qué un hombre como Vittore iba a fijarse en ella?

Sí, era eso. Vittore debía estar imaginando ya a los tres, sentados en un sofá de su casa como una familia feliz. Y una vez que hubiera logrado la confianza de Leo, se desharía de ella.

Verity se detuvo delante de la puerta de su habitación. Vittore estaba tan convencido de que su plan iba a ser un éxito... De repente, ella esbozó una sonrisa triunfal.

-De acuerdo.

-Entonces, ¿vienes?

Verity se volvió.

-Sí, voy. Pero con una condición -declaró ella, orgullosa de sí misma.

-Lo que quieras.

¡Había caído en la trampa! Ahora tenía la oportunidad de hacerse con la custodia legal de Leo.

-La condición es que debes ganarte la confianza de Leo en el plazo de seis meses; de lo contrario, reconocerás tu fracaso y permitirás que vuelva con él a Inglaterra -declaró ella-. Por supuesto, podrás visitarlo.

-De acuerdo -respondió Vittore con absoluta confianza en sí mismo, tal y como ella había supuesto que haría-. Te doy mi palabra de honor.

Vittore sonrió traviesamente y la sonrisa le llegó a los ojos.

-Démonos la mano para sellar el trato -dijo ella.

-Será un placer.

-¡Sí, claro que va a serlo!

Vittore le estrechó la mano y luego la retiró muy despacio, acariciándole la palma de la mano.

-Estás muy segura de ti misma, ¿verdad? -comentó Vittore.

-Sí. Los dos hemos visto la reacción de tu hijo durante una semana. Tú no has hecho ningún progreso. Leo me necesita a mí -dijo ella con firmeza-. Linda quería que yo me encargara de él, no tú. Tengo la intención de hacer que se cumplan sus deseos.

-¿Quieres apostar? -preguntó él en voz baja. Ella le lanzó una mirada burlona.

-No tengo dinero para hacer apuestas.

-Pero tienes otra cosa que yo quiero. Verity contuvo la respiración.

-¿Sí?

-Demuestra lo segura que estás. Acepta la apuesta...

-Si implica jueguecitos sexuales contigo, olvídalo -le espetó ella.

Vittore sonrió y Verity tuvo la impresión de que estaba a punto de caer en una trampa.

-Verás, yo estoy convencido de que Leo pronto se va a acostumbrar a mí y de que va a quedarse conmigo en Italia feliz... aunque tú no estés.

-¡Te equivocas! -contestó ella con desdén.

-En ese caso, no veo por qué no quieres aceptar la apuesta que te he propuesto -dijo él con expresión de inocencia en los ojos.

Pero Verity sabía que él había perdido la inocencia hacía mucho tiempo.

-¿Y cuál es la apuesta exactamente?

-Es una apuesta muy sencilla. Si yo gano la confianza de Leo antes de que se cumplan los seis meses de plazo que me has dado; desde ese momento, te acostarás conmigo y te convertirás en mi amante hasta que yo me canse.

-¡No puedo creer lo que acabo de oír! -exclamó Verity-. Es la cosa más increíble...

-Sí. Sin embargo, como tú estás tan segura de lo contrario...

Súbitamente, Verity alzó la barbilla con gesto orgulloso y retador.

-¡De acuerdo, no tengo inconveniente! No tienes ninguna posibilidad de ganar.

Aquello era una locura, pensó ella presa del pánico. ¿A qué había accedido?

-En ese caso, tú no tienes de qué preocuparte.

-Pero nada de trampas -le advirtió ella fríamente. Vittore volvió a mirarla con inocencia en los ojos.

-¿Trampas? ¿Como qué trampas?

-¡No lo sé! -le espetó ella, deseando que Vittore no estuviera tan cerca de ella-. Como, por ejemplo, sobornar a Leo con helado de chocolate. O encerrarme en una habitación para que a él no le quede más remedio que unirse a ti. O como dragarme para seducirme...

-Yo jamás he drogado a una mujer para seducirla -contestó él burlonamente-. Verity, yo soy un caballero.

Pero eso no tenía gracia. Verity le lanzó una mirada furiosa.

-Promete que jugarás limpio.

-Lo prometo -dijo él con solemnidad.

-Una cosa más, Vittore -dijo ella con repentina angustia-. Si Leo -se sintiera realmente a disgusto en Italia antes de que se cumpla el plazo de seis meses., ¿qué haremos?

Vittore parpadeó. Después, respiró profundamente y contestó:

-En ese caso, te permitiré que te lo traigas a Inglaterra -respondió Vittore con voz ronca-. No quiero someter a mi hijo a una

tortura. No soportaría verlo sufrir. Lo único que estoy pidiendo es tiempo, tiempc para que se acople a la nueva situación.

Vittore se interrumpió un momento; después, cor voz quebrada, añadió:

-Si no se acostumbra a estar en Italia, aceptaré que está mejor contigo.

Aún le quedaba algo de decencia, pensó Verity.

-Gracias -dijo ella a pesar de sí misma-. Bueno será mejor que vaya a hacer el equipaje de Leo.

Por extraño que le pareciera, Verity sintió ganas de ponerle una mano en el hombro para consolarlo. Perder a su hijo por segunda vez sería un terrible golpe para Vittore.

-Me gustaría que no fueras tan optimista -le advirtió ella-. Deberías estar preparado para el fracaso.

Vittore sonrió, su expresión mostró una extraordinaria confianza en sí mismo.

-No fracasaré, Verity. La palabra fracaso no existe en mi vocabulario -le informó él.

-¿Me permites que te recuerde lo que pasó cuando pusiste tú la lavadora? -observó astutamente ella.

-Eso no fue un fracaso; simplemente, falta de información -explicó Vittore sin darle importancia-. Cuando pueda estar con Leo en mi casa, él y yo nos haremos muy amigos.

-Ni en sueños -contestó ella firmemente y, tras esas palabras, se fue a hacer las maletas.

Sin embargo, a pesar de lo que había dicho, Verity estaba asustada. Aunque Vittore había prometido jugar limpio, ella se preguntó qué le esperaba en Italia. Se estaba lanzando a lo desconocido e iba con un niño pequeño.

Capítulo 6

VERITY se pasó callada la primera parte del viaje, estaba muy enfadada con Vittore por ser tratada como un objeto. Pero, al final, se cansó de mantener esa actitud, no era propia de ella.

Además, tanto si le gustaba como si no, se sintió muy bien atendida. No le quedaba más remedio que admitir que Vittore podía ser muy amable. Además, la situación económica de él había hecho que el viaje fuera muy cómodo. No le extrañaba en absoluto que Linda se hubiera acostumbrado a que la mimaran y que hubiera querido seguir manteniendo aquel estilo de vida al volver a Londres.

Un chófer les había llevado en una limusina al aeropuerto y, durante ese trayecto, había puesto a su disposición té, café y canapés. Ella, por principio, probó de todo.

Pasaron la policía sin ningún problema. Un mozo llevaba a Leo, que dormía, tratándolo como si fuera oro puro.

Para los ricos no había colas ni retrasos ni facturación. El avión privado les había estado esperando y, tan pronto como se hubieron acomodado, con revistas, periódicos y teléfonos, despegó.

Verity hizo uso del teléfono para llamar a sus amigos más íntimos. Catorce. Vittore no se molestó en liamar a nadie, y ella supuso que el precio por catorce largas llamadas telefónicas no significaba nada para él.

En la opulenta comodidad del avión privado de Vittore, Verity suspiró y mordisqueó un pastel de chocolate con crema de limón, su preferido. Volvió a suspirar. Era muy fácil acostumbrarse a ese lujo.

Lo mejor era disfrutarlo mientas pudiera, pensó. Pronto, Leo dejaría muy claro dónde quería estar y volverían a Inglaterra. Una vez allí, otra vez a viajar en autobuses y a comparar precios al comprar.

-¿Coñac? -preguntó el auxiliar de vuelo con una encantadora sonrisa.

-Sí, gracias -tras devolverle la sonrisa al auxiliar, Verity volvió a su conversación telefónica, la última llamada-. No, Sue, estaré perfectamente. Te mandaré una postal... ¿Qué? ¡ Ah, él!

Verity se ruborizó como si su amiga hubiera revelado lo que ella sentía por su cuñado.

-Es un arrogante y un egocéntrico -añadió Verity.

Vittore, que estaba leyendo el periódico, pasó una hoja con enfado.

Verity, satisfecha, sonrió y respondió a la siguiente pregunta de Sue.

-Nada especial. En ese momento, le hace falta un afeitado. Algo,

moreno y lleva traje -Verity intentó no pensar en cómo le sentaban los trajes a Vittore-. Sí, claro, cuando vuelva. Sí, almorzaremos juntas. Prepararé huevos revueltos con tostadas. Bueno, hasta pronto. Adiós.

Terriblemente guapo con aquella barba incipiente, Vittore, con expresión cínica, asomó el rostro por encima del periódico.

-Cuando Leo se despierte va a necesitar toda tu atención. Por lo tanto, te sugiero que duermas ahora que puedes. Hay una cama en la cabina adyacente. Ella le lanzó una fría mirada.

-No, gracias. No quiero correr ningún riesgo. Él se echó a reír.

-Dale tiempo al tiempo.

Vittore volvió a su periódico y ella miró furiosa a las páginas impresas hasta que se dio cuenta de que Leo se estaba moviendo.

El niño gimió y abrió los ojos.

En silencio, Vittore dejó el periódico y miró a Verity, que se sentó al lado de Leo y empezó a acariciarle rítmicamente la cabeza.

-Sssss -susurró ella al niño-. Duérmete, cielo. No te preocupes, estoy aquí.

Verity sabía que Leo no estaba realmente despierto; por lo tanto, continuó acariciándolo hasta que Leo volvió a dormirse profundamente. Ella se acurrucó en el asiento contiguo al del niño, y no hizo ningún comentario cuando Vittore le echó una manta por encima y apagó la luz de la cabina.

-Verity.

Cuando abrió los ojos, encontró a Vittore inclinado sobre ella con el rostro muy próximo al suyo. Automáticamente, se apretó contra el respaldo del asiento.

Al momento, él se echó hacia atrás.

-No estoy amenazando a tu virtud -dijo él burlonamente-. Te has dormido y es hora de que te despiertes, vamos a aterrizar ya.

Un enorme placer le recorrió el cuerpo y el pulso se le aceleró vertiginosamente cuando Vittore depositó un beso en sus labios. Cuando él se incorporó, la contenida felicidad reflejada en su rostro silenció la protesta de ella.

-Te ruego me disculpes, no he podido resistirlo. ¡Me siento como si fuera a estallar de felicidad! -susurró él.

-Pues estalla en otra parte -murmuró ella.

-Lo haría; pero, a parte de ti y Leo, solo están el piloto y el auxiliar, y me denunciarían si los besara.

-Yo no estoy tan segura. Los dos se ponen como tontos cuando les sonríes -contestó Verity, y él rio.

Vittore seguía riendo quedamente cuando se agachó para ver si Leo estaba bien sujeto en el asiento. Al mirar a su hijo, su rostro volvió a iluminarse de felicidad.

-Ya casi estamos en casa, Leo -dijo él con voz quebrada.

Después, Vittore se volvió, se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad.

Un Mercedes los esperaba a la salida del aeropuerto. Verity tembló, el bienestar de Leo era responsabilidad suya; pero ahora que estaban en Italia, era muy posible que tuviera que enfrentarse a Vittore constantemente. Su confianza en sí misma se disipó. Allí, dependía de él para todo.

-¿Tenemos que ir muy lejos? -preguntó Verity con voz queda cuando él puso en marcha el coche.

-La distancia no es mucha, pero tenemos que ir por carreteras de montaña y lleva tiempo. Eso es Napoli.

-¿Napóles? -preguntó ella.

-Sí, eso es. Vamos a dirigirnos hacia la costa, cerca de Amalfi. Es una zona preciosa, Verity, creo que te gustará. La vida te va a resultar mucho más fácil aquí porque los que trabajan para mí lo hacen todo, por lo que así podrás dedicarte a Leo sin tener que hacer nada más.

-A Leo no le gusta estar rodeado de gente -protestó ella.

-Tendrán cuidado con él -le aseguró Vittore-, puedes estar segura de ello. No tendrás que lavar platos ni ropa, ni tendrás que cocinar ni hacer camas, y ni siquiera verás a los que lo hacen.

Era como un cuento de hadas, todas las tareas domésticas hechas como por arte de magia.

Pero Verity guardó silencio mientras se preguntaba cómo sería su vida en la mansión de un millonario. Por su parte, Vittore parecía feliz y sumamente relajado. Era natural, estaba en su casa. Ella, por el contrario, estaba hecha un manojo de nervios.

A la salida de Napóles tomaron una autopista. Verity debió quedarse dormida porque, la siguiente vez que miró por la ventanilla, la carretera se había convertido en un camino serpenteante al borde de un precipicio.

Las estrellas brillaban en el cielo.

-No vas a dejar que nadie me separe de Leo, ¿verdad? -preguntó ella, dudando repentinamente de las intenciones de Vittore-. ¿Y me dejarás seguir cuidándolo a mi manera?

-Quiero a mi hijo -respondió él con voz seria-. Por eso estás aquí, porque te necesita. Tienes que confiar en mí respecto a este asunto.

-No puedo -respondió Verity apesadumbrada.

-Lo sé, pero lo harás. Intenta relajarte, muérdeme solo cuando te muerda yo a ti.

-¡Imposible, agarraría la peste! -exclamó ella en voz baja.

Vittore sonrió traviesamente.

-¡Qué mujer!

-Me parece que veo el mar -declaró Verity cambiando de tema.

-Sí, así es. Lo que estás viendo es la Costa Divina.

Bajo la luz del amanecer, Verity vio un bosque de pinos frente a una masa gris que brillaba en la suave luz. Según iban avanzando, aquel gris se transformó primero en dorado; después, en un mar color rosa que anunciaba el nuevo día.

Verity pudo ver claramente los bosques de pinos y olivos mientras seguían por la tortuosa carretera.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Verity cuando el coche pareció ir directamente al borde de un precipicio.

-¿Estás nerviosa? No te preocupes, estoy conduciendo con mucho cuidado -le aseguró él.

Verity parpadeó, sorprendida de sentirse excitada. Sí, aquel lugar era divino.

-Nunca había visto un lugar tan bonito en mi vida -declaró ella casi con reverencia.

-Es el mar más azul del mundo. Es el paisaje más maravilloso del mundo -declaró él alegremente-. Pararía para que lo contemplases un rato, pero quiero llegar a casa antes de que Leo se despierte.

La voz de Vittore había temblado y a ella le dio un vuelco el corazón.

-Esto debe significar mucho para ti -dijo Verity en voz baja, pensando en el viaje de regreso a Inglaterra de ella con Leo.

-Lo significa todo. No tengo palabras para expresar lo que siento.

Vittore tragó saliva y Verity se dio cuenta de que era incapaz de seguir hablando. De nuevo, sintió una profunda ternura hacia él. Se le hizo un nudo en la garganta mientras contemplaba aquel mar azul.

Maravillada, Verity bajó la ventanilla y olió la sal de la brisa marina y el perfume de los naranjos que salpicaban las laderas de las montañas. Respiró profundamente.

Demasiado perfecto, pensó ella. Demasiado atractivo.

-Eso es San Lorenzo -dijo Vittore con voz ronca-. Yo vivo justo a la salida del pueblo.

-Es increíblemente pintoresco -comentó ella.

-Eso se debe a que ha evolucionado naturalmente a través de los siglos -respondió Vittore con voz suave, llena de cariño-. Hasta hace poco, estas carreteras eran solo caminos forestales, el pueblo era solo accesible por el mar. Mira, ahí puedes ver las puertas y parte de la muralla.

Vittore movió la pierna y ella se sorprendió a sí misma con los ojos fijos en el muslo de él. Sabía lo fuerte que era, lo había sentido.

Al llegar al pueblo, cruzaron un enorme arco de piedra y luego continuaron avanzando por estrechas callejuelas.

De repente, Verity sintió un súbito pánico. Linda se había escapado de aquel paraíso y ella necesitaba descubrir por qué.

-¿Tienes frío? -preguntó él con los ojos fijos en la piel de Verity, que estaba erizada.

Verity subió la ventanilla, se acarició los brazos y decidió ignorar el calor que sentía en la entrepierna.

-Hace un poco de fresco -respondió ella.

Vittore lanzó una queda carcajada. De repente, aparecieron en una pequeña y bonita plaza. Vittore le señaló la Chiesa de San Lorenzo, la iglesia local con su torre del siglo trece, cuya sonora campana ella había oído hacía un rato.

En la estrecha calle que tomaron a la salida de laplaza Verity vio una joyería, una tienda donde vendían chocolates y otra, muy elegante, en la que vendían artículos de seda.

-Creía que era un pueblo pintoresco, pero no imaginaba que estuviera lleno de selectas boutiques -comentó ella sorprendida, volviendo la cabeza a un lado y a otro.

-Los italianos somos personas apasionadas y nos gustan las cosas bonitas, ya se trate de comida, edificios, ropa... o mujeres.

Verity ignoró lo último.

-Apasionados y sofisticados.

-Hay una tienda de ropa de niños a la izquierda y también varias tiendas coa ropa de diseño que te gustará -observó Vittore.

-¿Ropa de diseño? ¿Yo? Les daría un ataque a los de las tiendas si entrara con mi ropa de segunda mano

-declaró ella-. Mi presupuesto no me permite esos lujos.

De repente, Verity se sintió alarmada al darse cuenta de lo caro que podía ser vivir en semejante localidad.

-Yo... creo que tengo que cambiar algo de dinero

-añadió ella-. No tengo mucho porque he gastado casi todos los ahorros con Leo y...

-Por favor.

La mano de Vittore le rozó el muslo brevemente. Al momento, a Verity se le secó la boca y le resultó imposible hablar. El cuerpo se le puso tenso y sintió extrañas sensaciones en las zonas más íntimas.

¿Por qué le pasaba eso?, se preguntó disgustada. ¿Por qué no era inmune al contacto con él? Al fin y al cabo, solo se trataba de carne y huesos.

-Preferiría que no me tocaras -protestó ella con voz demasiado ronca.

-Perdona. Solo lo he hecho para calmarte -dijo Vittore con voz suave-. No quiero que te preocupes por el dinero. Llevas un tiempo cuidando de Leo y has cambiado tu vida por él. Sé que ha debido ser muy duro para ti y quiero expresarte mi gratitud de forma

práctica. Se te pagará un sueldo mientras estés aquí. Y si te niegas a aceptar el dinero, te meteré en un avión y te mandaré para casa. Tus servicios son muy valiosos, Verity, no espero que sean gratis.

Ella lo miró sorprendida.

-Pero no puedo...

La mano de Vittore volvió a posarse brevemente en su muslo. Ella sintió que la temperatura volvía a subirle.

-Nada de peros -insistió él-. Jamás podré pagarte la deuda que tengo contigo. No hagas que me endeude más, permíteme que te pague un salario.

Verity trató de pensar racionalmente. Sí, era verdad que casi se había quedado sin dinero y necesitaba algunas cosas esenciales. Además, si Vittore la veía como una empleada, su relación sería más formal.

La niñera y el señor.

-De acuerdo, acepto la oferta... siempre y cuando no tenga que llamarte «señor». Y gracias -Verity no fue capaz de contener una queda carcajada.

-¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

-Nada, excepto que no parezco una niñera. A tu madre le va a dar un ataque. Vittore sonrió.

-No estés tan segura. Espera a conocerla -dijo él en tono de fingida desesperación.

-¿Por qué? ¿Tan horrible es? -Verity rio.

-Es maravillosa -respondió él-. Pero tampoco parece una madre. Tú, sin embargo, tienes las cualidades que una mujer y una madre deben poseer.

-Los italianos sois sumamente exagerados -contestó Verity.

-Es cierto que exageramos -admitió Vittore-. La exageración añade placer en la vida y hace que la gente se sienta bien respecto a sí misma. Pero, en tu caso, no he exagerado.

Mejor sería que supiera la verdad, pensó ella lanzando un suspiro.

-Soy muy desordenada, heterodoxa y obstinada. No sé hacer pasteles ni tartas, prefiero dedicarme a la jardinería en vez de planchar y la idea de hablar con otras madres sobre lo que hacen los niños me llena de horror.

-Exacto. Como he dicho, perfecta.

Verity le lanzó una mirada de soslayo. El semblante de Vittore se había relajado y mostraba una irresistible ternura. Al hablar, lo había hecho con sinceridad,

Verity se incorporó en su asiento, indignada. Ese hombre estaba tratando de seducirla otra vez. Y no lo estaba haciendo nada mal, si tenía en cuenta la aceleración de su pulso.

-Deja de tratar de ablandarme -dijo Verity cáusticamente-. No te va a servir de nada.

-¿Quién está haciendo eso? -preguntó él con inocencia-. Solo estoy basándome en los hechos. Eres una mujer excepcionalmente hermosa, cálida, apasionada y cariñosa. Eres directa, tienes un maravilloso sentido del humor y una desconcertante honestidad. Tengo la sensación de que puedo fiarme de ti. Y te aseguro que, después de que Linda se llevara a Leo, es la primera vez que me fío de una mujer, a parte de las mujeres a las que conozco de toda la vida.

Verity frunció el ceño, pero estaba encantada con la irreal imagen que Vittore había presentado de ella.

-Me gustaría saber qué pasó entre los dos -dijo Verity en voz baja.

Al instante, la expresión de Vittore se tornó sombría.

-No quiero hablar de eso.

Verity lanzó un suspiro de exasperación.

-Has dicho que querías que descubriera la clase de hombre que eres. ¿Cómo voy a poder hacerlo si...?

-Observándome -la interrumpió él.

-Vittore, si me dijeras...

-¡No! Es agua pasada. Olvídalo.

Pero Verity sabía que no podría. Todavía había interrogantes respecto al comportamiento de él. Y hasta que no descubriera la verdad, jamás confiaría en él.

El humor de Vittore había cambiado. De repente, estaba serio e introspectivo.

-Esa es mi casa.

Con gesto frío y formal, Vittore señaló una construcción grande y elegante por encima del mar. Su jardín con terraza bajaba hasta una playa arenosa.

-¿Casa? ¡Dios mío, es un palacio! -exclamó ella.

-Lo era -respondió Vittore con expresión remota-. El Palazzo di Fiorenzi. El palacio del príncipe florentino. Fue construido en el siglo dieciocho, era el palacio de invierno del príncipe.

Verity guardó silencio, intimidada por la frialdad y la grandeza del edificio. Pensó que Linda había ido allí al casarse. Su hermana adoptiva lo había tenido todo y, sin embargo, había huido de allí.

Verity tembló. ¿Qué habría hecho Vittore para que Linda, tan materialista, hubiera querido alejarse de aquel lujo?

Con aprensión, se quedó mirando las enormes puertas de hierro forjado que se abrieron cuando Vittore pulsó el botón del control remoto. Después, volvió la cabeza cuando las puertas se cerraron tras ellos.

Se sintió prisionera.

-¿Me vas a dar uno de esos? -preguntó ella nerviosa, indicando el control remoto.

-Sí, si conduces. De lo contrario, es mejor que utilices el interfono.

-¿Así que podré salir y entrar a mi antojo? -preguntó ella dubitativa.

-Si vas con alguien.

-¿Tan peligrosa me consideras? -preguntó ella burlonamente en un intento por contener los nervios.

-Podrías escaparte con Leo y jamás volvería a ver a mi hijo.

Verity se quedó boquiabierta.

-¡Sabes que jamás haría eso!

-Tu hermana lo hizo.

-Mi hermana adoptiva. Y lo que ella hizo no tiene nada que ver conmigo -Verity lo miró asustada-. ¿Así que tienes la intención de tenerme aquí encerrada como si fuera una delincuente?

Él la miró brevemente.

-Puedes hacer lo que quieras siempre y cuando vayas acompañada. Jamás te tendría prisionera. ¿Qué clase de hombre crees que soy? -preguntó Vittore.

-¡No lo sé! ¡Ojalá lo supiera!

-En ese caso, cuanto antes lo descubras, mejor -dijo Vittore seriamente-. Más tarde te enseñaré la propiedad. Ahora, será mejor que entremos y que llevemos a Leo a su cuarto antes de que se despierte... y los del servicio se levanten.

-Tienen que tener cuidado para no asustarlo.

-Ya lo saben, están al tanto de la situación, los llamé desde el avión. Bueno, ya hemos llegado. Bienvenida a mi casa -dijo Vittore formalmente-. Es maravilloso estar de vuelta, con mi hijo.

Verity estaba demasiado sobrecogida para decir nada. Sus sorprendidos ojos estaban examinando los maravillosos jardines rebosantes de flores y de exótica vegetación.

-¡Jamás había visto un jardín italiano como este en los libros de jardinería! -exclamó ella-. Normalmente, son formales y geométricos, con setos, estatuas y cipreses. Pero esto... es increíble.

-Es obra de mi madre -dijo Vittore-. No le gustan los jardines formales y geométricos.

Verity se animó, quizá encontrara allí un alma gemela.

-Creo que me va a gustar tu madre.

-Sí, ya la verás por la tarde.

Vittore detuvo el coche al pie de una escalinata de mármol que terminaba en un imponente pórtico.

Vittore desabrochó el cinturón de seguridad que sujetaba la

sillita de su hijo, lo sacó del coche y lo llevó a la casa. Ella lo siguió.

Atravesaron un enorme vestíbulo de mármol y subieron por una escalinata iluminada por candelabros de cristal. De las paredes, color miel, colgaban retratos de los antepasados de Vittore.

Verity se sintió intimidada. Aquel lugar era demasiado grande para Leo, no le iba a gustar. Y ella tendría que secarle las lágrimas y tranquilizarlo.

El corazón se le encogió. Era una casa preciosa en un lugar maravilloso, pero su estancia iba a ser muy breve, no más de cuatro semanas.

-Este es el cuarto de Leo -anunció Vittore sonriendo triunfalmente.

-Justo a tiempo. Me parece que se está despertando -observó ella-. Y me parece que vas a tener que comprar una cuna un poco más grande.

-Sí, ya lo sé. Todavía no he tenido tiempo de hacerlo -contestó Vittore, algo agitado.

Ella también lo estaba. Leo, al verse en ese lugar desconocido, podía empezar a gritar en cualquier momento. Con cuidado, Verity se sentó en un sillón con el niño en sus brazos.

-Será mejor que te apartes para que no te vea -le advirtió ella a Vittore.

-Sí, claro.

Leo se frotó los ojos y, despacio, los abrió.

-Hola, cariño -murmuró Verity con una sonrisa.

El niño, malhumorado, ocultó el rostro en el pecho de ella e hizo un puchero. De repente, a la derecha de Verity, la fuerte mano de Vittore puso en movimiento un móvil con corderos, vacas y cerdos, que subieron y bajaron alegremente.

La música del móvil era suave, y sonó dulcemente en el silencio de la habitación. Leo, despacio, levantó la cabeza y la volvió. Una radiante sonrisa le iluminó el rostro; después, alargó la mano para alcanzar a los animales, riendo. Verity lo levantó en sus brazos para que pudiera ver el móvil con más claridad y le dijo el nombre de cada animal. Leo le recompensó con una enorme sonrisa que le recordó la de Vittore.

-Ven, vamos a cambiarte -murmuró ella.

Volvió la cabeza, pero Vittore se había ido. Sorprendida, examinó el cuarto y vio que tenía un baño incorporado, por lo que decidió bañar a Leo.

Jugaron con barcos y patos en la bañera y, cuando Leo estuvo seco, Verity se quedó esperando a que demostrara su disgusto por encontrarse en aquel lugar extraño.

Sin embargo, el niño parecía encantado. Su pequeño rostro

iluminado de placer mientras examinaba los juguetes.

Quizá Vittore estuviera en lo cierto, quizá Leo necesitaba salir de la casa de Linda.

-¿No tienes hambre, cielo? -por supuesto, Leo asintió. Era un niño con buen apetito-. Muy bien. Vamos a bajar a... ¡desayunar!

Verity tomó la mano del pequeño y se puso en marcha.

Capítulo 7

VERITY miró a Vittore, que estaba abriendo una enorme sombrilla sobre la mesa del desayuno en una de las terrazas de la casa, su sonrisa brillante. A pesar de sí misma, sintió que la felicidad de ese hombre le llegaba al corazón.

Los ojos negros de Vittore se clavaron en los suyos.

-Leo no está asustado -dijo él con voz queda, aunque apenas conteniendo su alegría-. ¡Le gusta este sitio!

Verity sintió emociones contradictorias.

-Quizá hayas tomado la decisión acertada -dijo ella con voz tensa.

-Alégrate por él. Verity suspiró.

-Sí, me alegro.

Se sostuvieron la mirada. Los dos sabían lo que eso podía significar; Vittore lo ganaría todo, ella perdería lo más importante en su vida.

-¡Oh! ¡Tesoruccio mió! -exclamó en voz baja una voz desde dentro de la casa, del salón cuya puerta daba a aquella terraza.

Verity volvió la cabeza y vio a una mujer rolliza de oscuros cabellos y vestida de negro empujando un carro lleno de bandejas con comida. Los lacrimógenos ojos de la mujer estaban fijos en Leo, una retahila de palabras suavemente murmuradas escapó de su boca.

-¡Sss, María! -Vittore rodeó los hombros de la mujer y le dio su pañuelo-. ¡Calma, calma!

Después, tras estrechar los hombros de la mujer, Vittore se volvió a Verity.

-Verity, esta es María, el ama de llaves. María, esta es Verity, la persona que ha estado cuidando a Leo, la hermana de Linda...

Antes de que Verity pudiera decir nada, se encontró envuelta en los brazos de la mujer.

-¡Grazie, grazie! Nos ha traído al niño -susurró María antes de apartarse de ella-. ¡Estamos muy contentos! Ha hecho que el conde sonría otra vez. Gracias. Y ahora, traigo el desayuno. El niño es tan guapo... Sí, sí, ya lo sé -la mujer miró a Leo con cariño-. No voy a acercarme a él. Esperaré. Y ahora me voy.

-Gracias, María -dijo Verity con una cálida sonrisa, sobrecogida por la felicidad de la mujer-. Es usted muy amable.

-Usted es muy guapa. Y no es como su hermana. ¡Gracias a Dios, no lo es!

-¡María! -dijo Vittore a modo de advertencia, aunque con ternura.

-¡Sí, me voy, me voy! Estoy contenta. Todos estamos contentos.

María se acercó a Vittore, que se había sentado a la mesa, con la gracia de una bailarina; le puso una mano en el hombro y luego regresó al interior de la casa.

-Los que trabajan para ti parecen tenerte mucho cariño -comentó Verity, observando a Leo, que estaba jugando en la fuente que había en la terraza.

-Y yo a ellos. Me conocen de toda la vida.

-Oh.

Nadie podía comprar con dinero la lealtad ni elafecto; a menos, por supuesto, que Vittore hubiera mantenido en secreto sus infidelidades.

-¿Crees que Maria me tendría tanto cariño si hubiera descuidado a mi hijo?

Verity parpadeó al pensar en las fotografías que había visto en la habitación de Vittore con su hijo. En las fotos, se le veía un padre que adoraba a su pequeño.

-No -respondió ella con sinceridad.

-En ese caso, Linda te mintió respecto a mí. Verity se mordió los labios.

-Eso parece.

-¿Y si mintió respecto a eso...?

A Verity se le aceleró el pulso. Sí, si Linda mintió respecto a la relación de Vittore con su hijo, también había podido mentir sobre su supuesta infidelidad? O... ¿estaba tratando de engañarse a sí misma?

-Leo está viniendo hacia aquí -dijo Vittore con voz queda.

-Gracias por avisarme -susurró ella antes de levantarse para acercarse al niño.

Le sorprendió lo mucho que deseaba que Vittore hubiera sido fiel a su esposa, pero no era probable. Los hombres tan guapos siempre tenían muchas oportunidades de ser infieles; para colmo, Vittore era muy rico.

Ahora se sentía menos segura de que Leo rechazara a su padre. Al recordar el acuerdo al que Vittore y ella habían llegado, tembló. Confusa, respondió a la llamada de Leo y lo tomó en sus brazos. Después, le llevó al carrito con el maravilloso desayuno que Maria había preparado.

-¡Salsisas!-gritó Leo.

-¡Tú y tus salchichas! -bromeó Verity-. Está bien, siéntate y...

Leo empezó a protestar, indicando que quería sentarse encima de ella.

-No, caro -dijo Vittore con voz suave-. Tienes que sentarte a comer como debes. Maria ha traído todo esto de casa de su hija, es una comida especial.

Con firmeza, aunque con ternura, Vittore logró sentar a Leo en su silla alta con bandeja antes de que el niño pudiera protestar. Y cuando Leo abrió la boca para gritar, Vittore le metió una salchicha.

Verity se dio cuenta de la lucha que Leo estaba teniendo consigo mismo mientras sujetaba la salchicha con los dientes: ¿debía protestar o disfrutar su comida preferida? Otra salchicha apareció en el plato de Leo; después, Vittore, sigilosamente, se marchó y desapareció en el interior de la casa.

Después del desayuno, ella y Leo permanecieron en el jardín. Jugaron en un banco de arena y ella no dejó de contemplar aquel incomparable mar azul.

Una hora más tarde, una pequeña piscina de plástico apareció en un rincón de un seto. Verity rio al ver la manguera cerca, entró en la piscina y empezó a llenarla de agua.

Leo estaba tan ensimismado jugando con la arena que no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta el momento en que un pato, un cubo de plástico y un barco se chocaron en el aire durante su trayecto hacia la piscina.

Gritando de entusiasmo, Leo corrió hacia la piscina. Verity, riendo, logró darle alcance a tiempo de evitar que se echara al agua vestido.

De repente, oyó una risa queda desde el otro lado del seto. Reconoció la risa, era la de Vittore. Y, al momento, una toalla de baño aterrizó a sus pies.

-Gracias -susurró ella, divertida con el truco.

Pero no obtuvo respuesta.

Después del mediodía, cuando Leo, rendido de cansancio, se durmió, Vittore apareció al lado de ella.

-Déjamelo, quiero tenerlo en mis brazos un momento. Después lo acostaré encima de la toalla. Era una crueldad negarle el capricho.

-De acuerdo.

Verity le ofreció a su hijo.

-¡Vittore! -llamó alguien desde la terraza que había a sus espaldas.

Verity se volvió. Vio a una mujer joven y delgada con bonitas y largas piernas morenas y un cabello castaño igualmente largo que brillaba a la luz del sol. Una mujer de discreta elegancia...

-¡Bianca! -exclamó Vittore con voz queda, y su expresión mostró su deleite.

Verity se puso tensa al momento. Esa mujer aparecía en una de las fotografías que había visto, con Leo. Esa mujer era Bianca.

Perpleja, vio cómo Vittore abandonada a su supuestamente adorado hijo y se iba hacia la terraza.

Verity volvió la cabeza inmediatamente. Esa era la amante que Linda había mencionado, cuando Leo tenía dos o tres meses. Y, al parecer, seguía teniendo influencia en Vittore.

Era evidente que para él las mujeres eran lo primero, Leo siempre ocuparía un segundo lugar. Sus suposiciones se veían confirmadas.

Despacio y muy seria, con Leo durmiendo en la toalla, Verity se apartó unos metros para contemplar la vista y recuperar la compostura.

Tenía miedo, miedo de conocer a la mujer que había arruinado el matrimonio de Linda, a la mujer causante de la infelicidad de Leo.

Por fin, se volvió, dispuesta a enfrentarse a aquella mujer. Los ojos le echaban chispas.

Pero Vittore y Bianca habían desaparecido.

Una inmensa furia se apoderó de ella. Debían haberse ido a la cama. ¡Al fin y al cabo, para eso eran las amantes!

Quería escapar, huir de allí. Pero tenía que quedarse allí... por Leo.

-Bueno, está todo claro. Somos tú y yo, cielo -murmuró ella sentándose al lado de su sobrino-. Tu padre es un mujeriego que no está dispuesto a pensar en ti por encima de todo lo demás. Pobre Linda, ahora sé cómo debió sentirse. Así que aparece Bianca, Vittore se mete en la cama y deja todo lo demás. A pesar de no haberme acostado con él, me siento humillada al verlo desaparecer con otra después de intentar seducirme. No me extraña que Linda se escapara. ¡Vittore es un sinvergüenza!

Con los labios apretados, Verity se tumbó y se quedó contemplando el cielo, tratando de no pensar en lo que Bianca y Vittore estarían haciendo.

Unas horas más tarde, en la penumbra del cuarto de Leo, Verity se dio cuenta de que Vittore y Bianca estaban en la puerta. Ella permaneció quieta al lado de la nueva cuna de Leo, que había aparecido como por arte de magia, el niño se había quedado dormido.

-¡Che bello! -exclamó una suave voz.

La de Bianca. Verity miró el reloj. Las ocho de la tarde. Se preguntó a qué hora servirían la cena y si se vería obligada a sentarse a la misma mesa que la amante de Vittore. En ese caso, no sería capaz de probar bocado. El estómago ya se le había cerrado.

-Verity, esta es Bianca -dijo Vittore con voz tierna. Verity sintió una amarga sensación.

-Lo sé.

Incapaz de enfrentarse a aquella mujer, continuó dándoles la

espalda mientras se entretenía estirando la manta, ajustando la almohada, colocando unos cojines...

-Hola, Verity -dijo Bianca dulcemente.

-¡Ssss! -la amonestó Verity. De repente, se sintió avergonzada de su comportamiento infantil; pero se sintió incapaz de evitarlo.

-¿Está dormido? -Vittore, acercándose inesperadamente, le tocó el brazo.

Verity se apartó de él al momento.

-Acaba de dormirse -murmuró ella con desgana. Vittore se agachó sobre su hijo.

-Entra a verlo, Bianca -murmuró él-. Es precioso.

-¡Oh, sí! -susurró Bianca encantada. Verity se quedó helada.

-¡No te acerques! -ordenó.

-Creía que estaba dor...

Verity volvió la cabeza y lanzó una rápida mirada a Bianca, interrumpiéndola. Vio que aquella mujer tenía veintitantos años, una piel color oliva exquisita, ojos muy oscuros y unos dientes sumamente blancos. No, no necesitaba ningún maquillaje. Verity la odió al momento.

-Puede despertarse y, si lo hace y ve a alguien desconocido, le puede dar un ataque de pánico -dijo Verity a modo de explicación.

Vittore asintió al ver la desilusión de Bianca.

-No te preocupes, tendrás tiempo de sobra de verlo -dijo Vittore con sumo cariño.

No si ella podía evitarlo, pensó Verity.

-Por favor, agradecería que os marcharais -dijo en tono autoritario.,

-Todavía no. Casi no he tenido un momento para...-comenzó a decir Vittore.

-Podrías haber estado con él al mediodía cuando estaba durmiendo -le espetó Verity, sin poder contenerse.

Vittore, algo sonrojado, lanzó una mirada a Bianca. Un sentimiento de culpa se apoderó de Verity.

Bianca esbozó una sonrisa angelical.

-Me temo que ha sido culpa mía -dijo ella con una atractiva voz ronca.

Verity le sostuvo la mirada inocente con ojos duros.

-Lo imaginaba.

-Verás... -comenzó a decir Bianca.

-Por favor, no es necesario que des explicaciones-le interrumpió Verity.

-Cara -murmuró Vittore al tiempo que agarraba a la mujer del brazo.

Vittore le habló en italiano; después, la besó en las mejillas y la

joven se marchó.

Vittore se volvió a Verity, que estaba intentando mantenerse ocupada doblando la ropa de Leo.

-Estás enfadada -comentó Vittore. Ella sacudió la cabeza violentamente.

-No.

Vittore sonrió, enfadándole aún más.

-Sé que lo estás y sé que es por Bianca.

-¿Por quién? Ah, ella. ¿Por qué iba a molestarme?

-Eso es lo que encuentro fascinante de ti -dijo él con voz queda.

Estaba demasiado cerca. La piel empezó a arderle y sintió un impulsivo deseo de besarlo y hacerle olvidar, de una vez por todas, a la maldita Bianca.

Rápidamente, Verity fue a apartarse de Vittore, pero él resultó ser muy rápido. La hizo volverse de nuevo a él y la miró penetrantemente.

-Escúchame -dijo Vittore con voz queda.

Verity se lo quedó mirando al pecho; tentada, una vez más, de abandonarse y entregarse a él sin pensar en las consecuencias.

-¿Para qué? ¿Para oír más mentiras? Vittore suspiró.

-Quiero que me creas, pero no sé cómo convencerte. Lo único que puedo decir es que Bianca no es mi amante y nunca lo ha sido.

Verity logró encoger los hombros mientras sentía el aliento de Vittore en el rostro, mientras anhelaba aquella boca en la suya.

Durante un momento, sintió los labios tan secos que le costó responder; disimuladamente, se los humedeció con la lengua. Entonces, sintió a Vittore ponerse tenso y le oyó respirar más trabajosamente.

Y su cuerpo respondió. ¡Cómo respondió! Las caricias de los dedos de él en sus brazos desnudos la enloquecieron. ¿Y por qué la miraba así? Esa mirada podía derretir el hielo.

Pero no iba a sucumbir. Sin saber cómo lo logró, le miró burlonamente.

-Como ya he dicho, ¿por qué iba a importarme lo que es Bianca para ti?

-No lo sé, dímelo tú -murmuró Vittore.

-No es una cuestión personal, sino moral. Esa mujer destruyó tu matrimonio. No me gusta la idea de que se acerque a Leo.

-Bianca no destruyó mi matrimonio -declaró Vittore-. Y no quiero hablar de eso, ¿de acuerdo? Me gustaría que fueras justa con ella, que no la juzgues sin conocerla.

-Creo que he dejado muy claro que no quiero que gente desconocida se acerque a Leo -le espetó ella.

-Leo estaba dormido.

-Acababa de dormirse y, por lo tanto, podía haberse despertado con facilidad -argumentó Verity.

-Sí. Y es por eso precisamente por lo que este, mediodía, cuando Bianca llegó, me la llevé inmediatamente, para evitar que volviera a llamarme a gritos y pudiera despertarlo -declaró Vittore con los ojos fijos en ella-. Y luego le expliqué lo de Leo, antes de ponernos a trabajar; teníamos que solucionar algo muy urgente. Como ya sabes, tengo que hacer unos cambios en mi vida y, cuanto antes, mejor.

-¿Le has hablado de nuestro trato? -preguntó ella fríamente.

-¿Lo del plazo de seis meses? Creo que eso debe quedar entre nosotros, ¿no te parece? -Vittore le acarició la mejilla.

Verity se estremeció y medio cerró los ojos cuando el bajó el rostro hacia el suyo. La boca de él era demasiado sensual para poder resistir.

-Vittore -susurró ella con voz ronca.

-Voy a enseñarte tu habitación -dijo él; súbitamente, frío y distante-. Está al lado de esta y tiene un vídeo conectado por el que puedes ver a Leo. Será mejor que te cambies para bajar a cenar. Sigúeme.

Mareada y excitada sexualmente, Verity lo siguió a regañadientes, como una niña a quien le habían negado unos caramelos. Estaba en poder de ese hombre, pensó sintiéndose indefensa.

Después de darse una ducha fría y de preguntarse por qué no había llevado consigo un cinturón de castidad, Verity bajó al piso inferior a cenar, guiada por el sonido de unas risas, de hombre y de mujer. Supuestamente, Vittore y la hermosa Bianca.

La vanidad le impulsó a meter el vientre hacia dentro tanto como le fue posible y se llevó las manos al cabello para asegurarse de que el moño continuaba en su sitio. La falda color naranja que le acarició las piernas no podía compararse con la discreta elegancia de la ropa de Bianca, ni tampoco la blusa color escarlata. Sin embargo, había elegido esos colores tan llamativos intencionalmente, para sorprender.

-¡Signorina Ferty, la sala da pranzo! ¡Comer allí! -excitada, María le indicó una puerta a la i/quierda del vestíbulo.

Verity sonrió.

-Gracias, María. Grazie.

-Prego -María se pasó las manos por el delantal y se alejó apresuradamente.

Verity respiró profundamente y entró con gesto desafiante.

Lo primero que llamó su atención fue la estancia. Era un comedor con precioso mobiliario; en el centro, había una mesa de caoba iluminada con candelabros de plata. Copas de cristal

exquisitas, platos con bordes dorados y una cubertería preciosa.

Después vio a Vittore, que se había puesto en pie al verla vacilante junto a la puerta. Sus ojos brillaban de deseo, aunque probablemente era por la rubia que estaba sentada frente a él, de espaldas a la puerta.

-¡Guau! -exclamó la rubia, que había vuelto la cabeza y la estaba mirando.

Verity, confusa al ver el rostro de la mujer, parpadeó.

La mujer, de edad difícil de calcular, llevaba el cabello recogido en un bonito moño. Sonriendo, se puso en pie y se acercó a ella. Llevaba una falda color canela y una blusa roja casi idéntica a la suya.

-Verity -dijo la mujer cariñosamente, extendiéndole los brazos.

Sin saber por qué, Verity avanzó hacia aquella mujer y se dejó abrazar.

-¡Es maravilloso tenerte aquí! -exclamó la rubia apartándose de Verity para examinarla-. ¡Por fin encuentro un alma gemela!

Verity, instintivamente, sintió lo mismo... a pesar de estar casi segura de que esa mujer era otra de las amantes de Vittore.

-Mamá... -empezó a decir Vittore.

-¡Sí, ya lo sé! -la mujer rio-. Soy Honesty, la madre de Vittore. Un nombre horrible, ¿verdad? Pero no tengo otro. María me llama la contessa Onsty, pero es porque le gusta. ¡Verity, bienvenida! Vittore no me había dicho que eras tan guapa, pero es natural, estaba demasiado excitado con la vuelta de Leo. Hoy os he visto desde la ventana cuando estabais jugando en el jardín. Tienes mucha paciencia con él. Me he dado cuenta de que quieres mucho a mi nieto y me alegro de que vayas a pasar aquí unos meses, hasta que el niño se acostumbre a su nuevo entorno.

Verity abrió la boca para aclarar la situación, pero la madre de Vittore continuó hablando.

-Y me han dicho que te interesa la jardinería, ¿verdad? He notado que te fijabas mucho en las plantas y...

-Mamá -la interrumpió Vittore.

Honesty se echó a reír y miró a su hijo con cariño.

-Le gusta dar órdenes, igual que a su padre. Bueno, ahora vamos a cenar -dijo Honesty guiando a Verity a la mesa-. Estoy muerta de hambre.

La mujer hizo que Verity se sentara antes de hacerlo ella; después, con gusto, se lanzó por un trozo de pan y empezó a comer.

-¿En serio te interesan los jardines? Concebimos a Vittore en este jardín, debajo de la mimosa. Desde entonces, me encantan las estrellas fugaces. ¿Tú también tienes una casa con jardín? ¿Cómo es? ¿Te gusta Ger-trude Jekyll o...?

-Mamá -murmuró Vittore poniendo la mano encima de la de su madre-, ¿no te parece que deberías dejar que Verity contestase a alguna de tus preguntas antes de continuar?

-Mi hijo piensa que los italianos son los únicos que se apasionan por las cosas -le confió Honesty a Verity-. Pero nosotros, los ingleses, sabemos que eso no es cierto, ¿verdad? Bueno, es tu turno de hablar.

Los ojos de Verity brillaron. Sí, le gustaba esa mujer.

-Primero, quiero hacerle una pregunta.

-Adelante. ¡Oh! ¡María! ¡Espagueti con almejas! Es mi comida preferida, junto con risotto. Verity, prueba esto. La salsa de tomate es maravillosa. Tendrás que hablar al tiempo que comes.

-Si te deja -observó Vittore burlonamente.

Conteniendo la risa, Verity esperó a que María le colocase un plato lleno de comida delante; luego, preguntó:

-¿Así que eres inglesa, Honesty?

-Sí. Conocí a Arturo, el padre de Vittore, cuando fui a hacerle una entrevista para la revista en la que trabajaba. Quería escribir un artículo sobre el superficial y vacío mundo de la moda y acabé elogiando la humanidad y la astucia de ese hombre, al mismo tiempo que perdí el habla.

-¡Oh! -Verity se quedó sorprendida-. ¡Qué horrible!

-No tomes literalmente lo que ha dicho mi madre -explicó Vittore- Ha querido decir que, al ver a mi padre, se quedó atontada.

-Y nunca me recuperé -Honesty suspiró-. Es extraño cómo el amor puede cambiarte de esa manera. Dicen que el amor a primera vista no existe, pero te aseguro que sí. Al principio, intenté resistirme, pero pronto me rendí a lo inevitable.

Sonrojada, Verity lanzó una rápida mirada a Vittore. Él la estaba mirando pensativamente, pero sus ojos se encendieron cuando sus miradas se cruzaron.

-Pregúntale sobre Bianca -le dijo Vittore a Verity con voz ronca.

-Oh, es una chica encantadora -declaró Honesty sin necesidad de que Verity le preguntara-. Te va a gustar. Es muy directa, muy fiel a sus amigos, muy trabajadora y sin ninguna malicia. Por supuesto, desde que era muy pequeña, la habían elegido para Vittore; de ese modo, se habrían unido dos dinastías con su matrimonio. Iban a prometerse cuando Arturo murió; pero dos meses después del fallecimiento de mi marido, Vittore se casó con tu hermana. La verdad es que aún no sé por qué, no tenían nada en común. Pero todavía no me has dicho por qué te interesa la jardinería.

-Mamá, ¿por qué no comes y dejas que Verity diga lo que quiera? -Vittore tenía el ceño fruncido, no parecía contento con las revelaciones de su madre.

-Bianca pasa mucho tiempo aquí, ¿verdad? -le preguntó Verity a Honesty.

-Es su segunda casa, cuando no está trabajando. Ella y Vittore están muy unidos; aunque, por supuesto, no se trata de una relación romántica. Son como hermanos. Y se ven mucho porque ella está haciendo el trabajo de Vittore para que él pueda concentrarse en los niños.

-¿Los niños? -preguntó Verity con voz débil, imaginado docenas de hijos de Vittore diseminados por toda Italia.

-Sí, ahora hay muchos -respondió Honesty-. Todo empezó cuando Leo desapareció. Vittore estaba muy deprimido, María y yo no sabíamos qué hacer con él; al final, le sugerí que ayudara a niños minusválidos. Vittore siguió mi consejo y creó estos centros... ¡Maria, no, no te lleves el plato, no he terminado! ¡Vuelve dentro de un momento! Sí, lo sé, pero está delicioso. Eres un tesoro, Maria. ¿Dónde estaba? Ahí, sí, los centros. Bueno, Vittore ha creado centros en todo el mundo; en cada centro, se encargan de cuidar a varios niños minusválidos. Los educan, les dan fisioterapia, les ofrecen un hogar, vacaciones... en fin, una vida normal. Deberías ver cómo están de contentos... ¡Sí, Vittore, estoy comiendo! Bueno, Verity, cuéntame algo sobre ti. No puedo acaparar la conversación todo el tiempo.

-¿Estás segura? Hasta ahora, lo has hecho muy bien -observó Vittore.

Su madre, sin inmutarse, le sonrió maliciosamente.

Verity miró a Vittore sin poder creer lo que había oído. Le parecía inconcebible que fuera capaz de semejante generosidad. No comprendía nada. Quizá no fuera el mujeriego superficial que había supuesto.

Y algo más la tenía confusa. Honesty había dicho que no había nada entre Bianca y Vittore, excepto una relación fraternal. ¿Podía ser verdad?

Vio que Honesty estaba esperando a que dijera algo y, dado que era algo poco frecuente, se olvidó de Bianca y sonrió a la madre de Vittore.

-Supongo que querrás que te hable de mi vida, pero la verdad es que,no hay mucho que contar. Soy adoptada, estudié horticultura y perdí el contacto con Linda. Me gano la vida como paisajista. Y me encanta tu jardín, es maravilloso -Honesty le dedicó una radiante sonrisa y Verity continuó-. Antes de dejar el trabajo para ocuparme de Leo, había logrado una cartera de clientes importante y tenía bastante trabajo; sin embargo, estaba empezando a encontrar mi trabajo algo repetitivo debido a lo que está de moda y lo que no está de moda. Me gusta trabajar con más libertad.

-Sí, a mí también. Se nota por la forma como vistes -dijo Honesty, permitiendo a Maria que le retirase el plato por fin-. No eres una persona con inhibiciones ni reprimida, ¿verdad? Además, lo noto por tu pelo; no te lo recojas, déjalo caer a su manera. Y me encanta el color, yo lo Uevo teñido para ocultar las canas; sin embargo, aún no estoy preparada para parecer vieja. Tu pelo es precioso, ¿verdad, Vittore?

-Sí.

Honesty frunció el ceño.

-¿Qué demonios te pasa? ¡Vamos, échale un piropo! ¿Se te han olvidado tus modales?

-Si digo algo, Verity se va a poner colorada -comentó él burlonamente.

-Ya lo ha hecho -le espetó Honesty-. ¡Oh, no! Al momento, Honesty se puso en pie.

-¿Qué pasa? -preguntó Vittore alarmado.

-¡Mis esquejes! ¡Se me ha olvidado regarlos!

-¡Por favor! ¡Creía que te había mordido una víbora! -Vittore esbozó una indulgente sonrisa-. ¿No puedes decirle a alguien que...?

-No, no quiero dejar mis esquejes en manos de nadie -le interrumpió su madre-. Bueno, tengo que irme, hasta luego. Las plantas, como los niños, necesitan cariño y cuidados. Ciao, querido -Honesty sopló un beso a su hijo-. Adiós, Verity. Tengo muchas ganas de hablar de jardinería contigo. Podríamos planear algo nuevo en el jardín, ¿te parece? Adiós. ¡Ah, y me encanta como vistes!

-Conduce con cuidado, mamá -le advirtió Vittore mientras se levantaba para acompañarle a la puerta.

-Descuida. No me gustaría nada morirme ahora, querido -le aseguró ella-. No olvides que tengo que disfrutar con mi nieto. Bueno, vuelve a la mesa y termina de cenar, tienes una invitada. No me acompañes a la puerta. ¡Adiós!

Vittore se dio la vuelta y regresó a su silla.

-Mi madre arrolla como una apisonadora, ¿verdad? -le comentó él a Verity. Ella se echó a reír.

-¡Es un huracán! Pero es maravillosa, Vittore. No esperaba que fuera así.

-Espero que te haya gustado. Quizá también te hayas equivocado conmigo -sugirió Vittore con voz queda.

En ese momento, Maria llevó un plato de cordero y Verity guardó silencio. Quizá se había equivocado, pero... ¿cómo podía estar segura?

Una hora más tarde, después del cordero y de un exquisito postre a base de cerezas silvestres, Verity se sintió sumamente

relajada. Vittore y ella estaban riendo cuando les llevaron los cafés.

-Gracias, Maria -dijo Vittore con cariño-. Una cena fantástica, como de costumbre.

Vittore, para dar énfasis a sus palabras, se lamió los dedos. Verity, con sorpresa, vio a Maria darle a Vittore un beso en la frente. El sonrió a su ama de llaves, parecía estar acostumbrado a esos gestos de cariño.

-Y no te molestes en recoger la mesa, ya se hará mañana. Sera.

-Buona sera. Buona sera, signorina Ferty. Verity le dedicó una sonrisa radiante.

-Buenas noches, Maria. Y gracias por la cena, estaba todo exquisito. Es usted una cocinera excelente.

-¡No, no! -Maria parecía abrumada-. Cocino con cariño. Cocino por Vittore, porque es buen hombre.

-Sí, la comprendo -dijo Verity con voz suave.

Era evidente que Maria adoraba a Vittore, lo que era muy significativo.

Y, sin embargo, Linda había escapado de allí.

Vittore se puso en pie; después, agarró el monitor del cuarto del niño y se lo metió en el bolsillo antes de agarrar la bandeja con los cafés y un plato con trufas.

-¿Te parece que nos tomemos esto fuera? -sugirió él-. Los jazmines huelen maravillosamente por la noche.

-Oh, me encanta el olor del jazmín -respondió Verity entusiasmada.

Lo siguió a la terraza, satisfecha por la maravillosa comida y la atmósfera familiar. Tenía que admitir que se había equivocado respecto a Italia, aquel lugar era perfecto para Leo... siempre y cuando Linda hubiera mentido respecto a la adición de Vittore al sexo.

Vittore le ofreció la mano que tenía libre y ella la aceptó. Al cabo de unos instantes, vio la luz de la luna filtrándose entre las ramas de los árboles en un oscuro cielo.

Vittore le estrechó la mano con más fuerza. De repente, ella se sintió como si hubieran estado juntos toda la vida. Era, por supuesto, aquella noche tan romántica lo que la tenía seducida, se dijo a sí misma. A lo que había que añadir la encantadora cena y la risa que habían compartido, más unas copas de vino.

Verity se tropezó y él la agarró de la cintura para sujetarla.

Se quedaron inmóviles, abrazados, durante lo que a ella le pareció una eternidad. Después, Vittore se apartó, dejó la bandeja encima de una mesa de hierro forjado y le ofreció una taza de café.

Verity bebió un sorbo del aromático líquido, su sabor fue otro sensual ataque a su vulnerable cuerpo.

Le pareció que estaba más cerca de él. ¿Se había movido Vittore o lo había hecho ella? No podía hablar, no podía moverse. Él le quitó la taza vacía de su temblorosa mano y le ofreció una trufa de chocolate.

Embriagada por la atmósfera, Verity, obediente, abrió los labios y él le metió el chocolate en la boca... pero, en vez de retirar los dedos, le acarició los labios.

Vittore la besó suavemente y luego le acarició la boca con la punta de la lengua. Entonces, se apartó de ella con los ojos llenos de deseo.

-Es hora de que te vayas a la cama -dijo Vittore con voz ronca.

Verity, indignada por semejante sugerencia, tragó saliva, pero no logró contestar.

-Lo sé -murmuró él-, yo también podría pasarme aquí toda la noche. Pero tienes que descansar, Leo da mucho trabajo. Te acompañaré adentro.

Verity estaba tan sorprendida que no pudo resistirse cuando Vittore, educadamente, le puso una mano en el codo y la empujó suavemente hacia la casa.

Era lo mejor, pensó Verity tratando de convencerse a sí misma. Sin embargo, se sentía desilusionada y frustrada. El cuerpo le ardía, le exigía satisfacción sexual, le pedía que se frotara contra él y lo atormentara hasta hacerle perder el control.

No era justo que Vittore pareciese tan indiferente.¡No era justo! ¿Cómo se había atrevido a empezar algo y no acabarlo?

-Buenas noches -dijo él cuando llegaron a la casa.

-Buenas noches -respondió ella con voz ronca.

Pero Vittore no se movió y ella, de repente, con desesperación, levantó el rostro, le hizo bajar la cabeza y le dio un explosivo beso.

La pasión de Vittore estalló. Verity se encontró en el suelo, debajo de él, sometida al delirio de su boca. Sus piernas y sus brazos se entrelazaron y pronto Verity no supo dónde acababa su cuerpo y el de él empezaba.

Sintió la boca de Vittore en los pechos; una boca ardiente, exigente e infinitamente dulce. Ella se arqueó y gimió, apretándose contra él, movida por el deseo de formar parte del cuerpo de Vittore.

Vittore le bajó la blusa hasta la cintura con el fin de besarle la piel desnuda. Luego, empezó a acariciarle los muslos hacia arriba. Ella rogó y gimió.

Verity oyó un profundo gemido y, de repente, los besos y las caricias cesaron. Abrió los ojos y vio a Vittore subiéndole la blusa con expresión contenida.

Se sintió sumamente humillada. No solo había perdido la cabeza

al invitarlo a besarla, sino que él había descubierto que ella no le interesaba. Y se trataba de un hombre que adoraba a las mujeres y aceptaba todo lo que estuvieran dispuestas a ofrecerle.

Casi mareada, Verity se incorporó hasta quedar sentada en el suelo. Ignoró la mano que él le ofrecía para ayudarla a levantarse y logró ponerse en pie por sí misma.

-Verity...

Ella, alzando una mano, lo hizo callar; le indicó que no dijera nada.

Al momento, se alejó de allí en busca del refugio de su cama virginal.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?, se preguntó a sí misma mientras se metía en la cama completamente desnuda. Trató de consolarse a sí misma al pensar que, por la mañana, se alegraría de que no hubiera pasado nada.

Pero los pechos la quemaban. Tocándoselos, cerró los ojos y recordó la boca de Vittore besándoselos. Horrorizada, colocó los brazos a ambos lados de su cuerpo y se quedó rígida, a la espera de que el cosquilleo que sentía en todo el cuerpo desapareciera.

Capítulo 8

VERITY, con expresión distante en los ojos, apareció al lado de su cama... y él se quedó helado, en silencio, inmóvil, pero con toda clase de sensaciones atormentándolo.

La perfección del cuerpo de Verity lo dejó sobrecogido: sus senos altos y firmes, la excitante curva de su pequeña cintura, el liso vientre y el oscuro triángulo de vello del mismo color que los cabellos que enmarcaban su encantador rostro.

Vittore tragó saliva. Se vio forzado a echarse a un lado cuando ella lanzó un suspiro y apartó la sábana que le cubría. Algo le dejó paralizado y rígido.

Para desgracia suya, Verity se sentó en la cama y empezó a acariciarle el cuerpo; en primer lugar, el pecho; después, el vientre, cuyos músculos se contrajeron al instante. Los dedos de Verity se detuvieron y él, agonizante, cerró los ojos. Esperó. Sabía que tenía que hacerla parar, pero... ¿cómo?

Con suavidad, Verity le tocó la punta del miembro, que respondió al instante. Fue una deliciosa tortura. El mínimo roce de aquellos dedos le hacía sentirse a punto de estallar.

Entonces, bruscamente, Verity se puso en pie y salió de la habitación, tropezándose con el marco de la puerta al hacerlo.

Cuando Vittore la oyó darse un golpe contra una delas mesas del corredor, saltó de la cama. Verity podía hacerse daño, podía caer por las escaleras...

Vittore agarró su bata de seda blanca y también se chocó con el marco de la puerta, apenas sabía lo que hacía. En el último momento, logró acordarse del monitor del cuarto del niño y se lo metió en el bolsillo de la bata antes de salir al corredor.

Verity estaba a mitad de la escalera. Él volvió a su cuarto para agarrar una sábana con la que cubrirla antes de llevarla de vuelta a su habitación. Al volver, la vio cruzar el vestíbulo corriendo, entrar en el comedor y dirigirse a la puerta que daba a la terraza.

Vittore fue a apagar la alarma y lo consiguió antes de que a Verity le diera tiempo a abrir la puerta. Ella cruzó la terraza a la velocidad del rayo y bajó a la zona de césped sin que a él le hubiera dado tiempo a cubrir la distancia que los separaba.

Vittore le dio alcance en la zona baja de los jardines. Ella alzó la cabeza y los brazos hacia el cielo. El aroma de los jazmines los envolvió.

Con frustrado deseo, Vittore la vio tumbarse en el césped y estirarse como si se ofreciera en sacrificio. Su hermoso cuerpo brilló a la luz de la luna.

Vittore sabía que tenía que llevarla a su habitación.

Sigilosamente, se arrodilló a su lado y, con cuidado, le deslizó un brazo por la espalda para alzarla en sus brazos.

-Vittore -susurró ella, sorprendiéndolo.

Vittore contuvo la respiración. No podía moverse. Los brazos de Verity le rodearon el cuello y su cuerpo desnudo se estrechó contra el suyo.

La cabeza le dio vueltas. Jamás en la vida había sentido semejante excitación.

-No -murmuró él en un inaudible gruñido-. ¡Verity, tí desiro tantissimol -gimió Vittore-. Pero... tenemos que volver a la cama. Tú tienes que irte a la cama, a la tuya, sola.

-Mmmmm -murmuró ella antes de besarlo.

Vittore sucumbió, a pesar de sus buenas intenciones. Verity le había empujado demasiado lejos, más de lo que podía soportar. Y la besó con la furia y la pasión de su delirante cuerpo.

Ella jadeó y tembló mientras pronunciaba su nombre una y otra vez. Vittore, de repente, se dio cuenta de que no estaba dormida, que no estaba bajo los efectos del sonambulismo. Primero, sintió enfado; después, alivio. Verity sabía muy bien lo que estaba haciendo, le había conducido al jardín deliberadamente.

Verity cerró los ojos y él se quedó quieto. Era importante que fuera ella quien llevara la iniciativa; de esa manera, nunca podría acusarlo de haberla seducido.

Suavemente, Verity tiró de él hacia ella y Vittore no se resistió. Su bata se abrió y Verity se tumbó encima de él. Se besaron. No, no se besaron, se devoraron.

Vittore le dio la vuelta y se colocó encima para besarla todo el cuerpo, ignorando los quedos gritos y los gemidos de ella, decidido a hacer de aquella noche la más perfecta en la vida de Verity.

Decidido a proporcionarle placer, besó el sudor de ella, haciendo que sus cuerpos fueran como el líquido. Los frenéticos besos de Verity y sus caricias lo enloquecieron. Necesitaba penetrarla y hacerla perder la razón, como le ocurría a él.

-¿Estás segura que quieres esto? -le susurró Vittore con voz espesa.

-Sí, completamente -respondió ella jadeante.

-¿Estás... protegida? -preguntó él delicadamente.

Verity lanzó una carcajada gutural.

-¡No, en absoluto! ¡Estoy dispuesta a enfrentarme a cualquier peligro! -bromeó Verity.

Pero debía estar protegida porque, tomándolo en sus manos, lo guió. Vittore contuvo la necesidad de aliviarse violentamente y logró introducirse en ella con suavidad, poco a poco...

-¿Qué quieres que haga? -preguntó ella con voz ronca-. Quiero

moverme... ¿está bien eso? Dímelo. Enséñame, Vittore.

Vittore se quedó repentinamente quieto. En su rostro apareció una expresión de incredulidad. No era posible que Verity hubiera querido decir que...

-¿Que te enseñe? -preguntó él confuso. Los ojos de ella brillaron.

-Nunca he llegado tan lejos -respondió Verity con voz quebrada.

Vittore cerró los ojos. Y a pesar de los ruegos de Verity, Vittore salió de ella y se tumbó en el césped, a su lado. Poco a poco, fue recuperando la respiración.

Verity le puso una mano en el muslo.

-¡ No! -gimió él, apartándose de ella. Con manos temblorosas, Vittore se cerró la bata y se ató el cinturón de espaldas a ella.

-¿A qué estás jugando, Vittore? -protestó Verity.

-Voy a llevarte a tu habitación ahora mismo -dijo él con voz dura y fría.

-¿Qué? -gritó ella.

-No quieres quedarte embarazada, ¿verdad? -le preguntó Vittore volviendo la cabeza para mirarla.

-N... no -primero, Verity se sonrojo; después, sus ojos se tomaron ensoñadores y tristes.

-En ese caso, será mejor que volvamos.

-¡Oh! -gritó ella llevándose una mano a la boca-.¿Es eso lo que querías decir al preguntarme si estaba protegida? Creía que... no, no estaba pensando. El cerebro no me estaba funcionando. ¡Y tú tienes la culpa! -exclamó Verity en tono acusatorio.

Vittore le ofreció la mano. Enfadada, ella se la tomó y se levantó. Entonces, él se agachó, agarró la sábana y envolvió a Verity con ella.

-Vamos.

-¡No hasta que no te hayas explicado! -gritó ella furiosa-. ¿Qué has hecho? ¿Cómo me has traído aquí? ¿Por qué estaba desnuda? ¿Me has drogado? ¡Sinvergüenza! ¿Es eso lo que les haces a las mujeres?

Vittore no podía creer que pensara tan mal de él. Los ojos le brillaron de ira.

-Cuando deseo a una mujer, la seduzco. ¡No necesito recurrir a las drogas!

-¿Vas a decirme que he venido aquí desnuda por mi propia voluntad? -preguntó ella con voz quebrada.

-¡Estás poniendo disculpas! Eras perfectamente consciente de lo que hacías al ir a mi habitación...

-¿Que yo he ido a tu habitación? -gritó Verity.

Verity estaba mintiendo para darle la vuelta a la situación y echarle la culpa a él de lo ocurrido. Pero no estaba dispuesto a

permitírselo.

-¡Sí, y lo sabes perfectamente! -gruñó él.

-¡Te lo estás inventando! ¡Yo jamás haría semejante cosa!

-En ese caso, ¿cómo has llegado hasta aquí?

-Porque tú... has hecho algo -respondió ella, y se la veía aterrorizada de lo que consideraba que él era capaz de hacer.

-¡No voy a permitir que sugieras que soy un pervertido! Has sido tú quien ha venido a mi cama y se ha sentado en ella.

-¿Y luego? ¿Acaso te he sugerido que viniéramos a dar un paseo? -preguntó ella con cinismo. Vittore apretó los labios.

-Me tocaste -respondió él con voz espesa.

-¿Sí? ¿Dónde? -preguntó ella en tono de burla. Vittore frunció el ceño.

-En la parte más íntima de la anatomía de un hombre.

Verity se miró las manos con horror.

-¡Mientes! -gritó ella con el rostro encendido-. Yo jamás... jamás haría una cosa así. ¿Cómo te atreves a insinuar que...?

-Supongo que vas a poner la excusa de que ibas sonámbula otra vez -le espetó Vittore con cinismo. Verity se quedó inmóvil; luego, lo miró alarmada.

-¿Otra vez? -susurró ella-. ¿Qué quieres decir?

-Vamos, Verity. No te hagas la inocente, debes haberte despertado en lugares extraños un montón de veces y supongo que te habrás preguntado cómo has llegado allí.

El horror de Verity parecía sincero.

-Yo... sí, es verdad -reconoció ella con voz débil-. En Inglaterra, en casa de Linda. Una mañana, no mucho antes de que vinieras tú, me desperté y me di cuenta de que estaba tumbada en el suelo al lado de la cuna de Leo -Verity lanzó una nerviosa carcajada-. ¿Crees que lo hice en estado de sonambulismo? Y... ¿y cómo lo sabes tú?

-Porque cuando yo estaba durmiendo allí, lo hiciste varias veces. Entrabas en la habitación y te acostabas en el suelo; luego, al amanecer, te levantabas y te marchabas.

-¿Qué...? -Verity tragó saliva-. ¿Y qué hacías tú?

-Darme la vuelta y dormirme -murmuró Vittore.

Pero no dijo el tiempo que le costaba dormirse-. Si me hubiera aprovechado de ti y te hubiera hecho el amor, te aseguro que te habrías enterado.

-Oh. Lo siento. Yo... no tenía ni idea. ¿Por qué no me has dicho antes esto?

-Suponía que era debido al estrés y a la preocupación por Leo. No me creía que fuera a ayudarte en nada saberlo -respondió Vittore irritado.

-Bueno... debe haber sido eso lo que ha pasado esta noche, que

iba sonámbula. Pero, en esta ocasión, te has aprovechado de mí, Vittore.

-¡Que te crees tú eso! -le espetó él-. Y olvídate de la excusa del sonambulismo. Estabas completamente despierta...

-¡Sí, claro que estaba despierta! -gritó ella-. Y me he encontrado en tus brazos, y tú me estabas tocando...

-¡Es suficiente!

-¡Repito que no sabía lo que hacía! ¿Por qué no me crees?

-¿Y por qué no me crees tú a mí cuando te digo algo? -contestó él amargamente-. Hasta que no consigamos confiar el uno en el otro, no nos libraremos de las dudas y las sospechas. Sé que me deseabas, no soy idiota. Y no estoy dispuesto a que dejar que des la vuelta a la situación y me eches la culpa a mí de lo que ha pasado. Soy un hombre de honor y...

-¿Honor? ¡Prácticamente, me has pedido que sea tu prostituta particular!

De repente, Verity se echó a llorar y echó a correr hacia la casa, en busca del refugio que le ofrecía su habitación.

Vittore no la siguió.

Capítulo 9

QUIZÁ, debido a la tensión entre ella y Vittore, Leo se pasó la mañana pegado a sus faldas al día siguiente.

Como había pasado la mitad de la noche despierta, Verity se mostró menos paciente que de costumbre. En la playa, intentó jugar con su sobrino animadamente, como era habitual; sin embargo, le resultó muy difícil debido a que Vittore estaba a escasos metros de ellos, luciendo su magnífico cuerpo.

Con aire de no darle importancia, Vittore salió de la caseta de la playa con una pequeña barca inflable. Sin hacer ningún comentario, la echó al agua y empezó a remar en las tranquilas aguas de aquel mar azul.

-¡Oooh! -exclamó Leo con envidia.

-Una barca -le dijo ella.

También con envidia, Verity se quedó mirando a Vittore, cuyos ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol.

-Papá -dijo Leo de repente. Verity se quedó helada.

-Sí, es papá -dijo ella sin saber si reír o llorar.

Una intensa emoción la sobrecogió. La dependencia de Leo respecto a ella iba a desvanecerse; pronto, el niño dependería cada vez más de su padre. Era la cosa más natural del mundo. Los dos jugarían al fútbol y harían otras cosas juntos. Su querido Leo iba a convertirse en un extraño para ella y solo lo vería cuando fuera a visitarlo allí.

Una profunda tristeza la invadió. Con lágrimas en los ojos, se puso en pie y se acercó a la orilla del mar.

-Ha dicho «papá» -anunció ella. Vittore se quitó las gafas.

-¿Qué?

-Ya me has oído.

Sabía que le había contestado mal, pero estaba muy deprimida.

-¡Verity! -al salir de la barca, Vittore, patosamente, se tropezó y se cayó al agua.

Verity oyó la risa de Leo, que también se puso a dar palmadas. Vittore se levantó y se acercó a ella con una expresión de inmensa felicidad en los ojos.

-Dilo. Dímelo otra vez -dijo Vittore.

-Ha dicho «papá» -repitió Verity con voz temblorosa.

Al momento, vio la expresión de alivio de él.

Vittore miró a su hijo, que se había acercado a ella. Con gesto vacilante, Vittore tendió una mano hacia su hijo.

-Leo, ven con papá -dijo él, controlando su entusiasmo.

Leo se lo quedó mirando. Vittore se agachó con una expresión de tal cariño en el semblante que a ella le enterneció hasta el punto de

desear que Leo aceptara la mano de su padre.

-Noooo -dijo Leo con súbito pánico, alzando los brazos hacia ella.

-Ve con papá en la barca -le dijo Verity a su sobrino.

-¡No! ¡Ve! -suplicó el niño llorando.

-No tiene importancia. Encárgate tú de él -dijo Vittore con voz quebrada.

Verity lo miró apesadumbrada. Vittore se levantó, recogió sus cosas y se dirigió al sendero que llevaba a la casa.

Más tarde, cuando Leo estaba durmiendo la siesta, Verity fue en busca de Vittore. Mana, con gesto preocupado, le dijo que estaba en el salón.

Vacilante, Verity abrió la puerta de doble hoja. Vittore, con las manos en la cabeza, estaba sentado en un enorme sofá delante de la puerta que daba a una de las terrazas. Ella sintió una inmensa pena por él.

No sabía qué hacer. No sabía por qué le afectaba tanto que a Vittore le rechazara su hijo. No le gustaba Vittore. Por lo tanto, no comprendía por qué sentía lástima por él.

-Vittore -dijo ella titubeante.

-¿Has venido a celebrar tu victoria? -gruñó él.

-No -Verity, con los pies descalzos y una falda larga color escarlata encima del bikini blanco, cruzó el suelo de mármol y se acercó a él-. La verdad es que quería que Leo fuera a la barca contigo. Y no me preguntes por qué porque no lo sé. Lo único que sé es que no me gusta verle seguir rechazándote.

Él alzó el rostro y la miró.

-No sé qué hacer -murmuró Vittore-. Esto me está destrozando. ¡La relación entre vosotros dos me está destrozando!

Verity le posó una mano en el hombro.

-Siento...

-¡No me toques! -exclamó él irritado. Al instante, se puso en pie y se acercó a la puerta del jardín; entonces, de espadas a ella, se detuvo-. Primero, me dices que me he aprovechado de ti, y no te puedes imaginar cómo me hace sentir eso. No sé cómo convencerte de que creía que sabías lo que estabas haciendo. Verity bajó la cabeza.

-No me atrevo a confiar en ti -susurró ella-. La fama que tienes de...

-¡No tengo fama de nada! -le espetó Vittore-. ¡La gente que me conoce sabe que soy honesto y un hombre de honor! ¿A que no sabías que no he tenido relaciones sexuales con nadie desde el nacimiento de Leo? He pagado con creces la equivocación que cometí con Linda.

-Bianca...

-¿Bianca? Bianca fue una de las personas que me consoló cuando creía que iba a volverme loco y que hizo lo posible para evitar que yo perdiera la razón -murmuró Vittore-. Si no me crees, pregúntaselo a mi madre, ella también fue una de las personas que me ayudó. Quiero a Bianca como a una hermana, pero nada más.

-Estuvisteis prometidos -insistió Verity.

-No, eso no es verdad. La gente pensaba que nos haríamos novios, pero tanto Bianca como yo sabíamos que eso era imposible. ¿Por qué crees que te deseo tanto? Te lo voy a decir, es porque ninguna mujer me ha excitado como lo haces tú, y también porque llevo más de dos años sin tener relaciones sexuales y me hierve la sangre cada vez que te acercas a mí.

-¡Yo... no puedo hacer nada por evitarlo! Dime, ¿qué puedo hacer?

¿Podía ser verdad lo que había dicho Vittore?

-¿Hacer? Podrías vestirte con un saco de patatas -contestó él de mal humor.

Verity no sabía si reír o llorar. Al final, decidió salir al jardín con la esperanza de calmarse allí. Necesitaba pensar con tranquilidad.

-¡Vittore está de un humor de perros! -exclamó Honesty apareciendo por detrás de un seto, que claramente había estado podando.

Verity suspiró. Ya podía despedirse del momento de tranquilidad que había estado buscando. Sin embargo, quizá fuera esa la oportunidad que necesitaba para averiguar cosas sobre Vittore.

-Debe estar preocupado por Leo -dijo ella-. Se muere de ganas de poder abrazarlo.

-Sí, lo sé. A mí me pasa lo mismo, es el único nieto que tengo. Pero, para Vittore, que era un padre tan dedicado a su hijo, tiene que ser terrible.

-Entonces... ¿no pasaba mucho tiempo fuera por asuntos de negocios? -preguntó Verity, aprovechando la oportunidad.

-¡No, en absoluto! Casi no se separaba de Leo. Solía trabajar por las noches, cuando Leo dormía. Él se dio cuenta muy pronto de que Linda no era la clase de madre que dedicaba mucho tiempo a su hijo -respondió Honesty- A Linda se le daba muy bien relegar responsabilidades y, tan pronto como se recuperó del parto, empezó a salir por la noche.

La madre de Vittore empezó a podar ligeramente unos rosales, y Verity la ayudó.

-Eso debió disgustarle -comentó ella.

-No mucho. Creo que, en el fondo, se sintió aliviado de no tener que aguantarla. Su matrimonio fue una equivocación -afirmó

Honesty-. Le dije una y mil veces que no se casara, pero se empeñó en hacer lo honorable. ¡Estos italianos! El honor y la familia es lo primero. Le dije que, si no estaba enamorado de ella y si Linda insistía en abortar...

-¿Qué? -interrumpió Verity con expresión incrédula.

-Sí, fue así como Linda lo cazó -comentó Honesty cínicamente-. Le dijo que estaba tomando la pildora, pero no era así y se quedó embarazada. Fue entonces cuando me di cuenta de que la amenaza de aborto era la forma que se le ocurrió para casarse con él, sabía que Vittore estaba en contra del aborto. Así pues, Vittore se casó con ella y su pequeño infierno empezó.

-¿Aborto? -repitió Verity.

-Sí. Desde entonces, odié a esa mujer -declaró Honesty con sinceridad.

De repente, Verity se sintió culpable por meterse en la vida privada de Vittore. No tenía derecho a hacer lo que estaba haciendo. Sin embargo, necesitaba conocer los hechos. Y había oído más de lo que le habría gustado. Linda era tan terrible como había temido, ahora ya no le extrañaba que Leo tuviera tantos problemas.

-Vittore debió buscar consuelo cuando su matrimonio fracasó -dijo ella cuidadosamente-. Algunos hombres, en ese tipo de situaciones, se amparan en otras mujeres...

-¿Vittore? -Honesty lanzó un gruñido-. No, ya le habían hecho daño y no quería correr el mismo riesgo otra vez. No, Vittore se volcó con Leo; a mí y a Bianca nos dijo lo que pasaba y también que no iba a divorciarse. Siempre fue educado con Linda, decía que ella era la madre de su hijo y que por ello merecía respeto.

-En ese caso... ¿Vittore no le fue infiel? Tenía que estar completamente segura.

-No, imposible. Para Vittore, el matrimonio es un sacramento. Es una pena que Linda no opinara lo mismo. Ella necesitaba que todo el mundo estuvierapendiente de su persona; y como Vittore no lo estaba, se buscó otros -Honesty alzó la barbilla e hizo un gesto de desagrado-. Mi hijo lo pasó muy mal.

-Sí, no me extraña. ¿Cómo se enteró Vittore? -preguntó Verity.

-De la peor de las maneras -contestó Honesty con lágrimas en los ojos-. Fue una vez que Leo estaba con fiebre, una fiebre de esas que les da a los niños; Vittore, siguiendo las instrucciones del médico, estuvo toda la noche con él pasándole una esponja con agua fría por el cuerpo para bajarle la fiebre. Por la mañana, cuando Leo estaba durmiendo, Vittore, hecho una furia, se fue a buscar a Linda. La encontró en un apartamento con dos turistas que estaban borrachos. No conozco los detalles, lo único que sé es que Vittore tenía la cara blanca como la cera cuando volvió a casa. Fue entonces cuando le

dijo a Linda que iba a divorciarse de ella.

-En ese caso, ¿por qué se escapó Linda? No tiene sentido, cuando podía haberse quedado con la mitad de la fortuna de Vittore.

-No lo sé -contestó Honesty-. Linda desapareció con el niño y Vittore se quedó destrozado. La gente del pueblo rezaba por él, le tienen mucho cariño -Honesty se secó las lágrimas con una mano-. Fue Bianca quien le obligó a pensar en los demás, le enseñaba fotos de niños enfermos y minusválidos y le recordó que tenía una obligación para con esos niños.

Honesty no pudo evitar que un sollozo escapara de su garganta.

-Sufro mucho cuando veo a mi hijo contemplando a Leo sin poder abrazarlo ni acercarse a él. Él se merece otra cosa, Verity. Por favor, ayúdalo. Leo necesita a su padre y Vittore necesita a su hijo.

Verity tragó saliva.

-Sí, lo sé -respondió ella con voz ronca.

Era muy tarde cuando Leo, por fin, se durmió aquella noche. Con consternación, vio que Vittore estaba esperando a la entrada de la habitación del niño. Ella frunció el ceño, necesitaba tiempo para asimilar lo que Honesty le había dicho, para reconsiderar su postura.

Pero al ver a Vittore dejó de pensar. Él se había cambiado de ropa, llevaba un traje color crema y una camisa azul.

-¿Qué pasa? -le preguntó ella malhumorada, demasiado cansada para recordar sus modales.

-Has tenido un día muy pesado.

-Nada fuera de lo normal.

-Lo siento, Verity. Te pido disculpas por haberme mostrado tan brusco contigo esta tarde. Me sentía completamente impotente.

-Lo comprendo -dijo ella con voz ronca-. Debe ser horrible para ti no poderte acercar a tu hijo -entonces, alzó la cabeza y tembló al ver una inmensa ternura en los ojos de Vittore-. Yo, en tu lugar, reaccionaría mucho peor.

Él sonrió débilmente.

-Gracias. Es un alivio oírte decir eso. Dime, ¿se ha dormido ya? Verity suspiró.

-Sí, menos mal.

-Estupendo. En ese caso, cuando te hayas cambiado de ropa, agarra una manta y bájalo al vestíbulo.

Los ojos de Verity se agrandaron al oír aquella inesperada orden. Vittore ya había empezado a andar hacia las escaleras como si esperara que ella lo obedeciera.

-¡No! -protestó Verity automáticamente.

Vittore se detuvo. Después, se volvió hacia ella muy despacio y le lanzó una oscura y penetrante mirada.

-Haz lo que te he dicho, Verity -dijo él con voz suave, pero con voluntad de acero-. Si no bajas tú a Leo, lo haré yo.

-¡Es tu hijo! -gritó ella indignada-. No puedes tratarle como si fuera una maleta...

-Se trata de una ocasión especial. Han preparado una fiesta en el pueblo, una fiesta sorpresa -explicó Vittore en tono razonable-. Los del pueblo se han pasado el día preparándola...

-¡Pues tendrán que arreglárselas sin Leo y sin mí!-le contradijo Verity.

-La fiesta es por él. Verity parpadeó.

-No lo entiendo, no es su cumpleaños.

-Da igual -la triste sonrisa de Vittore se le agarró al corazón-. Verity, los del pueblo están encantados de que el niño esté conmigo otra vez. No han reparado en nada. María me ha dicho que han puesto mesas en la plaza y que la han decorado con globos y luces de colores. Y va a haber fuegos artificiales...

-Pero... Leo no puede ir.

-Todos saben que le asustan los desconocidos-continuó Vittore-. Por eso es por lo que dan la fiesta por la noche, porque Leo estará dormido. Quieren verlo y, a estas horas, saben que no le van a causar ninguna molestia.

Verity se lo quedó mirando, enternecida por el interés de la gente del lugar. Pero también estaba exasperada.

-Es imposible -dijo ella con firmeza-. Si se despertara...

-No crees problemas que no existen -Vittore frunció el ceño-, Leo duerme bien por las noches; pero, por si se despierta, es mejor que tú estés. Sin embargo, si te niegas, lo llevaré yo. Digas lo que digas, Leo va a ir a la fiesta.

-Pero... estoy tan cansada...

-Como quieras -con calma, Vittore se dirigió hacia la habitación de su hijo.

-¡No! -Verity se mordió los labios-. Está bien, tú ganas. Dame tiempo para que me dé una ducha y me cambie de ropa. Yo bajaré a Leo.

Caminaron hacia la habitación de ella y Vittore, educadamente, le abrió la puerta. Cuando volvió a cerrarse, Verity cerró los ojos y trató de encontrar las fuerzas para la noche que se le avecinaba. Después, apresuradamente, fue a ver qué ropa se ponía.

Con un sencillo vestido blanco, se miró al espejo y se gustó, por fin. Salió del dormitorio y se detuvo al ver la reacción de Vittore.

-Estás preciosa -dijo él con voz ronca.

Verity tragó saliva, la admiración que vio en los ojos de él la derritió.

Pero fue por una manta, envolvió a Leo en ella y lo tomó en sus

brazos.

-Bueno, ya estamos listos -dijo Verity-. Pero, por si acaso, agarra la bolsa con los pañales y sus cosas.

Vittore agarró la bolsa, se la echó al hombro y, contrariamente a lo que ella había esperado, su varonil sensualidad no sufrió en lo más mínimo.

Capítulo 10

AL LLEGAR al vestíbulo, Vittore se volvió para recoger el cochecito de Leo. Al regresar junto a ella, le abrió la puerta y, confusa, Verity salió a la noche.

Vittore la ayudó a meter a Leo en el cochecito y fue entonces cuando apareció Honesty.

-Ah, mira, ahí está mi madre.

Con Leo en el coche, echaron a andar hacia el pueblo acompañados de la incontenible charla de Honesty. Algo rezagados iban Maria y el mayordomo, vestidos con sus ropas de domingo.

Incluso a la distancia que estaban pudieron oír música y risas. Verity respiró profundamente cuando Vittore le puso un brazo sobre los hombros.

-¿Te encuentras bien? -murmuró él.

-Estoy algo nerviosa -respondió Verity.

-Quizá te preocupe no gustarles.

-¿Tú crees?

Vittore sonrió traviesamente.

-Les vas a dejar encantados, te lo aseguro -Vittore continuó sonriéndole-. Bueno, ya hemos llegado. Mira, por ahí viene el comité de recepción. Sonríe.

Verity se sintió como si le recibieran los brazos de una madre, a pesar de no saber lo que era eso. Con un brazo protector sobre sus hombros, Vittore la presentócomo si fuera una de las personas más importantes del mundo para él, y-ella deseó que así fuera.

Los lugareños respondieron como era de esperar, con besos, abrazos y agradeciéndole haber llevado de vuelta a Leo. Y así llegaron a la plaza.

-Quieren que bailemos -le murmuró Vittore al oído.

Verity, alarmada, lo miró. La pequeña plaza estaba brillantemente iluminada; en el centro, una banda de música confería un aire festivo al lugar.

-Dentro de un rato -le prometió ella presa del pánico. Ya tenía problemas con el brazo de Vittore sobre sus hombros, si bailaban...

-No, ahora.

-Pero Leo...

-Podemos vigilar el cochecito desde la pista de baile. Además, los del pueblo no van a permitir que le ocurra nada. En el momento en que se mueva, lo tendrás en los brazos.

-Pero...

Rostros sonrientes la rodeaban. Aquella gente era encantadora. ¿Cómo podía negarse?

Vittore, sintiendo que se daba por vencida, la condujo a la pista

de baile. Unos repentinos aplausos la hicieron enrojecer.

-No se me da muy bien bailar -susurró ella.

-Déjate llevar -le contestó Vittore al oído.

En un abrir y cerrar de ojos, Verity se encontró pegada a aquel maravilloso pecho masculino y se dio cuenta de que estaba exactamente donde su cuerpo quería estar.

La música era suave. Se oyó la voz de un tenor y la gente rompió en aplausos.

Sorprendida, Verity volvió la cabeza y vio a unhombre alto de unos setenta años y casi sin dientes delante de la banda de música. La voz que salía de su garganta era como oro líquido mientras cantaba una canción de amor como si tuviera veinte años y se hubiera enamorado por primera vez.

-Es sensacional -susurró ella. Vittore no contestó. Los dos se movieron con más pereza, y Verity sintió que sus defensas se debilitaban.

-No te engañes, estoy haciendo esto por los del pueblo -dijo ella.

-Por supuesto -respondió Vittore-. ¿Por qué si no? «Porque estoy loca por ti», pensó ella. «No quiero, pero no puedo evitar querer estar contigo».

-Esto es maravilloso -murmuró Vittore con emoción en la voz.

-Han sido muy amables al preparar la fiesta.

-Es extraordinario estar rodeado de la gente a la que se quiere -dijo él.

-Sí.

¿Era eso? ¿Se había enamorado de Vittore? ¡No, no podía ser! Vittore le rompería el corazón...

La canción de amor continuó afectándoles. Sus muslos se movían al compás de los de él. Vittore le acarició la espalda y ella, con la pelvis pegada a él, sintió la dureza y el calor de su erección.

-Por favor, sepárate de mí un poco. No creo que tengas que impresionarles con tus técnicas de Casa-nova. Nos están mirando -se quejó ella.

-¿En serio? -Vittore miró a su alrededor antes de volver la atención a ella-. Estoy acostumbrado, aquí todo el mundo se entera de todo.

-Los tienes en la palma de la mano. Te respetan y te quieren -dijo ella, resintiendo el encanto de Vittore.

-Me he ganado su respeto -le corrigió Vittore.

Verity se lo quedó mirando. La gente del pueblo consideraba a Vittere un buen hombre. Los que lo conocían bien, lo querían. Solo ella no se fiaba de él; sin embargo, corría el riesgo de que, en cualquier momento, acabara adorándolo también.

Verity suspiró profundamente y su cuerpo tembló.

Los músculos de Vittore se pusieron tensos. La presión contra la pelvis de ella era ardiente e insistente.

-Creo que... será mejor que dejemos de bailar. ¿Qué quieres hacer?

Sintiéndose repentinamente perdida y desilusionada, Verity mantuvo la expresión animada.

-Me gustaría beber algo fresco -respondió ella.

-Espero que tengan hielo -respondió Vittore para sí.

Verity sonrió débilmente, encantada de poder excitarlo con tanta facilidad. Se soltaron de su abrazo y él la condujo al lado de su madre, que estaba sentada charlando con unos del pueblo. Al verlos, los del pueblo se levantaron de sus sillas para ofrecerle un asiento.

Sonrojada por tantas atenciones, Verity se sentó y bebió la limonada que le ofrecieron. Todos hablaban al mismo tiempo; animados, llenos de vida y entusiasmo. Niños pequeños, aún despiertos, corrían y reían.

Le encantaban los italianos, le gustaba su expresividad.

-Es una fiesta maravillosa -le dijo a Honesty.

-Una gente encantadora, ¿verdad? -respondió Honesty-. Para los italianos la familia es sagrada, es lo más importante de sus vidas. Ahora puedes hacerte una idea de lo horrorizados que se quedaron cuando Linda se llevó a Leo...

Se oyó un coro de murmullos de censura y Verity sedio cuenta de que la gente a su alrededor había captado el nombre de Linda.

-¿Ves lo que digo? -continuó Honesty-. Les pareció una atrocidad lo que ella hizo. Querida, toma un poco más de limonada.

Honesty sonrió a la mujer y asintió al oír el torrente de palabras en italiano que siguió.

-¿Qué dicen? -le preguntó a Honesty.

-Que tú eres diferente, que eres simpática -respondió Honesty, pasándole un plato de canapés-. Han cuidado de Vittore desde que era pequeño. Lo conocen y confían en él. Es por eso por lo que se han tomado tantas molestias en preparar la fiesta. Disculpa, pero me voy a bailar con el inspector de Hacienda. El tango se le da de maravilla.

Asimilando una prueba más de la honestidad de Vittore, Verity se quedó en el asiento comiendo aquellos deliciosos canapés mientras observaba a Honesty y al inspector de Hacienda haciendo maravillas en la pista de baile.

También observó a Vittore, que charlaba con naturalidad con todo el mundo. El cura parecía ser un viejo amigo suyo, los dos reían y se daban palmadas en la espalda.

El hombre perfecto, pensó Verity. Volvió a la mesa, a su lado, de

vez en cuando, sonriéndole y tocándola en el hombre con afecto. También volvieron a bailar un par de veces, y el cuerpo entero pareció cargársele de electricidad.

Bebió más limonada y, debido a la música, a la risa y al baile se sintió algo mareada. Por fin, Vittore le agarró la mano cuando ella fue a buscar la jarra de limonada para servirse otro vaso.

-Verity, ¿sabías que esto está hecho con limón, azúcar v vodka? -le preguntó Vittore con voz ronca.

Ella agrandó los ojos.

-¡No! -al momento, se llevó la mano a la cabeza-. Ya me parecía que estaba un poco mareada.

-Creo que será mejor que Leo y tú os vayáis a la cama ya. El camino de vuelta te despejará -murmuró él-. Ven conmigo para despedirnos y dar las gracias por la fiesta. Comprenderán que estés cansada después de pasar el día cuidando al niño.

Las sonrisas y las muestras de afecto de la gente del pueblo le llegaron al corazón. Era un lugar maravilloso, pensó Verity ensoñadoramente. Leo sería feliz allí.

Lo imaginó corriendo por el pueblo, totalmente a salvo porque nadie permitiría que le ocurriera nada. Le darían helados en la heladería, pasteles en la panadería, zumos en la trattoria...

Pero ella no estaría allí.

Los labios le temblaron. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Quería verlo crecer, quería verle montar en bicicleta y decirle adiós por las mañanas cuando fuera al colegio, quería quitarle el barro de las rodillas y limpiarle las manchas de salsa de tomate de la camisa. Quería formar parte de su vida.

«¡Oh, Leo, te quiero tanto».

-¿Lista? ¿Nos vamos ya? -preguntó Vittore, después de las despedidas y los abrazos.

-Mmmm -logró murmurar ella.

-¿Te ocurre algo? -dijo Vittore con voz sumamente tierna.

-Yo...

¿Qué podía contestar?

-Adiós, querida -Honesty le dio un abrazo-. Es una lástima que no seas mi hija. Bendigo el día que apareciste en nuestras vidas. Cuando Honesty la soltó, ella sintió un nudo en la garganta.

-Nunca me habían dado tantos abrazos y tantos besos -logró decir Verity con voz ahogada por la emoción.

-Verity, venga, vamonos...

-¡Ah, Vittore! -exclamó la inconfundible voz sedosa de Bianca-. ¡Acabamos de llegar y tú ya te vas!

-¡Cariño! -Vittore estrechó a Bianca en sus brazos y luego abrazó a su amiga, una rubia alta y delgada que sonreía tímidamente-.

Venid mañana para decirme lo que nos hemos perdido. Y cuidad a mi madre, ya sabéis cómo es.

-¡Lo haremos! -Bianca se echó a reír-. ¡Andiamo,

Sofía!

Al instante, Bianca llevó a su amiga a la pista de baile y las dos empezaron a moverse al rápido ritmo de una salsa.

Vittore se quedó mirando a las dos jóvenes exta-siado. Verity también. Bianca era todo un espectáculo de mujer.

Apesadumbrada, bajó los ojos, se miró el vestido y se dio cuenta de que no podía competir con una diosa envuelta en seda blanca. Por lo tanto, empezó a empujar el cochecito de Leo por la cuesta, disgustada consigo misma por estar tan deprimida.

-Perdona, no me había dado cuenta de que ya te estabas yendo -dijo Vittore al alcanzarla un momento después.

No, era natural. ¿Qué hombre se habría dado cuenta?

Deseaba a Vittore. Lo deseaba más que nunca. No, lo que le pasaba era que había bebido demasiado vodka. Ni siquiera podía empujar el cochecito de Leo sin ir de un lado para otro, Vittore tenía que ayudarla.

-¿Te pasa algo? -preguntó él cuando, por fin, metieron a Leo en la cuna-. He notado que te has puesto un poco triste.

Verity sacudió la cabeza, pero unas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

-¿Qué te pasa? -preguntó Vittore con voz suave.

-No lo sé -murmuró ella-. Me siento confusa.

-Yo también.

Verity alzó la cabeza bruscamente.

-¿Tú? A mí me parece que sabes perfectamente lo que estás haciendo...

Vittore la sacó de la habitación de Leo. Allí, en el corredor, empezó a acariciarle los brazos.

-Ojalá fuera así. Sin embargo, cada vez que me acerco a ti, tengo ganas de hacerte el amor.

-No puedes -contestó ella.

-Lo haré cuando sea el momento.

Las caricias de Vittore la estaban volviendo loca. Tembló y se encontró en sus brazos. Se besaron, pero no era suficiente.

-No, por favor -le rogó ella sintiéndose mareada-. Déjame.

-No puedo. ¡Ojalá pudiera, pero no puedo! -dijo él con voz espesa.

Verity se estremeció y gimió durante el asalto de la boca de él.

-¡No voy a permitírtelo! -exclamó ella jadeante cuando Vittore le acarició la garganta con la lengua.

Vittore la tomó en sus brazos y ella, ya sin defensas, echó la

cabeza hacia atrás, dándose por vencida.

-Admite lo que sientes. ¡Comparte el placer conmigo! -le dijo él mordisqueándole el labio inferior.

Sintió la suavidad de un colchón en la espalda; luego, el peso de Vittore encima. Cerró los ojos. Lo deseaba, pero le daba miedo sucumbir.

-¡Podría quedarme embarazada! -protestó ella, intentando detenerlo-. No...

-Sssss.

-¡Eres un bruto!

-No, y voy a demostrártelo. Lo único que quiero es darte placer -susurró Vittore mientras le bajaba los tirantes del vestido.

Verity arqueó la espalda cuando él acercó la boca a sus pechos.

-¡Por favor, Vittore! ¡No me poseas en contra de mi voluntad!

-No voy a hacerlo -murmuró Vittore-. Pero déjame que te muestre el placer que puedes alcanzar.

-¿Qué...?

-No te preocupes, no voy a hacerte ningún daño -dijo Vittore con voz espesa mientras le besaba la boca una vez más.

-No me utilices -dijo ella con temor en la voz.

-¡Verity! -susurró él con voz quebrada-. Por favor, confía en mí.

Entonces, Vittore la tocó y ella dejó de pensar; dejó de sentir, excepto placer.

Lo ayudó a que la quitara el vestido y, en algún momento, Vittore debió haberse quitado la camisa porque sus torsos desnudos estaban unidos.

Comenzó entonces. Un ritmo que la dominó por entero. Estallidos de placer la sobrecogieron. Solo era consciente del movimiento de la mano de Vittore, de las caricias de su boca...

Nunca en la vida había sentido nada parecido. Sus aritos se intensificaron al ritmo que aumentaba el placer. Entonces, se perdió en unas increíbles vibraciones alcanzando la cumbre del placer.

Al cabo de un tiempo, no sabía cuánto, bajó de aquellas cumbres y se encontró descansando en el hombro de Vittore mientras él la besaba con ternura.

Verity le acarició el rostro.

-Gracias.

Vittore lanzó una queda carcajada.

-Prego.

Verity suspiró y se estiró lánguidamente. Vittore respiró profundamente.

-Y... ¿tú? -preguntó Verity con expresión solemne. Vittore se apartó de ella y agarró su camisa.

-No.

-Pero...

Vittore se levantó bruscamente y se puso la camisa.

-Verity, buenas noches.

Vittore se marchó de su habitación antes de que ella pudiera moverse. Demasiado cansada para ir tras él, Verity lanzó un suspiro de satisfacción y se durmió.

Por la mañana temprano, Verity se despertó con la sensación de que había alguien en la habitación. En la penumbra, vio a Vittore sentado en un sillón, contemplándola.

Sorprendida, se incorporó en la cama con expresión alarmada.

-¿Qué pasa? -preguntó ella con voz temblorosa-. ¿Le ocurre algo a Leo? ¿Está...?

Se le secó la garganta. Vittore continuó mirándola. Verity vio que aún estaba vestido; evidentemente, no se había acostado. Se asustó.

-¡Vittore! -exclamó ella subiéndose la sábana a la barbilla-. ¡Por favor, no me mires así! La tensión era insoportable.

-Por fin sé lo que realmente quiero -dijo él con voz ahogada por la emoción.

Verity no se atrevió a preguntarle qué era.

Vittore se puso en pie y se le acercó. Después, le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

Al cabo de unos instantes, Vittore se sentó en la cama y le acarició el rostro. Y Verity, alarmada, notó que temblaba.

-¿Es que no me conoces lo suficiente para saber que jamás te haría daño? -preguntó él con voz queda-. ¿No me he portado contigo de forma correcta en todo momento?

Verity asintió.

-Te deseo desde el momento en que te vi -declaró Vittore en voz baja-. Creo que a ti te pasa lo mismo. Dime, Verity, ¿te disgustaría mucho dejar a Leo aquí?

De nuevo, ella asintió con expresión sumamente trágica.

-Y él te echará mucho de menos. Verity volvió a asentir y contuvo un sollozo. Unas lágrimas le resbalaron por las mejillas.

-Podrías quedarte.

Ella parpadeó, no estaba segura de haber oído bien.

-¿Que puedo quedarme?

Fue Vittore quien asintió en esta ocasión.

-Como amante tuya, ¿verdad? -murmuró ella amargamente.

-No.

-¿Como niñera de Leo?

Vittore le besó los párpados y luego, con suma ternura, los labios.

-Tranquilízate, Verity. Quiero que me escuches con atención. Quiero que te quedes... -Vittore le lamió los labios-. Quiero que te quedes...

Vittore, haciendo un esfuerzo, enderezó los hombros como si se estuviera preparando para hacer algo muy costoso.

-Quiero que te quedes como mi esposa.

Capítulo 11

UNA PROFUNDA tristeza se apoderó de ella. Esa era la solución de Vittore. Quería a Leo y estaba dispuesto incluso a casarse con el fin de asegurarse el cariño de su hijo.

Verity se cubrió el rostro con las manos.

-Quiero...

-Sé lo que quieres -le interrumpió ella súbitamente, con voz fría-. Y será mejor que lo olvides. Yo solo me casaría por amor, así que la respuesta es no. Además, no es necesario que te sacrifiques, ya he decidido que lo mejor para Leo es vivir aquí. Te ayudaré y lo animaré para que te quiera. Y otra cosa, creo que es mejor para los dos que me marche cuanto antes.

-Has dejado claro que lo del matrimonio está fuera de cuestión. Sin embargo, podríamos ser amantes...

-Quiero tener mi propia vida -dijo ella con voz gélida-. No quiero limitarme a ser tu amante o la niñera. Sabes que quiero estar con Leo, pero no a cambio de sacrificar mi vida ni el respeto que me debo a mí misma. Quiero lo que quieren todas las mujeres, un marido cariñoso e hijos. La respuesta sigue siendo no. Y ahora, Vittore, sal de mi habitación.

Sin decir nada más, Vittore se puso en pie y se marchó.

Su plan, al que Vittore había accedido a regañadientes, empezaba a dar frutos.

Delante de Leo, Vittore y ella iban agarrados de la mano, se abrazaban y reían juntos. Irónicamente, era lo que Vittore, al principio, había pensado que debían hacer. Sin embargo, esta vez era ella quien tenía el control de la situación. Y cuando Leo no los miraba, su trato se volvía gélido.

Leo ya empezaba a llamarlo «papá» y no se refugiaba en ella cuando Vittore se le acercaba. En un par de ocasiones, padre e hijo habían jugado mientras ella se mantenía a cierta distancia.

El momento crucial fue cuando ella sugirió que llevaran a la casa a un niño de la edad de Leo y que Vittore jugara con él, con el fin de darle celos al pequeño.

Vittore eligió al hijo de unos amigos suyos ingleses que vivían en Amalfi. El niño tenía casi tres años, le tenía mucho cariño y, cuando lo vio, se mostró entusiasmado.

Verity vio a Leo observar con envidia a su padre jugando con el pequeño Max. Leo volvió la cabeza para mirarla y ella, sonriendo, lo animó a que se les uniera; entonces, Leo volvió la sonrisa a su padre y a Max.

Verity contuvo la respiración al verlo caminando hacia su padre. Vittore, que había estado dándole vueltas a Max por los aires, dejó

al pequeño en el suelo y le dio un abrazo.

-¡Yo!-gritó Leo.

Verity vio el brillo de los ojos de Vittore cuando su hijo tendió los brazos hacia él; pronto, Leo rio y gritó de alegría mientras daba vueltas por los aires.

Ella se secó las lágrimas de los ojos. Ya no permanecería mucho tiempo en aquella casa. Pronto se marcharía.

Vittore dejó a su hijo en el suelo y lo abrazó. Padre e hijo. Por fin, juntos.

A Verity le sobrecogió la emoción y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Aquella noche, durante la cena, Vittore expresó su gratitud.

-Nunca olvidaré lo que has hecho -dijo él con voz ahogada.

-Me alegro por ti -respondió ella con ternura. Vittore frunció el ceño, miró el plato y, con expresión ausente, empezó a mover las fresas con el tenedor.

-Verity...

-Perdona, pero estoy agotada, me voy a la cama -dijo ella con voz queda.

No podía soportar un minuto más. Estaba emocionalmente destrozada.

-Sí, lo comprendo.

Educadamente, Vittore se puso en pie.

Trabajosamente, Verity subió las escaleras y entró en su habitación. Se desnudó y tiró la ropa al suelo, se cepilló los dientes y se lavó la cara. ¿Por qué se había maquillado? A Vittore le daba igual cómo estuviera.

Aún en ropa interior, estaba en mitad de la habitación cuando oyó unos golpes en la puerta.

-¿Sí? -respondió ella con voz cansada.

La puerta se abrió y antes de que Verity pudiera protestar los brazos de Vittore la rodearon.

Pero logró mantener el cuerpo rígido. Apartarle de sí. Mirarlo con furia y decirle:

-¡Sal de aquí!

-No lo comprendes...

-¡Sí, claro que lo comprendo! Has tenido un día maravilloso y me alegro por ti y por Leo. Pero ahora miieres celebrarlo,verdad? En mi cama y con mi cuerpo. ¡Déjame en paz! Vete con otra mujer, vete con Bianca.

-¡A Bianca no le interesan los hombres!

-¿Qué has dicho? -preguntó Verity perpleja.

-¡Maldita sea! -murmuró Vittore-. Eso es asunto de ella. No era mi intención... En fin, ya me has hecho decirlo. No me gustan los

rumores, pero ahora ya lo sabes. Bianca está enamorada de Sofia, se van a ir a vivir juntas. Y te pido disculpas por haberte molestado. Creía...

Vittore se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

-Da igual. No te preocupes, no volveré a molestarte. Buenas noches.

Los días transcurrieron lentamente. Con mezcla de pena y alegría, Verity vio a Leo más seguro de sí mismo, y también más seguro de la devoción y el cariño de su padre.

Ahora, era Vittore quien le leía un cuento cuando se iba a la cama, quien se preocupaba de que estuviera bien abrigado cuando hacía fresco, quien se aseguraba de que hubiera comido y quien le enseñaba a comportarse.

Llevaba varios días casi sin ver a Leo. Era ella misma quien lo había sugerido, para ver si el niño la echaba de menos o si se disgustaba. Al parecer, él y su padre habían estado tan ocupados construyendo castillos de arena y dando paseos en barca que el pequeño ni siquiera había notado su ausencia.

Así debía ser. Pronto, ella se marcharía y Leo no la echaría de menos.

Pero, sin que ellos lo supieran, les seguía y les tomaba fotos. A los dos. A los dos los quería.

También hizo fotos de la casa y de Honesty trabajando en el jardín.

Su corazón estaba lleno de amor y pena. Lo bueno era que el amor que rodeaba a Leo le había transformado en un niño feliz, un niño normal, como cualquier otro.

Había llegado el momento de irse. Lo haría de improviso, sin despedirse. No soportaba las despedidas. Leo no comprendería sus lágrimas y se disgustaría al verla llorar.

Vittore cuidaría bien de su hijo, de eso no tenía la menor duda.

A mitad de la cena, Verity fingió tener dolor de cabeza. Rechazó las aspirinas que le ofrecieron y se marchó a su habitación. Temblando, hizo el equipaje.

Al fondo del armario, encontró los papeles que pertenecían a Linda y que Vittore le había devuelto después de sacar los recibos sin pagar que había entre ellos.

Verity los ojeó y tiró a la papelera todos, excepto un sobre cerrado. Se lo quedó mirando unos momentos antes de abrirlo. Dentro, encontró varios cuadernos, eran los diarios de Linda.

Dudó. Pero sabía que, si no los leía, nunca descubriría la verdad sobre el matrimonio de Linda y Vittore.

Empezó a leer.

Ahí estaba todo. La evidencia que demostraba que la fría y

calculadora Linda había mentido respecto a Vittore y le había utilizado para obtener sus propios fines.

Con repugnancia, siguió leyendo sobre el intencionado embarazo y sobre las amenazas de aborto. Leyó que Vittore continuó portándose educadamente con ella, pero distante, y siempre fiel.

Verity se saltó la parte en la que Linda daba cuenta de sus infidelidades con la excusa de necesitar amor por encima de todo, pero sin estar dispuesta a abandonar aquel estilo de vida al que se había acostumbrado.

Tanto le estaba disgustando lo que leía que no oyó nada hasta que la voz de Vittore la interrumpió. Levantó la cabeza y le vio en el medio de la habitación.

-¿Es que nunca llamas a la puerta? -gritó ella.

-Lo he hecho y varias veces. Estaba preocupado por ti -dijo él con voz ronca.

Fue entonces cuando Verity se dio cuenta de que Vittore tenía los ojos fijos en su maleta.

-¿Tenías pensado escapar como lo hizo Linda? -preguntó él en tono acusatorio.

-He estado leyendo sus diarios. No me habías dicho que Linda se llevó las joyas de tu madre también, al igual que todo el dinero que había en la cuenta que teníais a nombre de los dos.

Vittore arrugó el ceño.

-No me gusta hablar de ella.

-¡No comprendo cómo podía tener tantas deudas! Vittore se encogió de hombros.

-A Linda no le duraba nada el dinero.

-Sí, te creo. Ahora sé lo que pasó. Lo siento, Vittore. No me queda más remedio que admitir que fuiste un santo con ella.

-No, solo un caballero. Dime una cosa, ¿por qué se escapó así cuando podría haberse quedado con la mitad de mi fortuna?

Verity se mordió los labios.

-Porque sabía que, con el dinero y las joyas, podía darse una buena vida en Londres; además, tenía unamante muy rico -respondió Verity con voz queda-. No podía soportar que la gente del pueblo no la quisiera ni que tu madre y la servidumbre la trataran con fría educación. Necesitaba sentirse querida... y quería hacerte sufrir.

-Sin embargo, no se casó con su amante, que era lo que quería.

-La dejó antes de que se fueran a vivir juntos.

Verity lo miró y dudó en decirle que, por lo que había leído respecto a romances de una noche, agencias de niñeras y comidas olvidadas, a Leo le había tenido abandonado en Inglaterra.

También dudó en decirle que el estilo de vida de Linda se había deteriorado, que se arrepentía de haber tenido un hijo, que había deseado no haberse escapado con Leo porque el niño era una carga para ella.

Pero quería a Vittore demasiado para darle esa información. En aquel momento, Vittore estaba feliz y era lo que se merecía.

Verity metió los diarios en su bolso de mano con la intención de quemarlos. Ahora conocía la verdad. Nada, ni siquiera la perdición de Linda, podía afectarla como tener que abandonar a las dos personas a las que más quería en el mundo.

-Bueno, eso es todo. Iba a despedirme de ti antes de marcharme...

-¿En qué vuelo?

-El primero que pueda tomar.

-¿Y Leo? ¿Y mi madre?

-Sobrevivirán sin mí. Dales... -¡oh, no, lágrimas! Rápidamente, bajó el rostro y fingió buscar algo en el bolso-. Dales un abrazo a los dos de mi parte y dile a tu madre que volveré de visita.

-Te llevaré en el coche -con un gruñido, Vittore se dispuso a salir de la habitación.

-¡No! No, tomaré un taxi al aeropuerto.

-Es muy caro.

-Pero, de esa manera, no tendré que hablar con el conductor -observó ella.

Vittore soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

-Entiendo. En ese caso, te daré el dinero que todavía te debo -murmuró él con repentino cansancio.

-No, ya me has pagado de sobra.

-Supongo que querrás ir al cuarto de Leo para verlo antes de marcharte.

Verity lo miró y se preguntó si eran lágrimas lo que le conferían ese brillo a sus ojos.. Entonces, sintió las suyas en las mejillas.

-Estás llorando -dijo Vittore con voz quebrada.

-¡No!

Verity frunció el ceño. ¿Estaba Vittore triste?

-Cuando decidas venir, avísame con tiempo. Te enviaré el billete de avión.

Verity asintió, incapaz de hablar. De repente, le vio dar dos pasos y, al momento, estaba en sus brazos. Ella sollozó y él le acarició el cabello.

-Cuidaré bien de Leo -dijo Vittore-. Te enviaré fotos y quizá un vídeo, quizá el vídeo con mi madre hablando; aunque, en ese caso, quizá sean dos vídeos.

Verity no rio. Lo abrazó con más fuerza, con el corazón destrozado.

-Prométeme una cosa -dijo Vittore con voz ahogada-. Prométeme que avisarás cuando vayas a venir. No quiero estar aquí cuando llegues.

Verity dejó de llorar.

-¿Por... qué?

-Lo sabes muy bien -respondió él con resentimiento-. Porque no podría soportar verte sin tocarte. Porque estarás siempre en mi recuerdo, hasta el día en que me muera. Porque he recuperado a mi hijo, pero he perdido a la mujer a la que amo. Eres mi vida, mi alma, mi amada. Ti desidero tantissimo...

-¡Vittore! -exclamó Verity atónita-. ¿Qué estás diciendo?

Vittore, sin comprender, frunció el ceño.

-Sabes perfectamente lo que siento por ti. Te deseo desde que te conozco. Te quiero. Llevo todo este tiempo soñando con los tres, Leo tú y yo, viviendo juntos, naciéndolo todo juntos...

-¡Y... me pediste que me casara contigo! -exclamó ella en un susurro.

-Y tú contestaste que solo te casarías por amor. No se puede obligar a nadie a querer a una persona, ¿verdad? -dijo él con resignación.

-No, no se puede -respondió Verity, en contra de lo que él había esperado: que se arrojara a sus brazos y le dijera que ella también lo quería. Un profundo dolor se le agarró al corazón-. Te voy a pedir un favor, Vittore. Antes de marcharme, me gustaría ir al jardín, ¿quieres acompañarme? Es de noche y no quiero romperme una pierna ahora que me voy a casa.

Era un infierno estar con la mujer a la que se amaba mientras ella pensaba en el futuro sin él. Pero los buenos modales le impidieron negarse.

-¿No quieres ir a ver a Leo primero?

-No, después.

-Bien.

La miró con amargura. Verity parecía incluso contenta; como si, de repente, sus problemas hubieran desaparecido, como si estuviera deseando empezar su nueva vida. Sin él. Sin Leo.

De repente, la ka se apoderó de él. No sabía adonde se dirigían; pero, por fin, Verity se detuvo, miró a la luna y suspiró.

-Maravilloso.

Él no dijo nada y Verity le tocó el brazo.

-Vittore -él la odió en ese momento por estar tan feliz-, ya sé que no es la clase de cosa que una chica como yo debería decir, pero...

Con perplejidad, Vittore la vio sonreír antes de sentir los brazos

de ella alrededor del cuello.

-No, por favor -suplicó Vittore.

-Pero te quiero -le susurró ella-. Te quiero tanto que creo que voy a estallar si no me besas. No quería enamorarme de ti porque creía que querías mandarme a mi casa, pero... ¿qué mujer puede resistirse al hombre más guapo, más tierno y más considerado de toda Europa?

-¡Habías dicho que no me querías! -gritó él con incredulidad.

-Dije que no me casaría sin amor -le corrigió ella-. Creía que me estabas proponiendo un matrimonio de conveniencia porque querías a Leo y él estaba pegado a mí.

Atónito, Vittore parpadeó.

-Yo...

-¿Eso es todo lo que vas a decir? ¡Creía que los italianos erais muy románticos! Vittore, vamos a dejar las cosas claras. Tú me quieres y yo te quiero, pídeme otra vez que me case contigo.

-Yo... -¡maldición! ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía pensar ni hablar?- ¡Verity!

No podía creerlo. Ningún hombre podía ser tan afortunado.

-¡Oh, Verity! -susurró él-. ¡Te quiero tanto! ¿En serióme...?

-Te quiero -dijo ella con solemnidad-. ¿Y bien?

-¡Cásate conmigo!

-Sí, gracias -contestó ella primorosamente-. Y ahora, ¿podríamos hacer un niño? A Vittore le dio vueltas la cabeza.

-¡Mi adorata...!

Verity tiró de él hacia abajo, hacia la hierba.

-Ni una palabra más. Hechos.

Las estrellas brillaban en el cielo. Y justo antes de cerrar los ojos, absolutamente feliz, mientras Vittore comenzaba a besarla con la tierna pasión que ella anhelaba, vio una estrella fugaz.

-Deseo felicidad -susurró Verity-. Y que todos a los que amo sean felices también.

-Tan generosa como de costumbre -le murmuró él al oído-. Te adoro, Verity. Te quiero con todo mi corazón, con toda mi alma.

Epílogo

NO, ALLÍ, donde los lirios... ¿Qué están haciendo esos escarabajos ahí? Leo, cariño, quítalos. Y... Oh, gracias, Isabella, siempre se me están cayendo las gafas. Vigila a Dante, por favor. Se va a cortar con ese cuchillo de podar; además, con tanto entusiasmo como lo está haciendo, no creo que el agapanto se recupere. ¡Oh, Verity! ¿Qué tal va todo? ¿Has puesto las flores en la mesa...?

-Sí, Honesty -Verity se echó a reír. Había aprendido a interrumpir la interminable charla de su suegra; de lo contrario, nunca habría tenido ocasión de hablar-. Todo está perfecto.

-¿Lo sabe? -preguntó Honesty con cierta ansiedad.

-No, no tiene ni idea. Los pequeños están escondidos detrás de la marquesina, no se atreven ni a respirar. Leo, caro, me parece que ha llegado el momento de que metas a los del pueblo en la casa.

-Ahora mismo -Leo, increíblemente guapo con su camisa azul y pantalones crema, puso una mano en el hombro de su abuela-. Vamos, nonna, no hables hasta que papá llegue. ¿Quieres que te ponga un poco de cinta de celo sobre la boca? -preguntó Leo traviesamente.

-¡Eres horrible! -le reprobó su abuela, pero la sonrisa traicionó sus palabras-. No sé cómo los chicos de dieciocho años de ahora se atreven a hablarles así a sus mayores.

-Sin vosotros, no nos divertiríamos tanto -dijo Leo antes de darle un beso a su abuela-. Bueno, ya está. Vamos, Issy. ¡Dante, deja de andar con el barro! Eres peor que la abuela.

A Verity le dio un vuelco el corazón al ver a sus hijos correr hacia la casa. Leo parecía un dios rubio. Isa-bella, alta y espigada, era la adolescente más guapa de toda la costa Amalfi. Dante, de quince, moreno y apasionado de la jardinería, se pasaba el día trabajando con su abuela; e incluso le había ayudado a ella con el diseño de un par de jardines de la zona.

Sonó un timbre, la señal de que Vittore había llegado. Como habían planeado, ella fue a recibirlo y lo llevó a la terraza, desde donde no se veía la marquesina.

-¿Qué tal la reunión? -preguntó ella, aunque sabía que la reunión no había tenido lugar. Vittore frunció el ceño.

-¡He ido a Napóles para nada, no había nadie! -se quejó él-. He esperado una hora y he almorzado, nadie se ha presentado. Los he llamado a los móviles, pero nada. ¡Un día totalmente perdido! No comprendo...

-No te preocupes, ahora ya estás en casa. Estoy segura de que hay una explicación. He pensado que podríamos tomar una copa y luego algo sencillo para cenar -dijo Verity fingiendo cansancio-. He

tenido un día agotador.

-Oh -Vittore pareció algo desilusionado-. ¿Ningún... plan?

Verity agrandó los ojos.

-No. ¿Por qué?

-Bueno... no te preocupes, cariño, da igual. ¿Están los chicos por aquí?

-Sí, deben estar por alguna parte -dijo ella vagamente.

Le enterneció que Vittore no protestara por la aparente ausencia de celebración de su cumpleaños. Y tampoco había señales de ningún regalo.

Pero ya le había hecho aguantar más que de sobra. Verity agarró un pañuelo de seda que estaba encima de una mesa y empezó a agitarlo como si estuviera espantando a las moscas.

Vittore frunció el ceño y ladeó la cabeza.

-Pero parece que oigo cantar a alguien.

-¿En serio?

-¡Sí, claro que sí! -Vittore se puso en pie y miró al otro lado del césped-. Cariño...

Los ojos de Verity se llenaron de lágrimas. Caminando despacio debido a todo tipo de dificultades, el grupo de niños apareció avanzando hacia ellos. Eran algunos de los niños minusválidos a los que Vittore había sacado de un infierno. Algunos ya eran adultos, sus voces llenas de amor mientras cantaban para el hombre al que adoraban.

-Vuelve la cabeza y mira quiénes están aquí también -dijo Verity sin contener las lágrimas de felicidad.

Honesty, Leo, Isabella y Dante sujetaban una bandera en la que se leía: «¡Feliz cincuenta cumpleaños!» Detrás de ellos, los del pueblo.

-¡Oh, cariño! -en los ojos de Vittore también brillaron las lágrimas-. No puedo creer que hayas preparado todo esto. Los has hecho venir de todas las partes del mundo... No puedes imaginar lo que significa para mí, lo feliz que...

-Queríamos darte las gracias por lo felices que nos has hecho a todos -dijo ella secándose las lágrimas-. ¡Espero que estés en forma, anciano, porque tenemos pensado celebrarlo hasta el amanecer!

-Gracias. Gracias -susurró Vittore-. Y después del amanecer, te voy a demostrar que no soy un anciano.

Verity se echó a reír y lo abrazó. Después, sus hijos se arrojaron a sus brazos. La gente del pueblo le rodeó y Verity no volvió a verlo durante un buen tiempo.

Verity miró a las estrellas, casi no podía creer que aquello no fuera un sueño. Era rica, pero no porque Vittore fuera millonario, sino porque él tenía la habilidad de atraer amor y ella tenía la

buena fortuna de encontrarse en su círculo mágico.

Se encaminó despacio hacia la casa, hacia la gente a la que quería.